# *Varia*

# Quevedo, lector del *Anticlaudiano* de Alain de Lille. Noticia sobre nuevas anotaciones autógrafas

María José Alonso Veloso
Universidad de Santiago de Compostela

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 14, 2010, pp. 277-303]

Desde los años 50 y 60 del siglo pasado, comenzó a profundizarse en la faceta de Francisco de Quevedo como lector, y a reconstruirse parcialmente su biblioteca particular, tomando como principal punto de referencia libros poseídos por él que contienen su firma y / o anotaciones. Asensio (1952), Ettinghausen (1964 y 1972), Crosby (1967), Gendreau (1975), Komanecky (1975), Rey (1985), López Poza (1995), López Grigera (1996 y 1998), Schwartz y Pérez Cuenca (1999) –por citar sólo a algunos de quienes informaron sobre los hallazgos– han reforzado la creencia de que Quevedo era un lector de primera mano, a juzgar por el número no pequeño de libros que contienen, junto con su firma, anotaciones autógrafas diversas. Y han mostrado también que su acercamiento a las fuentes clásicas o contemporáneas era el propio de un lector atento y crítico, como se aprecia en sus técnicas anotadoras, próximas a los métodos humanistas y filológicos. Quevedo leía destacando el tema de un pasaje, traduciendo u ofreciendo paráfrasis de un texto latino en español, comentando en latín o añadiendo algún término griego, interpretando, haciendo observaciones estilísticas, criticando tal o cual licencia poética, subrayando versos después reutilizados en su literatura.

El inventario de libros anotados por Quevedo ha ido creciendo de manera constante en los últimos años. En 1975, Maldonado contabilizó 16 títulos de obras anotadas; diez años más tarde, Rey (1985, pp. 64-65), sistematizando la información existente y aportando algún dato nuevo, amplió la relación de obras con anotaciones autógrafas y aclaró algunas dudas sobre ciertos libros que contenían notas de más de un poseedor. Tal catálogo de ejemplares que presumiblemente pertenecieron y fueron manejados por Quevedo se ha ampliado desde entonces,


RECIBIDO: 20-10-2009 / ACEPTADO: 31-10-2009

como se deduce del que aún hoy es el esfuerzo de recopilación más completo y actualizado, realizado por Pérez Cuenca en 2003: su revisión de los datos dispersos de las décadas anteriores le permitió proponer un listado con 33 obras[1]. Cifra significativa si se tiene en cuenta la dispersión de la biblioteca quevediana tras su muerte y la difícil localización de ejemplares sueltos en la actualidad, es, no cabe duda, todavía modesta si pensamos en el número de volúmenes que tal vez poseyó Quevedo; no los cinco mil que mencionaba hiperbólicamente Tarsia (*Vida,* p. 35) y recordaba Pérez Cuenca, pero, desde luego, más que los localizados hasta la fecha[2].

En el apartado de «libros que pertenecieron a Quevedo» conviene deslindar dos situaciones diferentes: ejemplares que, simplemente, llevan su firma (casi siempre en la portada) y volúmenes que contienen anotaciones marginales de su puño y letra, a veces numerosas y extensas, generalmente acompañando pasajes subrayados. En este segundo supuesto es preciso identificar con todo detalle su caligrafía, porque unas veces Quevedo se hizo con un libro que contenía ya apostillas de un poseedor previo, mientras que en otros casos el libro por él anotado llegó a manos de un nuevo lector que, seguidamente, añadió sus propios comentarios. Si no se observa la precaución de analizar con detenimiento la caligrafía de todas y cada una de las anotaciones, se corre el peligro de atribuir a Quevedo juicios y comentarios que no son suyos[3]. Desgraciadamente, más de una vez se ha cometido tal error. Como ejemplo de libros que sólo contienen la firma de Quevedo –y a veces subrayados– se pueden mencionar los de Silvio Belli y Copérnico, la obra *In vaticinia Isaiae,* ejemplares de Antonio Vasconcelos, Nicolo Franco o Francisco de Sales; entre los que contienen notas autógrafas pueden citarse obras de Píndaro, Séneca, Fernando de Herrera, Henrico Stephano, Aristófanes, Aristóteles, González de Salas o Cirilo Hierosolomitano, entre otras[4].

Con todas las cautelas que exigen estas situaciones, este artículo pretende dar cuenta de otro libro con notas autógrafas de Quevedo (además de su firma y abundantes subrayados), que se encuentra entre los fondos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander: el *Anticlaudianus* de Alain de Lille, en un ejemplar de Basileae, 1536. Los antiguos ficheros manuales del centro dedicados a testimonios del siglo XVI mencionan, en su descripción del volumen impreso, que contiene una firma

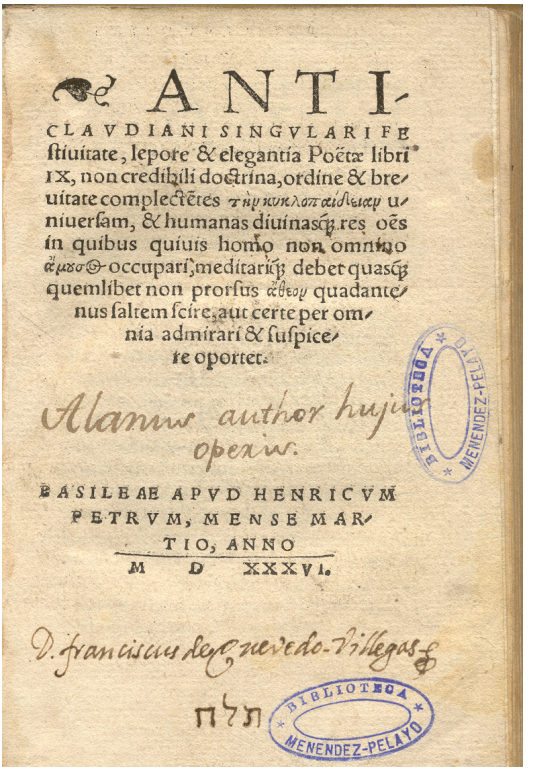
[1] A esta cifra hay que sumar el ejemplar de la *Nueva idea de la tragedia antigua* de González de Salas (Madrid, 1633), que se custodia en la Biblioteca Menéndez Pelayo, y que contiene tres notas autógrafas de Quevedo, como señaló Sánchez Laílla, 2003. También Moya del Baño, 2005 y 2007, se refirió a otros libros que pudieron pertenecer al escritor; ver también, de la misma autora, 2007.

[2] Sobre este asunto, ver López Poza, 1995, p. 90, y Pérez Cuenca, 2003, pp. 297-299.

[3] El riesgo todavía es mayor en el caso de los subrayados de palabras y frases, cuya autoría resulta imposible de deslindar, si no media una clara diferencia en la tonalidad de la tinta.

[4] Para más detalles, ver Pérez Cuenca, 2003, pp. 299-303, de cuya valiosa información me sirvo para esta breve relación.

autógrafa de Quevedo, además de anotaciones marginales de Fernández-Guerra. En realidad, la situación es un poco más compleja: además de la firma del filólogo, bien visible en tinta negra en la guarda anterior, dentro del libro propiamente dicho la mayoría de las notas presenta rasgos típicos de la caligrafía quevediana. Pero, además –y como sucede en otros ejemplares que le pertenecieron–, aquí conviven apostillas que delatan que éste debió de tener más de un poseedor, y que al menos dos de los propietarios escribieron en sus márgenes, por lo que se intentará determinar cuáles son atribuibles a Quevedo y cuáles deben adjudicarse a otra mano[5].


ANTI-
CLAVDIANI SINGVLARI FE
ſtiuitate, lepore & elegantia Poëtæ libri
IX, non credibili doctrina, ordine & breuitate complectentes τὴν κυκλοπαίδειαν u-
niuerſam, & humanas diuinasq; res, oës
in quibus quiuis homo non omnino
ἄμετρον occupari, meditariq; debet quasq;
quemlibet non prorſus ἄθεον quadante-
nus ſaltem ſcire, aut certe per om-
nia admirari & ſuſpice-
re oportet.
Alanus author hujus operis.
BASILEAE APVD HENRICVM
PETRVM, MENSE MAR-
TIO, ANNO
M D XXXVI.
D. franciscus de Quevedo-Villegas
תלח
BIBLIOTECA MENENDEZ-PELAYO

Este pequeño hallazgo nos lleva a pensar que la biblioteca santanderina, de por sí rica en fondos quevedianos, alberga restos de los papeles físicamente más cercanos a Quevedo. Como es ya conocido, en ella se custodian importantes testimonios autógrafos de sus obras o relacionadas con el escritor, entre los que cabe mencionar el caso del manuscrito 100, que copia *Virtud militante* y *Las cuatro fantasmas*[6], así como varias primeras ediciones. Recuérdese asimismo que en este centro se encuentran ejemplares con anotaciones autógrafas de la *Retórica* de Aristóteles, en traducción de Hemógenes

[5] Crosby, 1967, p. 77, y Ettinghausen, 1972, pp. 214-216, describieron la caligrafía de Quevedo, aspecto sobre el cual profundizó Rey, 1985, pp. 14-20, con un examen exhaustivo de sus características a partir del ms. 100 y la versión autógrafa de *Virtud militante*. También a Rey, 1985, p. 65, se debe la advertencia de que en ciertos libros existen anotaciones de dos o más manos; en tal sentido, mostró que algunas contenidas en dos ejemplares custodiados en la BNE y en otro del CSIC no eran de Quevedo: *Lvcii Annaei Flori […] Rervm Romanarvm…*, Paris, 1576; *De optimo reipv. statv, de qve nova insvla vtopuia*; y *[…] Theodosii Tripolitae Sphaericorvm…*

[6] Ofrece un estudio exhaustivo de este testimonio Rey, 1985 y 2009, en su edición de la primera obra.

Hermolao (Lugduni, 1547)[7]; de las comedias de Aristófanes (Basileae, 1542), con dos comentarios autógrafos[8]; y de la «Ilustración» a la *Poética* de Aristóteles de González de Salas (Madrid, 1633), con tres apostillas marginales[9].

Antes de entrar en el análisis del libro que nos ocupa, procede ofrecer una sumaria explicación del contenido del *Anticlaudianus,* obra que gozó de una gran difusión en la Edad Media y el Siglo de Oro. En esta primera fase del trabajo me limito a dar cuenta del hallazgo del ejemplar de la Menéndez Pelayo y a transcribir las apostillas marginales; de inmediato publicaré un análisis exhaustivo, ya muy avanzado, sobre tales anotaciones autógrafas.

## El Anticlaudiano[10]

Alain de Lille o Alanus ab Insulis (1128?-1202), teólogo, filósofo escolástico y poeta, fue conocido en su época con el sobrenombre de «doctor universalis», apelativo que también conoció san Alberto Magno más tarde, como recuerda Curtius (vol. I, p. 174). Su amplia cultura le hizo gozar en vida de una gran reputación, reflejada en sobrenombres similares[11]: citado constantemente por sus contemporáneos y sucesores, fue repetidamente comentado y traducido, y su obra conoció numerosas ediciones a partir del siglo XVI.

El *Anticlaudianus* fue su obra más copiada, citada y explicada, el más célebre de los poemas alegóricos del siglo XII, como recuerda Bossuat en su estudio textual, donde señala que tal éxito se atestigua con una amplia tradición manuscrita que supera el centenar de testimonios, mu-

[7] A López Grigera, 1996, se debe la localización de este ejemplar con anotaciones autógrafas de Quevedo, del cual existe una edición facsímil de 1997 y un estudio, a cargo de la misma autora, de 1998.

[8] Rey, 1985, pp. 63-65, comentó manuscritos, cartas y declaraciones, poemas, así como anotaciones en libros y manuscritos reputados por autógrafos de Quevedo; en el último grupo incluyó «*Aristophanis, Comicorum principis, Comoediae undecim, è Graeco in Latinum, ad uerbum translatae, Andrea Divo Iusrtino politano interprete* (Biblioteca de Menéndez Pelayo), portada y pp. 21 y 40» (1985, p. 65). Pérez Cuenca lo mencionó en su relación de 2003. El ejemplar, con signatura (1556), tiene la siguiente portada: ARISTO / PHANIS, COMICO / rũ principis, Comoediae undecim, / è Graeco in Latinũ, ad uerbum trãſ- / latae, ANDREA DIVO Iu]tino / politno interprete. Quarum / nomina sequens indi- / cabit pagina [dibujo de una figura femenina desnuda sobre una bola y en una hornacina; a ambos lados anotación autógrafa de Quevedo:] D. Fr.co Queuedo Villegas [tachado] / Huinomenpone [….] [texto latino autógrafo en cuatro líneas; bajo la figura, iniciales de Quevedo manuscritas:] D. F. D. Q.D.º. V. AS. / BASILEAE, [filete] M. D. XLII. / [debajo, dos líneas manuscritas:] Cun anotationibus Domini francisci de Queuedo-Villegas. [firma autógrafa]. En este caso, abundan los subrayados, que se concentran en las obras de Aristófanes *Plvtvs* y *Nebvlae.* En la primera existen dos apostillas marginales: al margen de «Per Hestiam?», anota «Hestia.» (acto III, p. 21); al margen izquierdo de los versos subrayados «Hoc quidem igitur auxiliari legibus iacentibus, / Et non indulgere unquam si quis peccet», «Plutum ipsum, & Batti balsamum» y «Hei mihi misero, expolior in die», anota: «βατχον αλψιον. erat frutex utilis ad multos me dici ne usus qui pro ne nieba + apud Cytenas viro en Africe, ex cuius vectigali completatus est Batus i Deo vecidit in proverbium» (acto VI, p. 40).

chos de los cuales contienen glosas interlineares. En la misma línea, Simpson (1995, p. 22) subrayó que fue uno de los textos más leídos en la Edad Media tardía, hasta el punto de alcanzar de inmediato estatuto de autoridad y mantener su interés vigente al menos hasta el siglo xv. Este hecho explicaría la abundancia de síntesis y comentarios sobre el poema de Alain de Lille, entre los cuales destacan el de su discípulo Longchamps, datado en torno a 1212-1213, o el de Guillaume d'Auxerre. En el clima intelectual del siglo xiii, el *Anticlaudiano* se erige como representante destacado de la cultura humanística, literario-filosófica de las escuelas del siglo xii, y se convierte en modelo para autores y obras insertos en la tradición de la poesía filosófica en Francia, Italia e Inglaterra, entre los cuales cabe destacar a Chaucer, Dante y su *Divina comedia,* el *Roman de la Rose* o *Confessio amantis,* de Gower. Parece probable

[9] Se trata del ejemplar con signatura (12839), con la siguiente portada: ILVSTRACION AL LIBRO / DE POETICA / DE ARISTOTELES STAGIRITA. / POR / DON IVSEPE ANTONIO / GONÇALEZ DE SALAS. Su título es el siguiente: [Un escudo con la inscripción «Philippi IV municifentia». Una mujer, en un grabado que ocupa la totalidad de la página siguiente sostiene un cartel en el que figura el título] NUEVA IDEA / DE LA / TRAGEDIA ANTIGUA [bajo esta línea aparece tachada una firma: D. francisco de Quevedo] / ILUSTRACION ULTIMA / AL LIBRO SINGULAR / DE POETICA / DE ARISTOTELES STAGIRITA / POR DON IUSEPE ANTONIO / GONÇALEZ DE SALAS. / [Más abajo, en recuadro independiente y con letra más pequeña:] EN MADRID. / Lo imprimio Franc. Martinez. / AÑO M DCXXXIII. [al lado derecho del colofón, la que parece firma del grabado:] Juan de Noort / Fecit. Las notas, descritas ya por Sánchez Laílla, son sólo tres, pero se caracterizan por su amplitud: en la sección 2, sobre la Fábula, al final del capítulo, anota al margen izquierdo: «advirtiendo io que porque en las comedias de Ituii Lopez de Avalos que era bueno porque cai en desuentura por las mentiras de un traidor, en lugar de adquirir commiseraçion, se enfureçian los oientes en tal odio que, topando en la calle al farsante que hazia el traidor, le apedreaban i farian, por lo qual vino a no osar hazerse ninguno traze una comedia en que al bueno [tachado] todos los que le querian faboreçer le destruian, i nada le suçedia por culpa sino por desdicha, en que se adquirio con aplauso conmiseracion relixiosa no manchada de odio en enfrureçido» (p. 44); un poco más adelante, apostilla en el margen derecho: «ninguno de todos los que oien se tiene por sumamente malo, i nadie tiene a ninguno de todos por sumamente bueno. Por esto se representa sin commoçion de afectos lo que los oientes no presumen de sí ni de otro» (p. 45); ya en la sección XII, titulada «Del adorno del teatro», existen las siguientes anotaciones al margen derecho y a pie de página: «el sonido era aformado del aire que corria, no del eco, i este aire formava el sonido quando ventaba de la parte que le rezibian los meatos de la estatua, discurriendo por los guecos artificiales, dispuesto se uella, i era a la mañana porque aaquella ora siempre ai viento. i esto es cosa muii facil al Artifiçio acuerdo dela campana de Velilla en Aragón. que se muebe i suena por el lugar donde esta colocada apto a alguna repercusion de viento señalado. D. fr.co de Quevedo» (p. 177).

[10] Resumo la información sobre la biografía y la bibliografía de Alain de Lille, así como sobre los rasgos más destacados del *Anticlaudiano,* que ofrecen dos editores de la obra, en latín y en inglés, respectivamente: R. Bossuat, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1955, pp. 1-53; y James J. Sheridan, Toronto, James J. Sheridan, 1973. Este poema de Alain de Lille está incluido en la *Patrologia* de Migne, CCX, 487-576. Sobre la obra en el conjunto de la tradición literaria europea, ver Curtius, 1976, pp. 174-180; y Green, 1969, vol. 2, pp. 92 y 328-329. Otros estudios de interés sobre la obra son el de Simpson, 1995; y Lewis, 2000, pp. 83-86.

[11] También se le denominó «*doctor famosus*», «*liberalium artium peritus*», «*vates estudiosus […] Virgilio maior et Homero certior*», entre otros calificativos.

que la obra hubiese seducido a sus lectores por su carácter enciclopédico y su reflejo de los conocimientos de época, fruto de la formación adquirida por su autor en las escuelas de París. Desde una perspectiva filosófica, en este texto –que interesó a Quevedo hasta el punto de realizar anotaciones marginales en una edición del siglo XVI–, confluyen el neoplatonismo, el amor por la ciencia y el respeto a los ancianos propios de los filósofos de Chartres, así como la concepción de Boecio sobre el papel de la naturaleza y su definición del Dios creador y sus atributos divinos (Bossuat, 1955, p. 33). Desde un punto de vista literario, las fuentes son múltiples: Claudiano, *In Rufinum;* la *Psychomachia* de Prudencio; Boecio y su *Consolatio Philosophia* o *De Arithmetica,* entre otros textos del mismo autor; Martianus Capella, en *De nuptiis Mercurie et Philologiae; De Mundi Universitate,* de Bernardo Silvestre; así como diversas obras de Virgilio, Ovidio, Horacio o Lucano, entre otros.

Otros indicios del papel destacado del texto de Alain de Lille en la tradición literaria y cultural europea fueron señalados por Green (vol. II, p. 92), quien afirmó que a partir del teólogo francés se impuso universalmente la distinción entre «natura naturans» y «natura naturata», como lo prueban los escritos de Vincent de Beauvais, Buenaventura, Averroes, Pedro de Abano, Johannes Eckart o Guillermo de Ockham[12]. Del poeta y teólogo francés derivaría también la idea de que la Fortuna es instrumento de Dios sujeto a la voluntad humana a través del buen juicio y la razón natural, reflejada asimismo en *Roman de la Rose* y en Boecio y recuperada más adelante en España, por ejemplo en *Llibre de Fortuna è Prudencia,* escrito por Bernat Metge en el siglo XIV[13].

El *Anticlaudianus* está datado en torno a los años 1182-1183. Junto al poema *De planctu naturae,* es una de sus obras que mayor difusión logró entre la literatura latina europea de la Edad Media, todavía leída y vigente en el Siglo de Oro. Consta de un prólogo en prosa –en el cual se inserta una referencia a la clásica querella entre antiguos y modernos[14]–, otro en verso y nueve libros con 4385 versos, en hexámetros dactílicos, métrica habitual de la épica. Pese a su título, fue concebida

[12] Alain de Lille suponía que la naturaleza sólo puede estructurar la materia, pero sólo a Dios corresponde crear el alma, por lo que la primera sólo actúa como mediadora entre Dios y las cosas y servidora del hombre. En palabras de Lille, citadas por Green (1969, vol. II, p. 92), la naturaleza «moldea la materia de acuerdo con las formas derivadas de Dios». A propósito de la importancia histórica de Bernardo Silvestre, por haber incorporado a la cultura cristiana la antigua divinidad de la Naturaleza y la Fertilidad, Curtius (1976, vol. 1, p. 167) señala que fue «uno de los eslabones de la 'cadena dorada' que liga a la Antigüedad tardía con el Renacimiento del siglo XII. En ella se funda la especulación de Alain de Lille, y además la serie de poéticas latinas que comienza hacia 1170 con la de Mateo de Vandôme y se prolonga hasta entrado el siglo XIII».

[13] Ver el análisis de la Fortuna de Green (1969, vol. 2, p. 328). La idea de que el hombre tiene la suerte en su propia mano, rara en la Edad Media, «reaparece en el Renacimiento» (1969, vol. 2, p. 329).

[14] Como advierte Curtius (1976, vol. 1, p. 177), Alain de Lille, que se adscribe al grupo de los «antiguos», recuerda la frase de Bernardo de Chartres en la que se afirma que los modernos son enanos encaramados en hombros de gigantes.

no como refutación de la obra *In Rufinum*, de Claudiano, sino a modo de texto paralelo: a Rufino, representante de una maldad diabólica, se contrapone el hombre ideal, un hombre completamente nuevo. Es un poema épico alegórico, en cuyo prólogo se habla de tres niveles de lectura: el sentido literal, equiparable al de un agradable libro de aventuras; la instrucción moral como guía de un camino de perfección; y la alegoría, cuyo sentido profundo sólo está accesible para los intelectos más avanzados[15]. En este tratado moral escrito bajo una forma alegórica, predomina la idea de que la razón puede aprehender verdades físicas si está guiada por la prudencia, pero sólo accede a las de tipo religioso con la ayuda de la fe. Según la estructura del conocimiento representada en el poema, la Razón llega al límite de la filosofía natural y se sostiene por el conocimiento aportado por los sentidos; Phronesis (Prudencia), en representación del intelecto, es capaz de dejarse llevar más allá de los sentidos (con la única excepción del oído) hacia la contemplación de las formas puras, no relacionadas con la materia; tras el encuentro con la «*puella poli*» (la Teología) que le sirve de guía, en el libro v, y con el auxilio de la fe, se produce la entrada en el ámbito de la inteligencia.

La acción del poema de Alain de Lille comienza cuando las hermanas celestiales de Naturaleza acuden a su llamada para crear un hombre perfecto. Reunidas en concilio celestial, proponen crear un nuevo hombre que sea a la vez Dios. Pese a los recelos que suscita una misión que parece necesitar un artesano superior, la Razón propone acudir a Phronesis, quien conoce los misterios divinos, una idea que aprueba Concordia. Phronesis está asistida por siete doncellas, símbolo de las artes liberales, que preparan el carro en el que hará el viaje por el cielos: Gramática forja el timón, Dialéctica el eje, Retórica dora las piezas; Aritmética, Música, Geometría y Astronomía preparan las cuatro ruedas; y los cinco sentidos se enganchan como caballos. En su ascenso a las esferas celestes, acompañada por Razón, se encuentran con Teología, quien se ofrece como guía hacia el palacio divino. Dejando atrás a Razón y el cerro, asciende por el cielo de cristal y llega al Empíreo, sede de los coros angélicos, de los bienaventurados y la Virgen María. Dios accede a la petición de Phronesis y, tras el regreso, Naturaleza crea un cuerpo para el cual sus hermanas celestiales ofrecen dones diversos, con el apoyo incluso de la mudable Fortuna. Alecto se opone al hombre nuevo y se entabla la lucha entre las virtudes y los vicios, con la victoria del hombre nuevo y la retirada de los males al mundo inferior[16].

La información aportada, aunque tal vez muy conocida, parece necesaria para entender las causas del interés que la obra pudo despertar en Quevedo y, también, el sentido de sus anotaciones autógrafas a la misma.

La crítica ha subrayado con frecuencia la incoherencia entre las dos partes de que consta el *Anticlaudiano*. Simpson intentó demostrar la uni-

[15] Lille, *Anticlaudianus,* ed. Sheridan, p. 41, nota 11, identifica en estos niveles tres de los sentidos posibles admitidos para el caso de las Sagradas Escrituras: el literal, el moral, el alegórico y el místico.

dad de la obra y la relación que existe entre ambas; en su opinión, los libros I-VI contienen un programa educativo, en el cual el movimiento de Phronesis está determinado por una jerarquización de las ciencias teóricas, según la división aristotélica de la filosofía, aunque la Teología no es una mera subdivisión en el ámbito de la sabiduría, sino que ocupa una posición preeminente en la cima; por su parte, los libros VII-IX se dedican a las ciencias prácticas (ética, economía y política) de acuerdo con el esquema aristotélico.

A juzgar por la distribución de las notas marginales autógrafas del ejemplar del *Anticlaudiano* de 1536, Quevedo leyó con un detenimiento mayor la primera parte, en especial sus cinco primeros capítulos, donde anotó y subrayó especialmente pasajes sobre las figuras de la Prudencia y la Razón, la descripción de las siete artes liberales, los planetas y las jerarquías celestes. De manera significativa, en la parte segunda sólo se interesó por la caracterización de la Fortuna, basada en su tópica inestabilidad.

Alain de Lille no se encuentra entre los autores más imitados y citados por Quevedo, pero el ejemplar de la biblioteca de Menéndez Pelayo, que pudo haber formado parte de su biblioteca particular, permite aventurar que lo manejó, lo que, además, confirma una amplia difusión ya conocida en autores europeos que se encuentran entre sus modelos. Entre los pocos casos de imitación del *Anticlaudiano* que se han señalado en la obra quevediana se puede mencionar un pasaje descriptivo del paraíso en el cual el autor francés identifica el firmamento con un campo de estrellas y que Quevedo reescribe, con una formulación metafórica más audaz, en el poema épico religioso *Poema heroico a Cristo resucitado*[17]. Tal vez sus anotaciones al texto del siglo XII ofrezcan ahora nuevas pistas para identificar otras posibles imitaciones.

## Descripción bibliográfica

Una vez explicado el contenido del *Anticlaudianus,* se ofrece la descripción bibliográfica del ejemplar y la transcripción de las apostillas atribuibles a Quevedo, con una mínima contextualización de las mismas.

*Lomo*: *Anti-Claudianus*

[16] Según Lewis, 2000, p. 84: «en la medida en que el hombre perfecto, al final del poema, prueba su brío en el combate contra los vicios, el poema puede ser descrito como una *Psychomachia* precedida de una larga introducción; y Alain […] probablemente creyó que componía una épica». Tras negar valor literario al texto medieval, este estudioso considera que la importancia del mismo es doble: por una parte, aportó un prestigio renovado al método alegórico, que con él resultó más atractivo que en el caso de sus predecesores; por la otra, su contenido moral le convirtió en «documento del humanismo de Chartres»; «celebración del *tertium quid* entre las concepciones corteses y religiosas de la vida buena» (2000, p. 86). En opinión de Lewis, el hombre perfecto descrito no se atenía tanto a los estándares de la Iglesia cuanto al patrón caballeresco del «gentilhombre noble y virtuoso», lo que le habría convertido en precedente de Castiglione más que seguidor de Prudencio.

[17] Se trata del pasaje que comienza «El firmamento duplicado en flores», según señaló Varela Gestoso, 1999, p. 348.

*Portada*: ANTI- / CLAVDIANI SINGVLARI FE / ſtiuitate, lepore & elegantia Poëtae libri / IX, non credibili doctrina, ordine & bre- / uitate complectetes τκμκυκλοπαίδιειαμ u- / niuersam, & humanas diuinasque res o~es / in quibus quiuis homo non omnino / άμγσΘ occupari, meditarique debet quasque / quemlibet non prorſus άθεομ quadante- / nus ſaltem ſcire, aut certe per om- / nia admirari & ſuſpice- / te oportet. / [encima del pie de imprenta, nota manuscrita: «Alanus author hujus / operius»] BASILEAE APVD HENRICVM / PETRVM, MENSE MAR- / TIO, ANNO / [filete] M D XXXVI [debajo, firma autógrafa de Quevedo: D. franciscus de Quevedo-Villegas (y firma) / Π ζ Π]

*Colofón:* BASILEAE EXCVDE. / *bat Henricus Petrus, mense / Martio, Anno* / M D. XXXVI.

*Preliminares*: carece de preliminares legales; los literarios ocupan, con la portada, los seis folios iniciales.

*Título*: [en tinta muy tenue, en el margen superior, anotación autógrafa de Quevedo: «Alanus Autor huius operis. ~». Dibujo vegetal] ANTI- / CLAVDIANI IN NOVEM / LIBROS SEQVENTES / PRAEFATIO.

*Cotejo*: 8°: $A^8$-$M^4$ ($5; 3 en el cuadernillo M).[18]

*Paginación*: 1h. + 6 fols. (el último sin foliar) que contienen portada y prefacio + 2 h. (la última con anotación manuscrita de Quevedo) + 184 pp. (la última, sin número, contiene un grabado: una cabeza insufla fuego desde el cielo; una mano que porta un martillo golpea un objeto alcanzado por el fuego) + 1 h.

*Ejemplar consultado*: Biblioteca de Menéndez Pelayo, con signatura (466).

## Transcripción de las notas de Quevedo

Como sucede en otros ejemplares que contienen anotaciones autógrafas de Quevedo, existe una firma en la portada que le acredita como propietario del volumen; un número importante de anotaciones marginales, concentradas en algunas partes de la obra; y abundantes subrayados de versos o marcas en los márgenes de ciertos pasajes. Aunque en este último caso resulta imposible atribuir con toda certeza a Quevedo la autoría de los subrayados, la firma y las notas de su puño y letra, realizadas con tinta similar, invitan a suponer que también los primeros pudieron haber sido obra del escritor, porque, además, las anotaciones suelen incluirse en pasajes marcados con un subrayado.

El ejemplar del *Anticlaudiano* contiene un total de 64 apostillas marginales manuscritas: de ellas, 53 son autógrafas de Quevedo; 2 (las que tienen los números 51 y 52) son de probable autoría quevediana; 8 (las numeradas como 2, 29, 32, 34, 37, 39, 41 y 43) deben ser atribuidas a otra mano[19]; y 1, la cita de Petrarca en una hoja en blanco (con el número 4) tal vez no sea de Quevedo ni tampoco del segundo anotador. El interés que el texto de Alain de Lille suscitó en Quevedo (y tomo sólo

[18] El símbolo $ indica el número de páginas con signatura dentro de cada cuadernillo.

en consideración en este cómputo sus anotaciones autógrafas seguras o probables) no es homogéneo en el conjunto de la obra, dado que subrayados y notas se concentran en los cinco primeros libros: el primero contiene 16, el segundo 10, el tercero 6, algunas de ellas muy escuetas, el cuarto 15, el quinto 5 y el octavo sólo una; no existen, en cambio, en el sexto, en el octavo y en el noveno. Por oposición a las del segundo anotador mencionado, las notas de Quevedo presentan los siguientes rasgos: son más extensas; cuando se limitan a una única palabra y forman parte de una serie (las artes liberales o alguno de los planetas), se insertan en versos o pasajes que señalan algún rasgo destacado del personaje descrito; presentan peculiaridades ortográficas o de puntuación (un punto al final del texto de la apostilla) similares a las contenidas en otros libros de su biblioteca con anotaciones autógrafas.

Antes de la transcripción, conviene advertir que, en ocasiones, no resulta fácil delimitar los versos a que se refiere cada apostilla quevediana: en unos casos el texto manuscrito se sitúa al comienzo de un pasaje subrayado, en otros al final; a veces sintetiza un pasaje no subrayado, mientras que en otras ocasiones se refiere a un único verso, a una breve expresión o incluso a una palabra. Por esta razón, la asociación que se propone entre las notas de Quevedo y los versos latinos es plausible, pero no exacta.

1. Portada: firma autógrafa de Quevedo: «D. franciscus de Quevedo-Villegas» (fol. 1). En la lámina 1 se aprecia la convivencia de anotaciones de dos caligrafías diferentes.

2. En la portada, la otra anotación manuscrita tiene rasgos caligráficos diferentes, por lo que debe atribuirse a otra mano: «Alanus author hujus operius» (fol. 1).

3. A continuación del folio de portada, al comienzo del prefacio y encima del título, figura otra anotación manuscrita, en este caso sí atribuible a Quevedo, que indica el autor de la obra: «Alanus Autor huius operit».

4. Segunda hoja en blanco, tras el prefacio y antes del comienzo de la obra, existe otra anotación manuscrita, en letra más pequeña y regular, que no parece de Quevedo: «Petrarcha pag. 1031. sufficiat sibi Anticlaudianus Alani sui, paulo minus taediosus Arcchitrenio poëta ambo barbarici». La cita procede de la obra polémica de F. Petrarca titulada *Invectiva contra cuiusdam anonimi Galli calumnia* o *contra eum qui maledixit Italie* (1373), que, dirigida contra Jean de Hesdin y los franceses, exalta la cultura italiana y la antigüedad grecolatina.

[19] Para mayor claridad, durante la transcripción de las anotaciones manuscritas se indicará expresamente cuáles parecen atribuibles a mano diferente de la de Quevedo; debe sobrentenderse que el resto presenta sus peculiares rasgos caligráficos. Sólo adjudico expresamente al escritor las apostillas que aparecen en el pasaje de las artes liberales, para evitar la confusión que se podría derivar de la alternancia de las caligrafías de Quevedo y de una segunda mano en la mención de las siete doncellas.

5. «solloza» (I, p. 5).

La anotación se sitúa al margen derecho del último verso de un largo pasaje subrayado, que abarca el siguiente texto: «In quo pubescens tenera lanugine florum […] Producens lachrymas, fontem sudore perenni / Parturit, & dulces potus singultat aquarum» (vv. 61-99)[20].

La expresión se refiere al modo en que sale agua de una fuente, y forma parte de la descripción del jardín de Naturaleza.

6. «edificio» (I, p. 5).

Subrayados: «Ardua planities & nubibus oscula donat» (v. 108) y «Aëra metitur altis suspensa columnis. / Sidere gemmarum praefulgurat, ardet in auro» (vv. 114-115). Anotación al margen y un poco más arriba del penúltimo verso subrayado:

Referencia a la casa de la Naturaleza descrita en el pasaje.

7. «tenebrosi carminis» (I, p. 8).

Anotación al margen izquierdo de «Gesta ducis Macedum tenebrosi carminis umbra» (v. 168).

Tal sintagma se refiere al estilo de una oda de Maevius.

8. «Nero» (I, p. 8).

Anotación al margen de «Indulgens sceleri, cogit plus uelle furorem, / Quam furor ipse uelit, quicquid distillat ab illo / Nequitiae, totum sese partitur in orbem. / Illic diues eget, sitit aurum totus in auro / Midas, nec metas animo concedit habendi» (vv. 172-176).

El pasaje recrea la tópica locura de Nerón, mencionada por Quevedo en muchas de sus obras, pero también la avaricia de Midas.

9. «quien redimio con mexor cara el caos antiguo» (I, p. 9).

Nota al margen de «Quis chaos antiquum uultu meliore redemit» (v. 191).

El sujeto del verso anotado es la Naturaleza, que atiende a las acciones del creador en los orígenes del universo.

10. «sacra de Christo Domino» (I, p. 10).

La apostilla se sitúa a la izquierda de los siguientes versos, no subrayados: «Vnaque; quam plures exterminet unda liturae. / Non terre fecem redolens, non materialis / Sed diuinus homo nostro molimine terras / Incolat, & nostris donet solatia damnis» (vv. 234-237).

Es posible que la anotación quevediana muestre una asociación del «hombre perfecto» –descrito por la Naturaleza y cuya búsqueda determinará el viaje de Prudencia hasta Dios– con Jesucristo[21]: de él dice en su discurso que será humano en la tierra y divino en el cielo, que será a un tiempo Dios y hombre.

[20] En todos los casos señalaré, además del libro y la página del ejemplar anotado tras la anotación marginal, el número de los versos a los que parecen referirse las anotaciones, a continuación del texto latino. Como la edición manejada por Quevedo carece de tal numeración, pero me parece útil para localizar los pasajes, tomo las referencias de la edición de R. Bossuat, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1955.

11. «Prudenzia» (I, p. 12).

La anotación se introduce al margen izquierdo de los versos subrayados «colla pererrat, / Aurea cesaries, sed acu mediata refrenat / Litigium crinis, & regula pectinis instat» (vv. 271-273).

Comienza la descripción del personaje alegórico de la Prudencia[22].

12. «el litijio de los cabellos» (I, p. 12). Aunque la anotación autógrafa de Quevedo parece ser «camellos», por el contexto es posible suponer que la lectura es la indicada.

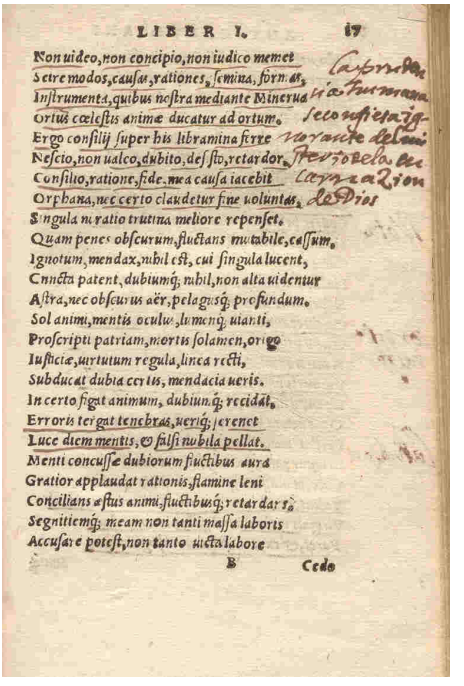
Nota al margen derecho de «colla pererrat, / Aurea cesaries, sed acu mediata refrenat / Litigium crinis, & regula pectinis instat» (vv. 271-273).

En el pasaje irrumpe la Prudencia, que en la descripción domeña sus cabellos.

13. «vestido» (I, p. 13).

Anotación al margen derecho de varios versos subrayados, el primero de los cuales es «vestis erat filo tenui contexa, colorem» (v. 303).

La nota se inserta en la descripción de las ropas de la Prudencia.


LIBER I. 17

Non uideo, non concipio, non iudico memet
Scire modos, causas, rationes, semina, formas,
Instrumenta, quibus nostra mediante Minerua
Ortus cœlestis animæ ducatur ad ortum.
Ergo consilij super his libramina ferre
Nescio, non ualco, dubito, desisto, retardor.
Consilio, ratione, fide, mea causa iacebit
Orphana, nec certo claudetur fine uoluntas.
Singula ne ratio trutina meliore repenset.
Quam penes obscurum, fluctans mutabile, cassum.
Ignotum, mendax, nihil est, cui singula lucent,
Cuncta patent, dubiumq; nihil, non alta uidentur
Astra, nec obscurus aër, pelagusq; profundum.
Sol animi, mentis oculus, lumenq; uiantis,
Proscripti patriam, mortis solamen, origo
Iusticiæ, uirtutum regula, linea recti,
Subducat dubia certis, mendacia ueris.
In certo figat animum, dubiumq; recidat,
Erroris tergat tenebras, ueriq; jeremet
Luce diem mentis, & falsi nubila pellat.
Menti concussæ dubiorum fluctibus aura
Gratior applaudat rationis, flamine leni
Concilians æstus animi, fluctibusq; retardans,
Segnitiemq; meam non tanti massa laboris
Accusare potest, non tanto uicta labore

B Cedo

14. «la prudencia humana se confiesa ignorante del misterio de la encarnazion de Dios» (I, p. 17), anotación legible en la lámina al lado.

Anota al margen derecho de «Non uideo, non concipio, non iudico memet / scire modos, causas, rationes, semina, formas, / Instrumenta, quibus nostra mediante Minerua / Ortus caelestus animae ducatur ad ortum. / Ergo consiliis super his libramina ferre / Nescio, non ualco, dubito, desisto, retardor. / Consilio, ratione, fide, mea causa iacebit / Orphana, nec certo claudetur fine uoluntas» (vv. 391-398).

[21] Como resume Simpson, 1995, p. 117, la crítica ha sido unánime al concluir que «the New Man is not Christ»; pese a tal acuerdo y al hecho de que en la obra no se mencione a Cristo, considera que existe una alusión directa a él en el libro V, vv. 540-543, donde el cielo al que accede Phronesis parece gobernado por María y Cristo.

[22] *Phronesis,* definida por Aristóteles en *Ética a Nicómaco,* 1142a, y diferenciada de la otra virtud intelectual que toma en consideración, *sophia,* es un término griego equivalente al latino *prudentia.*

El personaje alegórico de la Prudencia se muestra consciente de sus limitaciones, en un pasaje que rinde tributo a la Razón y se prolonga también en los vv. 399-413.

15. «Nota» (I, p. 18).

Nota autógrafa al final y la izquierda de los versos subrayados «Sed quia principia nullo concludere fine, / Vel dare principiis fines aliunde profectos, / Vt primo medium, medio non consonet imum, / Censetur turpae, fluitans, mutabile, stultum, / Cedere principijs malo, quam cedere fini» (vv. 420-424).

Quevedo se interesó en este caso por el final del pasaje en el que la Prudencia prepara su discurso, en estilo directo, y se muestra partidaria de abandonar antes de acometer una tarea, para evitar el fallo en su ejecución final. Su interés tal vez hubiese estado relacionado con la mención del medio virtuoso, que, definido por Aristóteles en su *Poética,* fue glosado por Quevedo en diversas ocasiones.

16. «comparaçion» (I, p. 18).

Nota referida a «Qualiter aura fremit, fluit aer, fluctuat unda. / Quam primo Zephyrus cum planat flamine leni. / Si maris excutiat Borealis turbo soporem, / Vel maris instantes cogat uigilare procellas» (vv. 429-432).

La metáfora de los vientos contrarios, que enfrenta a Naturaleza y Prudencia, sirve para reflejar las dudas que suscitan en la asamblea a la que se dirigen.

17. «la Razon» (I, p. 18).

Anotación al margen de versos no subrayados: «Perstat maiori flatu prudentia mentes: / Erigitur ratio, poscitque; silentia nutu» (vv. 435-436)

En el pasaje, la Razón pide silencio al auditorio al que se va a dirigir.

18. «los insultos del tacto» (I, p. 19).

Subrayados, entre otros, los siguientes versos: «Vitrea mollities, quae tactus abdicat onmen / insultum, digitique; leues uix sustinet ictus» (vv. 452-453). Anotación en el margen derecho.

La mano derecha de la Razón brilla con el reflejo de los tres espejos; la nota de Quevedo se refiere a la fragilidad del espejo, que apenas soporta el leve tacto de un dedo[23].

19. «L. cretum.» (I, p. 20). No se lee con claridad.

[23] Entre las fuentes filosóficas manejadas por Alain de Lille, Bossuat, 1955, p. 33, defendió el predominio del neoplatonismo de la escuela de Chartres en lo que atañe al proceso de creación y a la distinción entre las ideas y las formas, que la Razón percibe en sus tres espejos. Simpson, 1995, p. 3, se refirió a la descripción de los espejos de la Razón, al final del libro I, como reflejo de una división de la ciencia que procede de Boecio, en *De Trinitate.* En su opinión, el primero refleja la unión de forma y materia, en relación con la Física; el segundo, la separación artificial de las formas de la materia, las formas abstractas, a propósito de las Matemáticas; y, en el espejo de oro, las más elevadas fuentes de la vida, las formas puras, arquetípicas, esto es, la forma pura de Dios, en alusión a la Teología.

La nota está al margen de varios versos subrayados, entre ellos la expresión «mobile certum» (v. 480).

La anotación se inserta en la descripción del segundo espejo que porta la Razón, de plata, en el cual ve simple lo complejo, celestial lo caduco, idéntico lo diferente, ligero lo pesado, estático lo que se mueve, brillante lo oscuro [...] y lo fijo voluble. No resulta fácil determinar a qué se refiere la apostilla quevediana, que puede contener una errata y referirse a «certum» o copiar el participio pasado del verbo latino *cresco*.

20. «el oro es el postrero espexo» (I, p. 20).

Anota al margen izquierdo de «Auri nobilitas auro decoctior omni, / Vixque; suum dignata genus speciemque; fateri, / In speculi transit speciem, quae tertia rerum / Vmbras mentiri nescit, sed singula monstrat / Tersius, & specie meliori cuncta figurat. Hic rerum fontem» (vv. 483-488).

La apostilla se inserta en la descripción del tercer espejo de la Razón, de oro, en el cual el personaje alegórico ve reflejada la fuente de las cosas, esto es, la creación del universo.

21. «la voluntad. i uestida la mente de palabras, la derrama tratable en los oidos» (II, p. 22).

Nota al margen izquierdo de «Anticipare cupit uisus auriga uoluntas. / Euocat ergo foras mentem rationis inundans / Eloquium, sermoque; modum decurrit in istum» (vv. 4-6).

La paráfrasis se inserta en la introducción del discurso de la Razón, en estilo directo, en un pasaje donde se destaca el proceso de transformación del pensamiento en palabras adecuadas para el auditorio.

22. «Prudencia» (II, p. 27).

Varios versos subrayados; entre ellos y al final, «Quam Phronesis? cui cuncta dei secreta locuntur» (v. 147), en cuyo margen derecho se sitúa la anotación.

Esta parte del discurso pronunciado por la Razón subraya que Phronesis (Prudencia) es el embajador idóneo para la misión de crear al hombre perfecto, habida cuenta de que para ella se desvelan todos los secretos de Dios.

23. «rehusa la Prudencia» (II, p. 28).

Nota al margen de estos versos sin subrayar: «Sed tamen assensum prudentia sola minorem / Donat, seque; parem tanto negat esse labori. / Cogitur, illa negat. meruitque; negatio coge» (vv. 160-162).

Tras el discurso de la Razón, y frente a la aceptación general de su idoneidad como embajadora, la Prudencia no se siente capaz de cumplir la misión encomendada y renuncia.

24. «la Concordia i su figura» (II, p. 28).

Anota al margen izquierdo de versos subrayados en esta página y también la siguiente. Son: «In medium cuncta medians concordia sese / profert, in cuius facie deitatis imago / splendet, & humani fastidit taedia ultus, / Pacem sponte tenet crinis, flammantior auro, / se sibi conciliat,

nec opem sibi pectinis optat, / Sed sibi sufficiens in tanta pace quiescit, / Vt nec perstantis Boreae suspiria crinem» [sigue el subrayado hasta más de la mitad de la p. 29]» (vv. 166-172 y ss.).

El texto latino se detiene en la descripción de la Concordia, considerada mediadora en todos los asuntos.

25. «Razonamiento de la Concordia» (II, p. 30).

Anotación al margen izquierdo de diversos versos, algunos subrayados: «Si mea iura, meas leges, mea foedera, mundus / olim seruasset, uel ad huc seruaret amoris / Vincula, non tantis gemeret sub cladibus orbis» (vv. 213-215).

Es ahora el turno del discurso en estilo directo de la Concordia, quien recuerda que no habrían ocurrido tantos desastres si el mundo hubiese seguido sus normas.

26. «adoptose los aspides al pecho. Cleopatra.» (II, p. 31).

Anota al margen derecho de «De facili posset uitasse, nec uxor adoptans / Mammis serpentes, colubros lactasset, & ipsos / Vberibus potans potasset in ubere mortem» (vv. 239-241).

En este pasaje se narran las desgracias sobrevenidas a diversos personajes históricos, como César. Alain de Lille acaba de referirse a Marco Antonio y ahora lo hace a su esposa, quien se suicida tras la derrota sufrida por aquél del modo descrito por Quevedo –haciéndose morder por un áspid–, para evitar la humillación del triunfo de Octaviano[24].

27. «1 libens 2 debret opus tantum 3 torperet nostra» (II, p. 34).

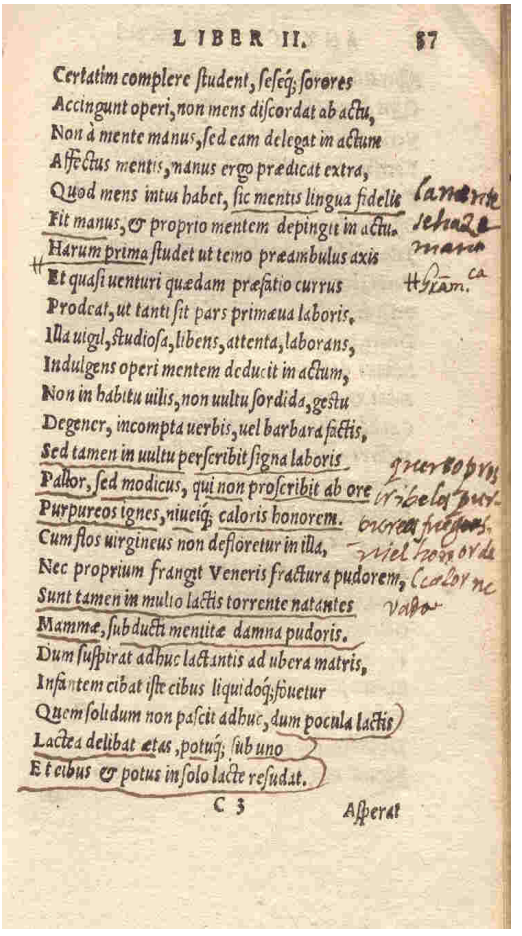
Anota destacadas, numerándolas, tres expresiones del texto latino, situadas al margen de estos versos no subrayados: «Nos omnes que sola libens et sponte mouere / In tantum deberet opus tantumque fauorem, / Si flamata minus to peret nostra uoluntas» (vv. 306-308).

Quevedo selecciona el final del discurso de Concordia, marcadamente retórico; su contenido y su interrogación final consiguen romper la indecisión de Prudencia para que asuma la labor encomendada. En el libro figura subrayado un poco más abajo el verso «Tempestas animi moritur» (v. 312), que sintetiza el efecto de tal alocución.

28. «la mente se haze mano» (II, p. 37). Véase la lámina en la página siguiente.

Nota al margen derecho de «Quod mens intus habet, sic mentis lingua fidelis / fit manus, & proprio mentem depingit in actu» (vv. 378-379).

[24] La anécdota sobre el suicidio de Cleopatra, recogida por Plutarco, en *Vidas paralelas* «Marco Antonio», 85-86, fue muy popular en la pintura y la literatura de la época, como lo prueban los abundantes lienzos conservados y las referencias en el teatro de Lope de Vega o Rojas Zorrilla y en un villancico de Juana Inés de la Cruz: «Un áspid al blanco pecho / aplica amante Cleopatra» (III, vv. 1-2).


LIBER II. 87

Certatim complere ſtudent, ſeſeq; ſorores
Accingunt operi, non mens diſcordat ab actu,
Non à mente manus, ſed eam delegat in actum
Affectus mentis, manus ergo prædicat extra,
Quod mens intus habet, ſic mentis lingua fidelis
Fit manus, & proprio mentem depingit in actu.
Harum prima ſtudet ut temo præambulus axis
Et quaſi uenturi quædam præfatio currus
Prodeat, ut tanti ſit pars primæua laboris,
Illa uigil, ſtudioſa, libens, attenta, laborans,
Indulgens operi mentem deducit in actum,
Non in habitu uilis, non uultu ſordida, geſtu
Degener, incompta uerbis, uel barbara factis,
Sed tamen in uultu perſcribit ſigna laboris
Pallor, ſed modicus, qui non proſcribit ab ore
Purpureos ignes, niueiq; caloris honorem.
Cum flos uirgineus non defloretur in illa,
Nec proprium frangit Veneris fractura pudorem,
Sunt tamen in multo lactis torrente natantes
Mammæ, ſub ducti mentitæ damna pudoris.
Dum ſuſpirat adhuc lactantis ad ubera matris,
Infantem cibat iſte cibus liquidoq; fouetur
Quem ſolidum non paſcit adhuc, dum pocula lactis
Lactea delibat ætas, potuq; ſub uno
Et cibus & potus in ſolo lacte reſudat.

C 3 Aſperat

La expresión metafórica de Quevedo sintetiza el modo en que la Prudencia asume la misión, consiguiendo que su corazón (su mente) y sus acciones (sus manos) sean uno en la ejecución de la tarea; como subraya el texto latino, su corazón no se opone al trabajo, ni sus manos a su corazón, de manera tal que el mero deseo de la mente basta para poner a trabajar a sus manos: la mano se convierte así en fiel intérprete de la mente.

29. «Gram.ca» (II, p. 37). Caligrafía de difícil atribución, aunque tal vez sea la del segundo anotador mencionado, como se aprecia en la lámina al lado.

Nota al margen de «<u>Harum prima</u> studet ut temo praeambulus axis» (v. 380).

La Gramática inaugura la célebre descripción de las siete doncellas, las siete artes liberales. A partir de este punto y hasta el séptimo retrato, se combinan anotaciones marginales muy breves que parecen proceder de dos manos diferentes (la de Quevedo y otra), aunque su contenido es casi igual: una lacónica mención de cada arte, escrita con ortografía ligeramente variante. El segundo autor de las notas parece interesarse sólo por marcar el comienzo de cada descripción; Quevedo irá anotando al margen sus nombres, pero no al principio, sino en pasajes concretos de la descripción que Alain de Lille hace de cada una de ellas, de acuerdo con las pautas marcadas por la obra de Martianus Capella *De nuptiis Mercurii et Philologiae*[25].

[25] Según Bossuat, 1955, pp. 37-38, Alain de Lille se basó fundamentalmente en Martianus Capella para la descripción de las siete artes liberales; su cosmografía fue «la source principale d'Alain de Lille avec le poème de Claudien» (p. 38).

30. «que no proscribe los purpureos fuegos, ni el honor del calor nevado» (II, p. 37). Véase de nuevo la lámina de página anterior.

Apostilla al margen derecho de «Sed tamen in ultu perscribit signa laboris / Pallor, sed modicus, qui non proscribit ab ore / Purpureos ignes, niueique; caloris honorem» (vv. 387-389). Hay más subrayados en la página.

El pasaje comentado forma parte de la descripción de la doncella que representa a la Gramática, cuya palidez no borra el tono rosado de su rostro ni la belleza de su piel blanca como la nieve.

31. «la […] lleba» (II, p. 39). El corchete representa lo que parecen dos letras, tal vez una f y una g, quizá de otra mano, o sólo un tachado.

Anotación al margen derecho de versos subrayados: «litera non sit, / cum sibi praetendat scripturam, nomen, & usum: / Sed cifri loca possideat, solaque; figura / Ius sibi defendens elementi praefirat umbram; / Qualiter in metro secum rixata liquescat / Vocalis uocisque suum deperdat honorem; Qualiter in metro natiuas littera uires / Perdit et ad tempus langet proscripta potestas; / Qualiter in metro uires et iura duarum / Vendicet una sibi, redimendo damna sororum» (vv. 436-445).

La anotación se inserta en una discusión a propósito de si la H es o no una letra «cero o vacía», por carecer de sonido.

32. «Logica» (III, p. 42). Esta primera mención de la segunda arte liberal no parece la caligrafía de Quevedo.

Anotación al margen izquierdo de «Virgo secunda studet, intrat penetralia mentis» (v. 2).

La nota coincide con la irrupción de la segunda de las doncellas, la Lógica, que, según el texto latino, muestra su entusiasmo y explota las profundidades de su mente. En el pasaje se hacen referencias al efecto de cultivar esta disciplina en sí misma, al margen de otros estudios.

33. «Lojica» (III, p. 43). Caligrafía quevediana, frente a la anterior.

Anota al margen derecho de «Praedict, & secum uigiles uigilasse lucernas» (v. 16). Más subrayados en la página.

Las ropas y la palidez de Minerva, diosa romana caracterizada por sus ojos brillantes y acompañada normalmente por un búho que simboliza la sabiduría, delatan que nunca duerme y siempre permanece vigilante.

34. «Rhetorica» (III, p. 48). Como en el caso anterior, la primera mención de la tercera arte liberal no parece la letra de Quevedo.

Nota al margen izquierdo de «Tertia uirgo suo non fraudat munere currum» (v. 138). Más subrayados.

El comienzo de la descripción de la tercera doncella, la Retórica, se subraya que su servicio en el carro que llevará a Prudencia ante Dios no defrauda.

35. «Retorica» (III, p. 49). Letra quevediana.

Anota al margen derecho de «Rethorici, sic picturam pictura colorat» (v. 169).

Sigue la descripción de la tercera de las artes liberales. El interés de Quevedo parece residir en este caso en la ponderación del colorido de la representación de la Retórica, parejo al efecto de los «colores retóricos».

36. «Simaco» (III, p. 52)[26].

Anotación al margen izquierdo de «symachus in uerbis parcus sed mente profundus, / Prodigus in sensu, uerbis angustus, abundans / Mente, sed ore minor, fructu non fi onde beatus, / Sensus diuitias uerbi breuitate coartat» (vv. 236-239).

Parece referirse a Quintus Aurelius Symmachus (340-402), prefecto de Roma cuyo estilo fue muy admirado en la temprana Edad Media y del cual se conservan nueve libros de cartas y discursos. Pudo haber interesado a Quevedo su caracterización estilística, en un pasaje en el cual también se menciona a Cicerón y Quintiliano: se destaca su discurso conciso, su estilo lacónico pero pleno de riqueza intelectual, en consonancia con las propias preferencias compositivas de Quevedo.

37. «Arithmetica» (III, p. 53). La primera mención de la cuarta arte liberal no parece de Quevedo.

Anotación al margen derecho de «Quarta soror sequitur, quartae rota prima sororu» (v. 272). La página tiene más subrayados.

Se introduce ahora a la cuarta de las siete artes liberales, descrita a continuación.

38. «Arismetica.» (III, p. 54). La segunda sí presenta rasgos de la caligrafía quevediana.

Nota al margen de un pasaje con un pequeño subrayado. Se sitúa al lado de «Hic pictura loquens scripto clamansque; figuris» (v. 299), pero el subrayado en tinta similar permite suponer que el pasaje suscitó el interés de Quevedo: «Quae numeri uirtus, quae lex, quis nexus, & ordo, / Nodus, amor, ratio foedus, concordia, limes, / Quo modo concordi numerus ligat omnia nexu. / Singula componit, mundum regit, ordinat orbem, / Astra mouens, elementa ligans, animasque; maritans / Corporibus, terras coelis, colesti caducis» (vv. 301-306).

A propósito de la aritmética, Quevedo parece haberse detenido especialmente en un pasaje que pondera el arte de los números, su poder, su ley, su orden, su proporción, su armonía… Dirigen el universo y ponen orden en el mundo, mueven los astros, unen los elementos, casan las almas a los cuerpos (la idea subrayada), la tierra al cielo, lo celestial a lo transitorio. El verso más próximo a la anotación, y el inmediatamente anterior, subrayan que, pese a su silencio, proclama con sus líneas y figuras el arte completo de los números.

39. «Musica» (III, p. 58). Una vez más, la primera nota sobre un arte liberal, la quinta en este caso, no parece debida a Quevedo; frente a las

[26] Simaco es un autor citado con frecuencia por Quevedo, por ejemplo en *Política de Dios;* tal vez poseyó un ejemplar de la edición de sus epístolas, como sugirió Moya del Baño.

de éste, la anotación parece marcar sólo el inicio de su descripción, no detalles concretos de la misma.

Nota al margen izquierdo de «Quinta soror quartae similis gerit ore priorem» (v. 386).

El comienzo de la descripción de la quinta doncella subraya su parecido físico respecto a la que le precedió.

40. «la Musica» (III, p. 58). Letra de Quevedo.

Anotación al margen izquierdo del verso: «Cernit, & in speculo uultus epulatur ocellus» (v. 397). Más subrayados en la página.

El pasaje subrayado y anotado describe la acción de la Música, que contempla su rostro en un espejo. Se destaca su capacidad para representar o provocar cualquier sentimiento o estado de ánimo. Más adelante, en versos que también aparecen parcialmente subrayados, sigue una referencia a Orfeo y los efectos de su música.

41. «Geometria» (III, p. 61). Caligrafía que no parece la quevediana.

Nota al margen derecho de «Instat sexta soror operi, se funditus urget» (v. 469).

El verso señala la energía con que Geometría emprende la tarea encomendada.

42. «Geometria» (III, p. 62). La nueva mención de la sexta arte liberal sí se debe a Quevedo.

Anotación al margen de «E docet, immensum claudit, spaciosa refrenat» (v. 486).

El verso en el que parece haberse detenido Quevedo subraya cualidades esenciales de la Geometría: pone límite a lo ilimitado, contiene lo amplio.

43. «Astronomia» (IV, p. 64). La intervención del segundo (o primer) anotador se acaba en esta nota, que señala la presentación de la séptima y última arte liberal.

Nota al margen del verso «Vltima subsequttur uirgo quae prima decore» (v. 1). Más subrayados en la página.

La descripción de las artes liberales culmina con la séptima, Astronomía, considerada la primera en belleza (decoro).

44. «Astronomia–» (IV, p. 65). Caligrafía de Quevedo.

La apostilla se sitúa al margen del último verso de varios subrayados: «Vestis imardescit gemmis, auroque; superbit, / Et splendore suo stellas aequare uidetur. / Hic uiget, hic loquitur, hic instruit, hic docet, imò / Dat praecepta suis picturae dote facultas» (vv. 15-18).

Descripción de las ropas de Astronomía, cuyo esplendor de gemas y oro parece rivalizar con el de las estrellas. Se destaca su labor docente en torno a los elementos del mundo celeste y su funcionamiento.

45. «velocitas equi» (IV, p. 68 ).

Nota al margen de versos subrayados parcialmente: «Ditat eum, nec in hoc patitur sibi damna quod illum / Respersus candore color subrusus inaurat» (vv. 98-99). Un poco más adelante, entre los vv. 100-107, se subraya la velocidad de los caballos.

Quevedo se interesó en este caso por la descripción de los cinco caballos que tiran del carro –aquí, por el primero de la serie, a quien se relaciona un poco más abajo con Pyrois, uno de los caballos del sol[27]– que conduce Prudencia; simbolizan los cinco sentidos, a través de los cuales el hombre alcanza todo el conocimiento. El primero, del cual se habla aquí y que representa al sentido de la vista, destaca por un color rojo que simboliza su poder y porque no corre, sino vuela.

46. «el otro cauallo. 2.» (IV, p. 69).

Anotación al margen de «Nobilitatur equi species, infraque; secundus / Pollet equus, minor in specie, cultuque; minori» (vv. 118-119).

El pasaje destacado por Quevedo compara el segundo caballo, símbolo del sentido del oído, con el primero, considerándolo inferior en nobleza, belleza y velocidad.

47. «. 3. Caballo» (IV, p. 69).

La nota, al margen derecho, se sitúa en la parte inferior de un pasaje subrayado, pero al lado de versos no subrayados, que comienzan: «Tertius a tanta speciei luce parumper» (v. 138).

El tercer caballo enumerado por Quevedo, que simboliza el olfato, no puede competir con los dos anteriores, pese a sus cualidades.

48. «4 Cauallo.» (IV, p. 70).

La página contiene varios versos subrayados, pero la nota fue escrita al margen de alguno no subrayado. «Quartus equus, formaque; iacet cursuque tepescit» (v. 160).

Símbolo del gusto, el cuarto caballo citado por Quevedo destaca no sólo por su inferioridad respecto a los tres anteriores, sino también por su falta de velocidad.

49. «5. Cauallo.» (IV, p. 72).

Nota al margen de dos versos subrayados al inicio de la página, donde existen más subrayados. «Quintus equus, si quis tentet conferre priores» (v. 191).

El último de la serie, que representa al tacto y también suscita anotación de Quevedo, difícilmente tiene la apariencia de un caballo si se le compara con los cuatro que le precedieron.

50. «el fasto o soberbia» (IV, p. 76).

Nota al margen izquierdo de un largo pasaje subrayado: «O fastus uitanda lues, fugienda charybdis, / Culpa grauis, morbus comunis, pu-

[27] Según Ripa –quien cita a Bocaccio y su *Genealogía de los Dioses* IV, en *Iconología* I– el carro del sol va tirado por cuatro caballos: Piróo, Eóo, Etheón y Flegón (p. 167).

bica pestis, / Iantia peccati, uitiorum mater, origo / Nequitiae, semen odij, uenatio pugnae, / Quae cadit ascendens, elata perit, peritura / Erigitur, promota ruit, ruitura tumescit. / Que se ferre nequit, supra se lata, ruinam / Infra se patitur, nec sese substinet imô» (vv. 307-314). En la página siguiente, p. 77, continúa la descripción de la soberbia, con un subrayado que abarca casi toda la página: «Mole sua premitur proprio sub pondere lapsa […] quo fulminis ira tumescit» (vv. 315-335).

La anotación quevediana sigue a la mención de Lucifer, cabecilla de los ángeles que se rebelaron, y forma parte del pasaje en que Phronesis examina los lugares escondidos del aire y unos seres que son mitad ángeles y mitad hombres: los daimones. Se califica a la soberbia, una de las «cuatro pestes» denostadas en *Virtud militante,* como aflicción universal, pestilencia general, madre de vicios, fuente de iniquidad, etc.

51. «Luna» (IV, p. 78). Aunque la primera letra plantea dudas, es probable que sea una anotación de Quevedo.

Nota al margen izquierdo de «Vocibus expirat, ubi Lunae sphera remisso» (v. 351); más arriba están subrayados los versos «Altius ingreditur spatium, quo splendor & ignis / Iura tenent, lux grata micat, sed coniuga luci / Lucis blanditias retrahit uis ipsa caloris» (vv. 342-344).

Al final de la página, nuevo subrayado: «Quomodo iunctus et Phoebus de pauperat illam / Luce, uel è contra Phoebo furatur honorem / Luminis, & populos fallaci nocte timere / cogit, & effigiem noctis sine nocte figurt. / Humores cum Luna parit, cur aequora Lunae / Detrimenta luunt, uel eadem diuite gaudent» (vv. 357-363).

Phronesis accede a la región del éter. El pasaje, en cuyo comienzo anotado por Quevedo se destaca que la música de las esferas celestes se atenúa en el caso de la luna, trata sobre la influencia ejercida por la luna.

52. «Sol.» (IV, p. 79). Aunque la última letra podría ser una *b,* por el contexto parece más probable que se trate de una *l.* Es posible que sea la caligrafía quevediana.

Nota al margen de «Sol ubi iura tenet, ubi solis cercus ardet» (v. 370), verso situado debajo del siguiente subrayado: «Litigat, & radio lucis magna umbra diescit» (v. 368). En la página existen más subrayados.

A partir del v. 369, se narra cómo Phronesis se acerca al sol y contempla su brillo, así como su majestad sobre el resto de los astros. El verso en cuyo margen está la anotación se refiere al lugar donde el sol ejerce su dominio, donde arde su cerco.

53. «Venus.» (IV, p. 80)

Anotación al margen izquierdo. «Qui Venus et Stilboon complexis nexibus aerent» (v. 398).

En el pasaje, Phronesis llega a la región donde cuelgan Venus y Stilbons (Mercurio), estrechamente abrazados (según la tradición mitológica, a causa de las cadenas creadas por Vulcano). Se describe el sonido de sus movimientos.

54. «Mercurio.» (IV, p. 80).

Anotación al margen izquierdo de «Mercurii sirena canit, Venerisque; camenan redit» (vv. 412-413).

La nota parece referida a los versos en que se describe cómo canta la sirena de Mercurio[28], que responde a su amiga Venus con un sonido similar al producido por ella.

55. «Pintura de Marte. ~ Planeta.» (IV, p. 81).

Anotación al margen de los versos «Imperat hic Mars igne calens, foecundus in ira, / Bella ferens, sitiens lites, nostrique; sititor / sanguinis, excutiens pacem, foedusque; recidens» (vv. 420-422). Está subrayada casi toda la página.

La descripción del planeta Marte se detiene en rasgos como su fuego, su fiereza o su color rojo.

56. «Jupiter» (IV, p. 82)

Anotación al margen izquierdo de una página sin subrayados; parece referida al pasaje que contiene la descripción de Júpiter (vv. 441-462) y, de modo particular, al primer verso de la serie: «Tunc iouis innocuos ignes lucisque; serenae» (v. 441).

Quevedo parece destacar los rasgos que hacen de Júpiter un planeta agradable: su fuego no perjudicial, la felicidad de su ambiente sereno.

57. «Saturno.» (IV, p. 82)

La anotación, al margen izquierdo de un texto sin subrayados, parece abarcar el pasaje de descripción de Saturno (vv. 463-483), en particular el verso «Saturnique domos, tractu maiore iacentes» (v. 465).

Más allá del acceso a Júpiter, Prudencia accede a la morada de Saturno, que abarca un área más extensa.

58. «delira el resplandor i resfriada, la llama antes tirita, que çentellea» (IV, p. 83).

Nota al margen de «Intrat, & algores hicmis brumaeque; pruinas / Horret, & ignauum frigus miratur in aestu. / Illic seruet hiems, aestas algescit, & aestus / Friget, delirat splendor dum flamma tepescit. / Hic tenebrae lucent, hic lux tenebrescit, & illic / Nox cum luce uiget, & cum nocte diescit. / Illic Saturnus specium percurrit auaro / Motu, progressuque; graui, longaque; dieta. / Hic algore suo praedatur gaudia ueris, / Furaturque; decus pratis, & sidera florum, / Algescitque; calens, frigens feruescit, & inundat / Aridus, obscurus lucet, iuuenisque; senescit» (vv. 466-477).

Descripción del ambiente en Saturno, donde el invierno padece fiebre y el verano se resfría. Los rasgos antinaturales de este planeta se corresponden con una larga tradición en la que fue asociado con la bestialidad y se le consideró enemigo de la raza humana[29].

[28] Como recuerda Sheridan, en su edición del *Anticlaudianus,* p. 132, nota 51, Platón y Macrobio se refirieron a la existencia de una sirena sentada en cada una de las esferas celestes.

59. «la Prudencia se halla desalentada –» (v, p. 87).

Anotación al margen derecho, al inicio de un pasaje no subrayado, tal vez a los versos «Difficiles igitur aditus facilemque; ruinam / Cum Fronesis uideat magno succedintur aestu» (vv. 70-71).

En su camino al Paraíso, el ánimo de Phronesis, en estado de confusión febril, decae ante las dificultades y los riesgos crecientes (por ejemplo de una caída inminente), así como la negativa a obedecer de los caballos.

60. «Gia que se ofreze a la Prudencia» (v, p. 87).

Nota al margen de los versos «Ecce puella poli residens in culmine, coelum / Despiciens, sursum delegans lumina, quiddam / Extra mundanum toto conamine uisus» (vv. 83-85). Hay más subrayados en la página.

En ese momento de decaimiento de la Prudencia, se describe la aparición de una doncella, que, aunque innominada, representa a la Teología. Su ofrecimiento de ayuda y su papel de guía para llegar a Dios se hacen explícitos a partir del v. 243, tras la petición en estilo directo de Phronesis.

61. «immensurabilis Dei immensitas.–» (v, p. 89).

Anotación al margen en página no subrayada, tal vez referida a los versos «Qualiter ipse Deus in se capit omnia rerum / Nomina quae non ipsa dei natura recusat» (vv. 124-125).

En los versos transcritos, se pondera cómo Dios contiene en sí mismo los nombres de todas las cosas que no repugnan a su naturaleza. Aunque la anotación evoca versos como «Immensus sine mensura» (v. 130) o «dicitur immensus, uerum mensura caduca…» (v. 139), existe relación con el conjunto del pasaje (vv. 109-165), en el que se describe a la guía de Prudencia como la única a través de la cual es posible aprehender la inmensidad de un Dios indescriptible por su propia esencia.

62. «Oracion a Dios» (v, p. 95).

Nota al margen derecho de «Nox aliunde nitens, luteum uas, nectare manans» (v. 277).

El subrayado parece marcar justo el comienzo de la «oración»; se trata de una petición del propio poeta, dirigida ahora a Dios (vv. 278-305) y no a Apolo, como había hecho en el prólogo en verso, que, situado antes del poema y después del prólogo en prosa, forma parte de los preliminares de la obra. En esta súplica, el autor describe su propio papel: será como la noche, cuya luz procede de otra fuente.

63. «Las Hierarchias» (v, p. 100).

Aunque se subrayan los versos «Que blando splendore micat, quae fulgurat igne / Innocuo, feruore carens, fulgoris abundans» (vv. 397-398), la anotación, al margen izquierdo, parece referirse a los siguientes versos no subrayados: «Hic habitant ciues superi, proceresque; tonantis, / Angelici coetus, diuinaque; numina, mundi / Rectores, turmae coelestes, agmina coeli, / Excubiae nostri, uarius quos diuidit ordo, / Munus, & offi-

[29] Sobre este particular, ver las fuentes que menciona Sheridan, en su edición del *Anticlaudianus,* p. 134, nota 60, en concreto Ptolomeo y Bernardus Silvestris.

cium, uirtus diuersa, potestat / Plurima, dissimilisque; gradus, distantia facti. / Hic ardent Seraphin, flammata calore superne / Lucis, & aeterni folis radiata nitore, / Diuini fontis Cherubin faciata liquore / Plus sapiunt, mentique; dei perfectius haerent, / Inque; thronis librata dei censura resultat, / In quibus ipse deus residens examina librat» (vv. 407-418).

El interés quevediano se centra en este caso en la descripción de los nueve coros de ángeles.

64. «Difine, i describe la Fortuna. –» (VIII, p. 146).

Anotación al margen izquierdo, al lado de los siguientes cinco versos: «Non seruare fidem, pietas, pietate carere. / Haec est inconstans, incerta, uolubilis, anceps, / Errans, instabilis, uaga, quae dum stare putatur, / Occidit, & falso mentitur gaudia risu. / Aspera blanditijs, in lumine nubila, pauper» (vv. 18-22).

El penúltimo libro comienza con la descripción de la casa de la Fortuna; el pasaje subrayado y anotado, entre los vv. 18-31, enfatiza su escasa fiabilidad y su inestabilidad.

### Fragmentos subrayados no acompañados de anotación

Aunque resulta difícil determinar la autoría de un subrayado, la coincidencia de pasajes destacados doblemente (con una anotación y un subrayado) hace más probable que se deban a la misma mano, la de Quevedo. En el ejemplar del *Anticlaudiano* de la Menéndez Pelayo se dan otras dos posibilidades que merece la pena comentar: por una parte, los textos no subrayados pero con apostillas marginales, ya señalados en el análisis de éstas; por el otro, los versos que contienen subrayados pero no anotaciones, muy habituales. Tales marcas, quizá debidas también a Quevedo, dan cuenta de los pasajes que habrían suscitado su interés aunque no su comentario, un interés que en ciertas ocasiones supone una prolongación de un subrayado en un texto sí anotado. Aparte de los casos ya señalados, existen subrayados sin anotación en las pp. 3, 4 (íntegramente marcada), 6-7, 14-16, 20 y 21, en el primer libro; pp. 23-27, 30, 37-38, en el segundo libro; pp. 43, 48, 53, 55 y 59, en el tercer libro; pp. 64-67, 70-72, 74-77, 78-79, 81, en el cuarto libro; pp. 85-86, 88, 96-99, en el quinto libro; p. 109, en el sexto libro; y ninguno en el séptimo, el octavo y el noveno.

Destacan en esta enumeración, por ejemplo, tres casos:

a) Los subrayados de las pp. 74-77, especialmente los de las pp. 76-77, en el libro IV, que muestran un interés especial (¿de Quevedo?) por el pasaje en el que se caracteriza el vicio de la soberbia. Como ya se dijo, Quevedo analizó de forma exhaustiva en su obra literaria el pecado de la soberbia y describió los rasgos de quienes se dejan dominar por ella.

b) El subrayado breve «<u>Ouidij flumen, Lucani fulmen, abyssum / Virgilij, morsus satyrae, solonis asilum</u>» (p. 36, II, vv. 361-362). Este subrayado, sin anotación, destaca rasgos estilísticos de clásicos latinos bien conocidos por Quevedo: el discurso fluido de Ovidio, el destello

de Lucano (en referencia a sus sorprendentes palabras epigramáticas), la profundidad de Virgilio, el aguijón de la sátira (en probable alusión a Juvenal) y el refugio de Solón, político y poeta griego que promovió medidas para proteger de la esclavitud a quienes contraían deudas.

c) Los subrayados de las pp. 58-59, en el libro IV, donde se sintetiza el efecto de la música de Orfeo sobre los elementos de la naturaleza, un episodio mitológico que Quevedo aprovechó con frecuencia, especialmente en su poesía amorosa, siguiendo las pautas de la tradición poética del siglo anterior: «Quo cantu lapides mollescere, currere siluas, / Flumina stare, feras mitescere, cedere lites / Iussit Traïcius uates, fractoque rigore, / Compulit Eumenides lacrimis Ditemque coegit / Esse pium Furiasque suum nescire furorem […] silentia ferrum» (vv. 401-405).

Como se observa, la técnica del subrayado acostumbra a prodigarse en las mismas partes del libro que la de la anotación, con una coincidencia muy acusada, hasta el punto de que tanto los subrayados como las notas se acumulan en los libros iniciales, I-IV; se reducen en el V; y casi desaparecen en los libros VI-XI, a excepción de un subrayado en el VI y una anotación en el VIII.

Aunque no parece nuevo este interés decreciente –desde el principio hacia el final de las obras– del Quevedo lector, a juzgar por los análisis que se han hecho de sus anotaciones autógrafas en ejemplares descubiertos con anterioridad, en el caso del *Anticlaudiano* tal comportamiento podría haber estado motivado por el contenido diferente, y hasta opuesto, que la crítica ha descrito para las dos partes del libro: la primera, que abarca entre los libros I-VI; la segunda, los tres últimos, VII-IX, como ya se ha señalado.

El análisis de las anotaciones autógrafas de la obra de Alain de Lille amplía un poco el horizonte conocido de las lecturas de Quevedo, al tiempo que confirma los rasgos de su perfil como lector. Sus anotaciones se caracterizan por una heterogeneidad pareja a sus intereses, siempre múltiples: junto a palabras o expresiones muy breves que marcan el curso narrativo o señalan la introducción de un personaje, conviven en un mismo ejemplar comentarios que tienen por objeto recursos estilísticos, como la comparación de los vientos contrarios o la expresión metafórica «solloza», referida a una fuente; indicaciones sobre el estilo oscuro de Maevius o lacónico de Simaco; apostillas sobre personajes históricos como Nerón o Cleopatra y sobre figuras alegóricas como las de las siete artes liberales o la Prudencia; paráfrasis muy literarias del texto latino, como «la derrama tratable en los oídos» o, en un prodigio de síntesis, «la mente se hace mano», junto a traducciones de gran vigor poético como las referidas a Gramática, con la expresión «purpúreos fuegos», o al ambiente de Saturno, donde «delira el resplandor». Las notas marginales del *Anticlaudiano* ratifican el interés ya conocido de Quevedo por cuestiones de índole teológica, como la dificultad humana para alcanzar el misterio de la encarnación o la organización de las jerarquías celestes, tan característica de un sistema científico de época también plasmado en

la descripción de los planetas en el universo; por asuntos de marcado carácter moral tantas veces tratados en su literatura, como el pecado de la soberbia o la influencia de la fortuna, siempre voluble e inestable. El detenimiento con que parece haber leído los pasajes sobre esta última, pero también sobre el concepto de la prudencia, centrales ambos en los tratados políticos de Maquiavelo o Justo Lipsio –como lo fueron después en autores españoles como Saavedra Fajardo, en *Empresas políticas* (1640), en particular en la empresa XXVIII; Baltasar Gracián, en *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647); y el propio Quevedo, por ejemplo en *Política de Dios* o *Marco Bruto*–, ayudan a contextualizar un poco mejor líneas maestras de su pensamiento bien conocidas, insertas en el ambiente intelectual y las circunstancias de su tiempo.

## Bibliografía

*Anotaciones manuscritas de Francisco de Quevedo a la «Retórica» de Aristóteles, traducida por Hemógenes Hermolao,* Santander-Madrid, Sociedad Menéndez Pelayo, Ollero y Ramos, 1997.

Aristófanes, *Aristophanis comicorum principis, Comoediae undecim…,* Basileae, 1556. Ejemplar con signatura (1556), de la Biblioteca Menéndez Pelayo.

Aristóteles, *Ética nicomáquea, Ética eudemia,* tr. J. Pallí Bonet, Madrid, Gredos, 1985.

Asensio, «El erasmismo y las corrientes espirituales afines», *Revista de Filología Española,* 36, 1952, pp. 31-99.

Curtius, E. R., *Literatura europea y Edad Media latina,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, 2 vols.

Ettinghausen, H., «Quevedo Marginalia: his Copy of Florus' *Epitome*», *Modern Language Review,* 59, 1964, pp. 391-398.

Ettinghausen, H., *Francisco de Quevedo and the Neostoic Movement,* Oxford, University Press, 1972.

Gendreau, M., «Quevedo Lecteur de l'*Eraceide* de Gabriele Zinano», *Mélanges offerts a Charles Vincent Aubrun,* ed. H. Vidal Sephiha, Paris, Éditions Hispaniques, 1975, vol. 1, pp. 313-320.

González de Salas, J. A., *Ilustración al libro de Poética de Aristóteles Stagirita…,* Madrid, 1633. Ejemplar de la BMP, con signatura (12839).

Green, O. H., *España y la tradición occidental,* Madrid, Gredos, 1969, 4 vols.

Komanecky, P. M., «Quevedo's Notes on Herrera: the Involvement of Francisco de la Torre in the Controversy over Góngora», *Bulletin of Hispanic Studies,* 52, 1975, pp. 123-133.

Lewis, C. S., *La alegoría del amor: un estudio sobre tradición medieval,* trad. B. Fernández Biggs, Santiago, Editorial Universitaria, 2000.

Lille, A. de, *Anticlaudiani Singulari festivitate, lepore & elegantia…,* Basileae, 1536. Ejemplar de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, con signatura (466).

Lille, A. de, *Anticlaudianus,* ed. J. J. Sheridan, Toronto, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1973.

Lille, A. de, *Anticlaudianus,* ed. R. Bossuat, Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1955.

Lille, A. de, *Patrologia,* edición de Migne, CCX, pp. 487-576.

López Grigera, L., «Quevedo comentador de Aristóteles: un manuscrito inesperado», *Revista de Occidente,* 185, 1996, pp. 119-132.

López Grigera, L., *Anotaciones de Quevedo a la Retórica de Aristóteles,* Salamanca, Gráficas Cervantes, 1998.

López Poza, S., «La cultura de Quevedo: cala y cata», *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios,* coord. S. Fernández Mosquera, Santiago de Compostela, Universidad, 1995, pp. 69-104.

Maldonado, F. C. R., «Algunos datos sobre la composición y dispersión de la biblioteca de Quevedo», *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez-Moñino, 1910-1970,* Madrid, Castalia, 1975, pp. 405-420.

Moya del Baño, F., «Un nuevo y desconocido libro de la Biblioteca de Quevedo: *Q. Aurelii Symmachi Epistolarum ad Diversos Libri Decem*», en *Amica Verba: in honorem Prof. Antonio Roldán Pérez,* coord. R. Escavy Zamora, Murcia, Universidad de Murcia, 2005, vol. 1, pp. 695-712.

Moya del Baño, F., «Quevedo en los márgenes de su *Símaco*», en *Munus Quaesitum Meritis: Homenaje a Carmen Codoñer,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007, pp. 645-653.

Pérez Cuenca, I., «Las lecturas de Quevedo a la luz de algunos impresos de su biblioteca», *La Perinola,* 7, 2003, pp. 297-333.

Quevedo, F. de, *Virtud militante contra las quatro pestes del mundo, invidia, ingratitud, soberbia, avarizia,* ed. A. Rey, Santiago de Compostela, Universidad, 1985.

Quevedo, F. de, *Virtud militante,* ed. A. Rey, en *Obras completas en prosa (tratados morales),* vol. IV, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2009, (en prensa).

Rey, A., ed., F. de Quevedo, *Virtud militante contra las quatro pestes del mundo, invidia, ingratitud, soberbia, avarizia,* ed. A. Rey, Santiago de Compostela, Universidad, 1985.

Sánchez Laílla, L., «Quevedo al margen: tres notas a un comentario aristotélico», *Criticón,* 105, 2, 2003, pp. 489-506.

Schwartz, L. y I. Pérez Cuenca, «Unas notas autógrafas de Quevedo en un libro desconocido de su biblioteca», *Boletín de la Real Academia Española,* 276, 79, 1999, pp. 67-91.

Simpson, J., *Sciences and the Self in Medieval Poetry. Alan of Lille's Anticlaudianus and John Gower's Confessio amantis,* Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Tarsia, P. A., *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas,* ed. M. Prieto Santiago, Aranjuez, Ara Iovis, 1998.

# Fragmentación corporal y exégesis política en Quevedo

Enrique Fernández Rivera
University of Manitoba

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 14, 2010, pp. 305-319]

Los escritos satíricos de Quevedo abundan en un tratamiento del cuerpo de los personajes no como una unidad armónica, sino como una acumulación de miembros y órganos que actúan de manera descoordinada. El resultado de este bien estudiado desmembramiento es una deshumanización grotesca de los personajes, a menudo con efectos cómicos. Ejemplos bien conocidos son la descripción del Dómine Cabra en *El Buscón,* o los muchos pasajes escatológicos de la novela en que los estómagos de los personajes actúan independientemente de la voluntad de sus dueños[1]. Lo que me interesa estudiar en este artículo es el uso que Quevedo hace en sus obras serias –especialmente en *Política de Dios*– de una técnica semejante de fragmentación del cuerpo. En concreto, quiero mostrar cómo la fragmentación textual del cuerpo en sus elementos constitutivos –miembros, órganos internos, sentidos, etc.– es utilizada por Quevedo como un procedimiento analítico para extraer nuevos significados de textos autorizados, especialmente de los *Evangelios*[2]. Como veremos, este procedimiento se basa en la reinterpretación de episodios bíblicos y de otros orígenes a través de las funciones y re-

[1] La presentación de los personajes en *El Buscón* no como una unidad sino como una acumulación de partes fue señalada inicialmente por Spitzer, 1978, p. 147. Desde entonces, muchos otros estudiosos han escrito al respecto. Por ejemplo, la semejanza entre las descripciones de Quevedo y los retratos del pintor italiano Arcimboldo compuestos por frutas, verduras y otros elementos ha sido señalada por Levisi, 1968. Para el desmembramiento de las partes del cuerpo en Quevedo, ver también Iffland, 1978. El potencial cómico del desmembramiento y su conexión con la sátira se explica en Frye, 1971, quien la llama un «género anatómico» que actúa mediante un desmembramiento del discurso (pp. 308-314). Bakhtin, 1984, en su análisis del cuerpo grotesco, muestra también el carácter cómico que el desmembramiento tiene desde antiguo.

[2] Quevedo es muy cuidadoso a la hora de incluir personajes sacros en sus textos jocosos. En general los evita, o se limita a usarlos en frases hechas. Ver Nider, 1999.


RECIBIDO: 5-6-2009 / ACEPTADO: 9-7-2009

acciones de partes específicas del cuerpo de los personajes. Las operaciones –voluntarias o involuntarias– que realizan sus ojos, pies, orejas o estómagos son interpretadas alegóricamente para extraer normas de conducta concretas que Quevedo presenta como preceptos políticos para el rey y sus ministros. El origen último de este procedimiento para obtener nuevos significados de textos autorizados es la interpretación alegórica de la *Biblia,* en especial la visión del cuerpo de Cristo como un cuerpo simbólico cuyas partes contienen una verdad transhistórica. Hay también otras influencias más cercanas a la época en que escribe Quevedo: la denominada «cultura de la disección» y su influencia en varios géneros literarios.

Como bien es sabido, *Política de Dios* parte de la idea de que la vida de Cristo, el Rey de reyes, es el modelo de conducta para los monarcas cristianos posteriores. Sin embargo, por más que esta obra se esfuerce en presentar a san Juan Bautista y a san Pedro como los validos de Jesucristo y a los apóstoles como sus ministros, lo narrado en los *Evangelios* tiene pocos parecidos concretos con la realidad cortesana de un monarca del siglo XVII. Esto dificulta la extracción directa de normas concretas de conducta política para el monarca a partir de la mera narración evangélica. Una de las formas en que Quevedo trata de solucionar esta dificultad es el procedimiento de desmembramiento analítico cuyas líneas generales hemos señalado. Un buen ejemplo lo tenemos en el lib. I, cap. VI de *Política a de Dios,* donde Quevedo utiliza el análisis desmembrativo para interpretar de forma novedosa los episodios evangélicos del prendimiento de Cristo en el Huerto y de la tormenta en el mar de Galilea. Este capítulo, que comienza con el epígrafe «la presencia del rey es la mejor parte de lo que manda», se abre con una reelaboración de estas palabras en una frase sentenciosa que expresa la misma idea mediante la acción de un órgano corporal específico: «En los peligros, el rey que mira manda con los ojos, los ojos del príncipe es la más poderosa arma»[3]. El capítulo pasa a ilustrar esta frase sentenciosa con ejemplos de textos autorizados. Para ello, aduce el siguiente análisis de la narración evangélica del prendimiento de Cristo: «a los ojos de su rey y maestro, Pedro fue tan valiente que sacó la espada para toda una cohorte armada, y de noche y en la campaña, hirió a un criado del Pontífice»[4]. Más adelante en el mismo capítulo, Quevedo aduce el episodio evangélico en el que Cristo se duerme mientras navega por el mar de Galilea con sus discípulos, que lo despiertan aterrorizados por la tempestad que se ha levantado:

> Bien sabía [Cristo] la borrasca, y lo que había de suceder, y cerró los ojos para enseñar a los reyes, que la fe de los suyos […] pueden perderla en un

[3] *Política de Dios,* p. 62. Los pasajes citados de *Política de Dios* son por número de página a la edición de Crosby, 1966. Las referencias a otras obras de Quevedo son por número de volumen y de página a la edición de las obras completas (abreviado *OC* a partir de aquí) de Quevedo en Aguilar, 1961. He modernizado la ortografía y puntuación.

[4] *Política de Dios,* p. 62.

> abrir y cerrar de ojos […] no basta que el rey esté presente si duerme, ojos cerrados no hacen efecto[5].

Jesucristo es presentado así como consciente –«bien sabía»– de que sus actos o gestos corporales más mínimos, como el de cerrar los ojos brevemente, están cargados de significación para los reyes futuros. Sus gestos corporales sólo necesitarán de un intérprete que sepa extraer su significado, como hace Quevedo[6].

La interpretación política que Quevedo hace de los dos pasajes es, sin salirse de la ortodoxia, una novedad en la rica tradición hermenéutica de ambos. Tanto el prendimiento en el Huerto como la tormenta en el mar de Galilea cuentan desde antiguo con multitud de interpretaciones alegóricas, pero ninguna de un talante tan específicamente político como la de Quevedo. Por ejemplo, el episodio de la tormenta en el mar de Galilea, que es narrado de manera similar en *Lucas* 8, *Mateo* 8 y *Marcos* 4, tiene una rica tradición interpretativa. La *Glossa ordinaria* resume las líneas principales de las interpretaciones tradicionales del pasaje, que giran en torno a la importancia de la fe en Cristo y a cómo su naturaleza divina es confirmada por su milagroso apaciguamiento de la tempestad[7]. Existen otras muchas interpretaciones alegóricas que parten de aspectos concretos de este episodio, muchas de las cuales Quevedo probablemente conocía. Así, en la *Catena aurea,* Santo Tomás recoge pasajes de san Jerónimo, san Ambrosio y el Venerable Beda que interpretan la nave como alegoría de la Iglesia, o como alegoría de la cruz –por ser a la vez símbolo de martirio y salvación–, y que consideran el viento y la olas de la tormenta como alegorías del diablo y de las tentaciones y tribulaciones del mundo[8]. El único comentario antiguo de este pasaje que he logrado localizar que presente un matiz político es uno en la *Catena aurea* que parece ser del mismo Santo Tomás. En su comentario al pasaje de la tempestad en *Marcos,* éste señala que la autoridad con que Cristo calma la tempestad y los ruidosos vientos es como la de los hombres que están en posiciones de poder y que, como reyes, pueden amenazar a los violentos para hacerlos callarse[9]. Quevedo va mucho más allá de esta comparación de santo Tomás entre Cristo y los reyes por su poder de hacer callar a los violentos. Al aplicar el método exegético de seleccionar y aislar un órgano concreto, los ojos de Cristo le sirven a Quevedo de punto partida para extraer del mismo pasaje evangélico un consejo específico para un monarca del siglo XVII que había delegado el

[5] *Política de Dios,* p. 63.

[6] La importancia de la mirada del rey aparece en otras ocasiones en Quevedo. Por ejemplo, en sus *Grandes anales de quince días,* señala cómo Felipe II «con el mirar decretó muchas veces castigos» (*OC,* vol. II, p. 760). Un estudio de cómo Quevedo presenta una visión corporal del rey, cuya atención se debe conseguir a través de sus orejas, es decir, su oído, es Peraita, 2001.

[7] Ver la *Glossa ordinaria,* col. 274D y col. 196B, que comentan el pasaje de la tempestad en *Lucas* y en *Marcos* respectivamente.

[8] Tomás de Aquino, *Catena Aurea,* vol. I, p. 320; vol. II, pp. 85-87; vol. III, p. 275.

gobierno en manos de un valido. De la actuación de los ojos de Cristo durante la tormenta en el mar de Galilea y en el prendimiento en el Huerto –es decir, cerrarse para dormir y estar ausentes respectivamente– saca Quevedo una lección muy en línea con sus conocidas ideas de que el rey debe ejercer el poder político personalmente, e incluso ir a la guerra al frente de sus tropas[10].

Este tipo de exégesis mediante una atención a órganos corporales concretos tiene la ventaja de que permite al escritor extraer nuevos significados al analizar el mismo episodio evangélico desde diversos puntos de partida –es decir, desde diversos órganos. Esto es lo que hace Quevedo con las orejas de san Pedro en el mismo capítulo de *Política de Dios* que estamos estudiando. Para reforzar la importancia de la presencia del rey, Quevedo analiza el episodio del prendimiento en el Huerto no sólo a partir del papel que juegan los ojos de Cristo sino también a partir del de las orejas de San Pedro: «él [San Pedro] quitó una oreja y a él le han quitado dos»[11]. La oreja que san Pedro quitó es la de que nos habla el texto evangélico: la que cortó con la espada a uno de los que vinieron a prender a Cristo. Las dos orejas que le han quitado a Pedro no están explícitas en el texto evangélico y son las que, metafóricamente, perdió en la tres negaciones antes del canto del gallo esa misma noche. Al negar falsamente cuando le preguntaron si no era él uno de los seguidores de Cristo, Pedro se quedó simbólicamente sordo para oír la verdad. Quevedo conecta entonces la pérdida literal de la oreja del soldado y la metafórica de las de san Pedro con la presencia o la ausencia de los ojos de Cristo: cuando san Pedro estaba bajo la mirada de Cristo, se portó con valentía y cortó la oreja del que venía a prenderle; tras el prendimiento de Cristo, cobardemente se dejó cortar sus orejas porque «aquí le faltó [a san Pedro] lo principal, que fueron los ojos de Cristo»[12].

[9] El texto latino dice: «*Solent enim potestatem habentes, eos qui violentia pacem hominum conturbant, comminatione poenarum refrenare. Per hoc ergo datur intelligi quod sicut rex aliquis potest comminatione violentos comprimere, et suis edictis murmur subiecti populi mitigare, ita Christus rex universae creaturae existens, sua comminatione ventorum cohibuit violentiam, et mari taciturnitatem indixit: et statim est effectus secutus; sequitur enim et cessavit ventus, cui scilicet fuerat comminatus, et facta est tranquillitas magna; scilicet in mari, cui taciturnitatem indixerat*» ('Los poderosos suelen refrenar con amenazas de castigos a los que con su violencia turban la paz de los hombres. Con esto se nos da entender que, como un rey puede reprimir a los violentos y con sus mandatos acallar la algarabía de sus súbditos, así Cristo, rey de todo lo creado, con su autoridad refrenó la violencia de los vientos y al mar indujo a que se aquietara, e inmediatamente tuvo efecto; el viento cesó como se le había ordenado y se hizo una gran calma en el mar, al que Cristo había ordenado callarse') (*Catena aurea,* vol. II, pp. 86-87, traducción mía).

[10] En este capítulo de *Política de Dios* Quevedo no oculta su conocido talante belicista. Recomienda la necesidad del rey de «militar […] delante de los suyos» (pp. 62-63), es decir, de dirigir personalmente las campañas bélicas. En su *Panegírico a la majestad de Felipe IV,* Quevedo presenta otra manifestación de su belicismo utilizando metafóricamente los ojos de los soldados, los del rey, las espaldas del rey y las del enemigo: «Señor, si los soldados de vuestra majestad ven vuestras espaldas, ellos harán que veáis las de vuestros enemigos» (*OC,* vol. I, p. 949).

[11] *Política de Dios,* p. 62.

Como vemos en el caso de las orejas de san Pedro, no sólo el cuerpo de Cristo se ve sujeto a este desmembramiento exegético en las obras de Quevedo, sino también el de otros personajes bíblicos. Casos similares abundan en otros capítulos de *Política de Dios*. Así, en el capítulo x, lib. II, que trata de la paz, escribe Quevedo de los malos ministros: «Señor, el ministro que aconseja para conservar en paz los vasallos los despojen, los desuellen y los consuman, ése Judas es, y la suya paz de Judas, con la boca más chupa sanguijuela que besa reverente»[13]. La boca de Judas, que dio un beso traidor a Cristo durante el prendimiento, es aquí el elemento que permite establecer la comparación entre Judas y un mal ministro que desangra al pueblo. Acto seguido, Quevedo continúa la comparación contraponiendo a la figura de Judas con la del buen pastor, David. Para ello, aduce un pasaje de los *Salmos* en el que se cita cómo David apacentó a su pueblo «en los entendimientos de sus manos»[14]. Comenta entonces Quevedo sobre esta cita evangélica: «Y aquella palabra o frase tan extraordinaria "con los entendimientos de sus manos" el Espíritu Santo la dio a la *Vulgata*»[15]. Esta expresión que tanto encarece Quevedo es su traducción casi literal de la *Vulgata:* «*et in intellectibus manuum suarum deduxit eos*», que hoy se suele traducir de manera más idiomática como 'con mano diestra los guiaba'. Esta traducción literal «entendimiento de sus manos» le sirve a Quevedo para introducir el siguiente razonamiento político:

> Hay reyes que rigen sus reinos con los entendimientos de las manos ajenas, o con sus manos gobernadas por los entendimientos de otras manos. Éstos no son pastores, sino ovejas de aquellos que con sus entendimientos gobiernan sus manos. Éstos no son reyes, sino regidos de las manos, que dan sus entendimientos a aquellos a quien ellos dan mano[16].

Para obtener esta lección de cómo debe ser el comportamiento del rey, Quevedo juega aquí con varios sentidos metafóricos de la palabra 'mano' en frases del tipo «hacer algo con las propias manos», usada en el sentido de hacer algo personalmente; o «dar mano», usada en el sentido de proteger a alguien, lo que en este contexto hay que entender como hacerle su valido[17].

[12] *Política de Dios,* p. 62. Este método de centrar la atención en partes del cuerpo sigue actuando en el capítulo como por inercia. Así, Quevedo incluye referencias a partes del cuerpo que son meras metonimias retóricas y no contribuyen a la interpretación política: la huida de san Pedro tras las tres negaciones es referida como «sacar pies» (*Política de Dios,* p. 62) y el miedo que se apodera de él tras el prendimiento de Cristo como tener «otro corazón» (*Política de Dios,* p. 62).

[13] *Política de Dios,* p. 198. Varios estudiosos han señalado el importante papel que juega Judas en la obra de Quevedo. Ver Vilar, 1975.

[14] *Salmo,* 77, 72.

[15] *Política de Dios,* p. 201. Sobre las prácticas de Quevedo como traductor de la *Biblia,* ver Núñez Rivera, 2006.

[16] *Política de Dios,* p. 201.

[17] Para los diferentes significados metafóricos de «dar mano» y otras expresiones con la palabra «mano» en la época, ver Covarrubias Orozco, 1943, II, p. 1080.

Si en el episodio del prendimiento Quevedo saltaba de los ojos de Cristo a las orejas de san Pedro, en otro pasaje el salto será de las manos de David, el buen pastor, a los pies de Herodes, al que Quevedo llama «rey lobo»[18]. Tras presentar a Herodes como la antítesis de David, Quevedo, aludiendo a la decisión de Herodes de cortar la cabeza de san Juan Bautista a instancias de Salomé, dice de él que era un «rey que no gobernaba con los entendimientos de sus manos, sino con los pies de una ramera bailadora»[19]. El procedimiento es similar al que habíamos visto en el comentario a los episodios de la oración en el Huerto y de la tormenta en el mar de Galilea: la introducción de un órgano corporal da lugar a la introducción de su órgano opuesto. La sucesión «ojos / orejas» del capítulo anterior es aquí semejante en su procedimiento, pero es más compleja por incluir varios miembros: bocas que no se abren, manos, pies, oídos que no oyen, etc.[20]

Quevedo no se limita a aplicar este desmembramiento a personajes de la Historia Sagrada, sino que también lo extiende a personajes del mundo clásico. Aunque su *Marco Bruto* no tiene la intención de ser una obra de educación política, Quevedo intercala un consejo para gobernantes usando el mismo procedimiento de desmembramiento. En este caso son los pies de César –concretamente su gesto de cubrirlos por pudor al caer mortalmente herido por los puñales de los conspiradores, según narra Suetonio– lo que atrae la atención de Quevedo. El comentario inicial que Quevedo hace sobre este gesto de César moribundo está muy en la línea con el tono estoico de la obra: la fútil vanidad de preocuparse por la apariencia que uno tendrá después de muerto. Pero este gesto de César al morir también le sirve a Quevedo para una breve reflexión política:

> Pondera Suetonio que cuando cayó [César], por caer decente, se cubrió con la propia toga los pies […] Mejor es mirar para los pies para que no caigan que dejarlos caer y mirar porque no se vean[21].

Aunque no esté dirigida directamente al rey, como era el caso en *Política de Dios,* esta alusión a la caída es una clara referencia tanto al concepto estoico de las caídas de fortuna –aquí en la forma de la pérdida del poder y el magnicidio. Como ocurre en este caso, el establecimiento de analogías entre las elaboraciones metafóricas de los órganos corpora-

[18] *Política de Dios,* p. 201.

[19] *Política de Dios,* p. 201.

[20] En este capítulo Quevedo continúa aduciendo otros órganos corporales al comparar los reyes malos a los ídolos, a los que aplica las palabras de *Salmo,* 134, 16-17: «boca tienen y no hablan, ojos tienen y no verán, oídos tienen y no oyen, porque no hay espíritu en su boca» (*Política de Dios,* p. 202).

[21] *OC,* vol. I, p. 859. La importancia simbólica de los pies para el mantenimiento del poder político aparece en otros pasajes de Quevedo. Por ejemplo, el episodio bíblico del sueño de Nabucodonosor de una estatua con pies de barro es analizado políticamente por Quevedo en *Marco Bruto* (*OC,* vol. I, p. 841) y es explícitamente explicada como metáfora de un reino en *Virtud militante* (*OC,* vol. I, p. 1263).

les presentes en los textos autorizados y los órganos del cuerpo del rey se ve facilitado por el hecho de que el cuerpo del rey incluye su cuerpo político, es decir, sus reinos y los diferentes estamentos sociales que lo forman. Este procedimiento de instrumentalizar el cuerpo político del rey como enlace con los cuerpos de los textos autorizados se puede ver en *Política de Dios,* lib. II, cap. IX. En este pasaje Quevedo aduce los milagros de Jesucristo de dar al ciego ojos, al sordo oídos, o al tullido pies, y de ellos extrapola el siguiente consejo de actuación para el rey:

> Éste es el oficio del rey, dar a los suyos lo que les falta. […] Esto se hace cuando el príncipe da sus ojos y sus oídos a otro para que vea y oiga por él […] cuando le da sus pies y sus manos para que obre en su lugar[22].

El rey debe pues delegar parte de sus funciones en su valido y ministros, que se convierten así en los miembros ejecutivos del cuerpo político, del que el rey tiene que ser cabeza[23].

Otra obra que utiliza el procedimiento analítico desmembrativo son las *Migajas sentenciosas,* obra cuya autoría es dudosa pues se cree que estas sentencias, o al menos parte, no son realmente de la pluma de Quevedo[24]. En ese caso, el uso en ellas del método de análisis desmembrativo probaría que este procedimiento interpretativo era también frecuente en la literatura política de la época. De hecho, es fácil encontrar ejemplos de desmembramiento del cuerpo político en otros tratados de la época, pero sería necesario un extenso estudio para establecer hasta qué punto este procedimiento es frecuente y semejante al desmembramiento analítico de Quevedo que estamos estudiando. Cualquiera que sea la situación, citaré algunos ejemplos de su uso en las *Migajas sentenciosas.* A pesar de que esta colección de máximas y reflexiones no esté dirigida directamente al rey o al valido, contiene numerosos consejos para cortesanos. Como en el caso del mismo Quevedo, la fortuna de éstos depende del rey y por ello deben saber leer el cuerpo real y actuar en consonancia. En las dos sentencias siguientes, los ojos y el estómago del rey son el punto de partida para la recomendación a cortesanos y ministros de evitar la soberbia en presencia del rey, que no la tolerará:

> La altiva y delicadísima autoridad de los reyes es como niña de ojo, que cualquier átomo les ofende[25].

[22] *Política de Dios,* pp. 195-196.

[23] Un uso similar del cuerpo político del rey está también en el capítulo antes analizado de *Política de Dios* sobre la importancia de los ojos del rey, tanto los de su cuerpo físico como los de su cuerpo político, que son sus ministros delegados. Así, escribe Quevedo que «no puede un rey militar personalmente en todas partes, mas puede y debe enviar generales» (*Política de Dios,* p. 63).

[24] López Ruiz, 1973, considera que ninguna de las *Migajas sentenciosas* es de Quevedo. Gendreau-Massaloux, 1977, p. 336, considera que sólo las incluidas en las pp. 991-1038 y 1101-1125 de la edición de Buendía son auténticas.

[25] *OC,* vol. I, p. 1024.

La segunda sentencia se basa en una reflexión similar a partir del estómago del rey:

> Los príncipes son de estómago delicado. Todo manjar que les ofende procuran darle luego al vómito[26].

Al igual que en *Política de Dios* no sólo el cuerpo de Cristo, sino también el de otros personajes evangélicos se veían sometidos al proceso de fragmentación analítica, en *Migajas sentenciosas* no sólo el cuerpo del rey –y su cuerpo político– sino también los cuerpos de los que le rodean son sometidos a un proceso de fragmentación semejante: «Los que están en lugares mayores sirven de ojos en la república y si echan de ver los agravios están en su lugar, si no, no, ni son ojos»[27]. Es especialmente curioso cómo en una de las sentencias el cuerpo del privado es dotado de un órgano supletorio u ortopédico para una reflexión política: «Los privados de los reyes andan en pies de zancos, que como atrancan mucho, caminan a gran peligro de caer»[28].

Antes de concluir debemos tratar del origen de este método de interpretación basado en una fragmentación del cuerpo para obtener interpretaciones alegóricas. Es evidente que una de sus fuentes es la exégesis bíblica tradicional, de la que Quevedo era buen conocedor tanto por su formación en teología como por sus empresas filológicas. Su método es básicamente una variante de la interpretación alegórica que tanto se había utilizado durante la Edad Media como una forma de *amplificatio* y *exornatio* de los textos sagrados. Aunque este tipo de interpretación estaba desprestigiada por los excesos que permitía, seguía sin embargo en uso en el periodo como un recurso de la oratoria sagrada. El monumental *Silva allegoriarum totius Sacrae Scripturae* del catalán Jerónimo Lloret es un ejemplo de este uso de la alegoría bíblica en la época. Publicado por primera vez en Barcelona en 1570, este voluminoso libro contiene cientos de entradas ordenadas alfabéticamente con la interpretación alegórica de términos que aparecen en la *Biblia*. Partes del cuerpo, como *manus*, *caput* o *pes*, dan lugar a entradas de varias páginas

[26] *OC*, vol. I, p. 1024. El estómago y su funciones sirven repetidamente en *Migajas sentenciosas* para reflexiones políticas: «Discursos de estado, vianda para grandes estómagos» (*OC*, vol. I, p. 1055), o simplemente para consejos de conducta en general: «El oído tiene su vianda más noble que la boca, más necesaria algunas veces que el pan cotidiano» (*OC*, vol. I, p. 1062). Curiosamente, esta referencia al estómago del rey como órgano de ingestión y vómito que está usada aquí con fines apotegmáticos es básicamente la misma imagen que, con fines cómicos, abunda tanto en las obras burlescas de Quevedo, como *El Buscón*, donde los estómagos de los personajes –por el hambre o por el vómito de lo ingerido– son frecuentemente el centro de la atención narrativa. Por ejemplo, en el episodio del banquete con su tío el verdugo de Segovia y sus amigos, uno de estos, porquero de profesión, tras haber comido y bebido copiosamente, se enzarza a puñetazos con otro que le acusa de haberlo empujado, lo que resulta en que «vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda» (202).

[27] *OC*, vol. I, p. 1041.

[28] *OC*, vol. I, p. 1079.

con posibles interpretaciones alegóricas de estos términos a partir de pasajes bíblicos específicos.

Son dos los tipos concretos de exégesis alegórica presentes en los pasajes de Quevedo que hemos estudiado. Por un lado, Quevedo está utilizando un procedimiento analógico similar al de la tipología bíblica. Si la interpretación tipológica tradicional establecía analogías entre personajes y episodios del *Antiguo Testamento* con sus equivalentes en el *Nuevo Testamento* –Adán como precursor de Cristo, el árbol del paraíso como precurso de la cruz, etc.–, Quevedo está estableciendo analogías entre Cristo y sus sucesores, los monarcas cristianos. Esto es factible porque, para Quevedo, los monarcas cristianos representan en la tierra –casi podríamos decir reencarnan– el mismo orden divino que se avanzó en el Antiguo Testamento, se abrió con la venida de Cristo y culminará con la llegada del Reino de Dios al final de los tiempos. Dada esta semejanza, episodios como la tormenta en el mar de Galilea permiten extraer por analogía una serie de lecciones transhistóricas aplicables a los reyes, que temporalmente ocupan el trono de Cristo Rey hasta su regreso definitivo.

Otro procedimiento de exégesis bíblica con el que se puede relacionar este desmembramiento analítico de Quevedo es otra variante de interpretación, la denominada interpretación tropológica, que se basa en la obtención de lecciones morales y normas de comportamiento mediante la interpretación alegórica de pasajes bíblicos. De hecho, la interpretación tropológica a partir de partes del cuerpo se puede ver directamente en la *Biblia* misma, que usa de miembros corporales simbólicos para exponer una lección moral. Por ejemplo, expresiones como «ojo por ojo, diente por diente» (*Éxodo,* 21, 25; *Salmo,* 5, 11), las palabras de Cristo de «volver la otra mejilla al que ofende» (*Mateo,* 5, 38; *Lucas,* 6, 29) o «no dejes tu mano izquierda saber lo que hace tu mano derecha» (*Mateo,* 6, 3), descansan sobre este mismo tipo de fragmentación corporal simbólica para extraer normas de conducta, un procedimiento que exégetas posteriores siguieron aplicando para extraer lecciones morales. A este uso hermenéutico de los cuerpos bíblicos se vino a añadir el culto del cuerpo de Cristo que posteriormente se fue desarrollando como parte del culto cristiano. La idea del cuerpo de Cristo como una víctima sacrificial fue el punto de arranque para que partes de su cuerpo, a veces sin que existiera casi precedente en los *Evangelios,* pasaran a ser objeto de culto: el corazón de Jesucristo, la llaga en el costado, la sangre y el sudor de su frente, etc.[29] La tradición cristiana aplicó este desmembramiento simbólico no sólo al cuerpo de Cristo, sino también a otros cuerpos sacros. Éstos sufrieron un desmembramiento semejante al sufrido por Cristo, como el culto del corazón de María, o bien algo novedoso, como el culto del vientre de María. Igualmente, el culto de las reliquias de santos y mártires se basa en esta instrumentalización simbólica de partes corporales, que se veneran en relación directa al proceso martirial del que procede su fragmentación

y, a veces, su poder curativo, como los dientes arrancados a santa Apolonia durante su martirio[30].

Otro proceso de despedazamiento piadoso que se puede aducir como influencia en el análisis por desmembramiento de Quevedo es la *compositio loci* jesuítica. La representación mental de los episodios de la vida de Cristo usada en estos ejercicios contemplativos a menudo requiere la representación mental de partes específicas de su cuerpo durante la Pasión[31]. La influencia directa de esta forma de *imaginatio* en Quevedo se puede ver, por ejemplo, en su *Vida de san Pablo Apóstol,* donde aconseja a ministros y favoritos el siguiente ejercicio contemplativo:

> Vosotros que por permisión y providencia divina sois lados de los príncipes y gozáis de su más familiar asistencia no quitéis los ojos de la cabeza [decapitada] de Pablo y su garganta. Mirad aquel semblante menoscabado, aquel color fallecido en amarillez, aquellas mejillas descaecidas y pálidas, aquel ceño cuyas arrugas predican desengaños, aquellos labios, etc.[32]

Además de las tradiciones y prácticas piadosas señaladas, otra posible fuente del desmembramiento analítico de Quevedo son varios géneros literarios de la época que acudían a procesos de desmembramiento corporal. Ya mencionamos al principio de este trabajo la importancia del desmembramiento en la sátira, algo de lo que las calaveras y cuerpos mutilados que pululan por los *Sueños* son un buen ejemplo. Quevedo escribe además multitud de poemas que siguen la

[29] No hay mejor ejemplo de este despedazamiento retórico de naturaleza sacrificial que sufre el cuerpo de Cristo que el pasaje de *El comulgatorio* en el que Gracián describe cómo los comulgantes se apropian selectivamente de las partes del cuerpo de Cristo que más convengan a su personalidad: «[U]nos se van con el amado discípulo al pecho de su Maestro, y como águilas se ceban en el amoroso corazón; otros, con la Magdalena, buscan los pies, donde hallan el pasto de su humildad; cuál, con el dulcísimo Bernardo, al costado abierto, y cuál, con Santa Catalina, a la cabeza espinada; ni falta quien le hurta a Judas el carrillo indignamente empleado, y que no le entró en provecho, porque llegó ahíto de maldad» (Gracián, p. 1062).

[30] Sobre el importante papel de las reliquias, ver Geary, 1986, p. 176. Sobre el caso concreto de España y la importancia que las reliquias tenían en siglo XVI y posteriormente, ver Christian, 1981. En una época en que los protestantes se burlaban de la devoción católica por las reliquias, la Contrarreforma mantiene y estimula este tipo de culto. Abundan testimonios de la importancia de las reliquias, como la enorme colección que Felipe II tenía en el Escorial, una lista de las cuales se puede ver en Estal, 1970. Como es de esperar, Quevedo presenta en sus textos serios el respeto de rigor a las reliquias. En sus textos cómicos aparecen ocasionalmente mencionadas, como cuando en el *Buscón* compara las prácticas amorosas de los que cortejan a monjas tras las rejas de la clausura a aquellos que adoran en las iglesias un «hueso de santo» (*OC,* vol. I, p. 347), o la forma en que la madre de Don Pablos tiene una cama hecha de sogas de ahorcados, que venera como si fueran reliquias (*OC,* vol. I, p. 288).

[31] Un análisis de cómo Gracián utiliza la *compositio loci* jesuítica en su *Comulgatorio,* a veces combinándolo con un proceso desmembrativo, se puede ver en Rodríguez de la Flor, 1981.

[32] *OC,* vol. I, p. 1532. La cabeza decapitada de san Juan Bautista, el valido ideal, le sirve a Quevedo para una contemplación similar pero menos desarrollada, ver *Política de Dios,* p. 205.

tradición desmembrativa de las *Rime sparse* de Petrarca. Como bien es sabido, en este tipo de poesía el cuerpo de Laura y sus sucesoras no es presentado como un todo, sino sometido a una operación de desmembramiento descriptivo: los ojos, la boca y los dientes de marfil, los rubios cabellos, el cuello, las blancas manos, etc.[33] Igualmente tienen gran éxito en la época otros géneros en que abunda el desmembramiento, como los blasones o los emblemas.

El desmembramiento metafórico en los textos literarios, y el físico y real que la medicina de la época practicaba con entusiasmo son parte de lo que Sawday, en su libro *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture* (1995), bautizó como la «cultura de la disección» que afectó a todo tipo de manifestaciones artísticas y científicas en la época. Durante la Edad Media la disección de cadáveres no se había practicado apenas por considerarse innecesaria para el aprendizaje de la medicina, ya que los libros de Galeno contenían todo lo que se necesitaba saber. Sin embargo, empezando tímidamente en el siglo xv, desde la Universidad de Padua se va extendiendo por toda Europa la práctica de diseccionar cadáveres para la enseñanza de la medicina. A partir de la década de 1530 se produce una eclosión de los libros y grabados anatómicos, que no sólo son adquiridos por médicos, barberos y comadronas, sino también por el público culto en general, que está fascinado por esta nueva *terra incognita* interior. En España el interés por la disección estaba muy extendido, ya que muchos de los profesores de las universidades españolas se habían formado en la Universidad de Padua[34]. Es más, Vesalio, el fundador de la anatomía moderna, ejerció en España como médico personal de Carlos V y Felipe II, a quienes dedicó su famosísima *Fabrica humani corporis*[35]. No es de extrañar que hubiera también un gran interés por los libros anatómicos entre el público general. Entre 1475 y 1599, además de numerosas hojas volanderas, se publicaron en España 541 libros médicos, la mayoría con ilustraciones anatómicas, como la *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556) del palentino Juan Valverde[36].

[33] Para la fragmentación del cuerpo de Laura, ver Vickers, 1981 y DalMolin, 2000. El blasón poético, que se origina de la combinación de la desmembración de la poesía petrarquista y la heráldica, es un género que lleva hasta sus últimas consecuencias la fragmentación petrarquista (Tomarken, 1975, p. 148). Para una historia del blasón, ver Saunders, 1981 y Yandell, 1985. Otro género contemporáneo que usa de las partes del cuerpo con valor simbólico es el emblema. Ver en el catálogo de emblemas de Henkel, 1967, la abundancia de partes del cuerpo en el índice por temas al final de libro.

[34] García Ballester, 1976, p. 90.

[35] Para la conexión de Vesalio con España, véanse los capítulos ix y x de O'Malley, 1964, pp. 187-268. Ni la Iglesia ni la Inquisición se opusieron a las disecciones, sino que, muy al contrario, llegaron a publicar edictos aprobándolas. Así hizo el Papa Sixto IV, quien había practicado disecciones durante sus estudios en la universidad de Bolonia. En 1523 Clemente VII expresamente aprobó el uso de la disección para el estudio de la anatomía (Kevorkian, 1959, p. 41). En España, en 1550 Carlos V consultó la licitud de la práctica de las disecciones con la universidad de Salamanca, que dio su aprobación (Prieto Carrasco, 1986, p. 30).

La influencia de esta cultura de la disección en el uso del método desmembrativo analítico en Quevedo es más difícil de probar que las influencias ya mencionadas. Esta dificultad se debe a que se trata ahora no de una influencia de textos concretos que se puedan comparar mediante los métodos filológicos usuales, sino de la influencia de un *Zeitgeist,* de algo más difuso y por tanto difícil de aprehender en manifestaciones concretas. Los argumentos que utilizaremos serán por tanto más generales y pueden no satisfacer a quienes quieran pruebas palpables. Para empezar, sabemos que Quevedo comparte este interés de la época por la disección anatómica. La palabra «anatomía» aparece en varias ocasiones en su obra, en algunas ocasiones en el sentido burlesco de persona extremadamente delgada, pero en otras en sentido literal de ciencia anatómica[37]. Así, en la *Providencia de Dios,* Quevedo habla de «la piadosa crueldad de la anatomía» y de cómo «el muerto despedazado fue docta y útil lección para los vivos»[38]. Con frecuencia Quevedo usa «anatomía» y «anatomizar» en el sentido también frecuente en la época –piénsese en el famoso libro *The Anatomy of Melancholy* de Burton (1621)– de operación epistemológica para conocer la verdad. Así, Quevedo concluye su *Providencia de Dios* con la promesa incumplida de que «para mostrar la divina providencia a los fines de su justificación haré anatomía de algunas vidas de los más ilustres y considerables: la de Adán, primer hombre, la de Saúl, primer rey del pueblo de Dios», etc.[39]

[36] Granjel, 1981, pp. 54-55.

[37] Quevedo usa la palabra «anatomía» –o la variante «notomía»– en el sentido burlesco frecuente en la época para referirse a una persona muy delgada o estrafalaria. En sus *Canciones* se dirige así a una mujer muy delgada: «No os espantéis, señora Notomía» *OC,* vol. II, p. 398. Para otros usos de la palabra «anatomía» en Quevedo, ver Moreno Castillo, p. 152.

[38] *OC,* vol. I, p. 1455. Esta actitud de Quevedo de ver la disección anatómica no sólo como un ejercicio científico sino también como una contemplación religiosa está muy en línea con la visión de la época. *La introducción del símbolo de la fe* (1582) de Fray Luis de Granada, uno de los libros piadosos más leídos en la España de la época y que sabemos Quevedo admiraba, habla en términos semejantes de la utilidad de la disección: «[L]os que entran dentro de sí mismo, y saben contemplar lo que el Hacedor obró en ellos, verán otras tantas maravillas con que Él proveyó al hombre de todos los instrumentos necesarios para la observación de su vida, y esto con tanta perfección que ni haya en él cosa superflua ni falte la necesaria […] porque aun los mismos que de propósito estudian esta facultad, no se contentan con lo que la doctrina les enseña, sino aprovéchanse de imágenes y figuras que la representan. Y aun ni esto les basta, sino pasan adelante a hacer anatomía en los cuerpos humanos recién muertos para que no sólo el entendimiento, sino también los ojos sean testigos y jueces de la doctrina» (Granada, vol. 1, pp. 245-246).

[39] *OC,* vol. I, p. 1455. Siguiendo una práctica que se puede detectar en otros autores de la época, Quevedo ofrece incluso su propio cuerpo a ciertas formas de disección *in vivo* con finalidades instructivas, como cuando, al inicio de *Grandes anales de quince días,* expresa la veracidad de su testimonio de la siguiente forma: «Doy a leer mis ojos, no mis oídos» (*OC,* vol. I, p. 730). Sobre la presencia de este tipo de auto-disección epistemológica en la literatura europea de la época, ver Greenfield, 2004. La idea de víctima sacrificial está muy asociada con la anatomía. Sawday, 1995, cita muchos ejemplos de esta asociación entre la figura de Cristo y el cuerpo diseccionado, al ser ambos cuerpos sacrificales que tienen que ser destrozados en un cruento proceso para el beneficio de todos (pp. 85-140).

Todo esto hace suponer que Quevedo estaba familiarizado con las disecciones anatómicas, o que incluso pudo haber presenciado una de las que estaban abiertas al público en los denominados teatros anatómicos anexos a las universidades[40]. Como prueba irrefutable del interés de Quevedo por la ciencia anatómica tenemos su panfleto político-burlesco *Visita y anatomía de la cabeza del Cardenal Richelieu,* que, como el título apunta, es un viaje fantástico del famoso anatomista Vesalio al interior de la cabeza de Richelieu. Este panfleto demuestra que Quevedo conocía bien los libros anatómicos de su época, especialmente la citada *Historia de la composición del cuerpo humano* (1556) de Juan Valverde[41].

Podemos concluir resumiendo que el método de fragmentación exegética desplegado por Quevedo en sus obras serias puede compararse a otras manifestación de la cultura de la disección de la época. Su procedencia inmediata es la exégesis alegórica de la *Biblia,* aunque es posible detectar influencias de formas del culto, como el de las reliquias, y de géneros literarios basados en el desmembramiento en boga en la época, como la poesía petrarquesca o los emblemas. Este listado no es exhaustivo y creemos que otras muchas fuentes pueden señalarse como orígenes e influencias de este método analítico desmembrativo.

Especialmente productivo le resulta a Quevedo aplicarlo al cuerpo de Cristo, pues éste contiene una verdad transhistórica, tanto en su totalidad como en cada uno de sus miembros y órganos por separado. Por esta razón y por otras muchas que son parte de su concepción cristiana del mundo, lo más probable es que Quevedo percibiera el desmembramiento de Cristo y del rey esencialmente diferente del de los cuerpos grotescos que también aparecen en sus textos, por más que, desde nuestro punto de vista moderno, ambos sean operaciones similares. Nótese que el cuerpo de Cristo, así como el de santos y mártires, son en su coherencia lo contrario de los cuerpos satirizados en las obras de Quevedo, que no resisten la fragmentación textual sin volverse grotescos. Por el contrario, los gestos y movimientos de cualquier miembro del cuerpo verdadero de Cristo contienen lecciones para todos, pero especialmente para los monarcas, por ser ellos los sucesores temporales de Cristo Rey hasta que, al final de los tiempos, se implante de manera definitiva el Reino de Dios.

[40] En 1552 la Universidad de Salamanca dotó la primera cátedra de anatomía. Para que se llevaran a cabo las disecciones, se ordenó que se construyera junto a la iglesia de San Nicolás un teatro anatómico, al que podían acudir no sólo los estudiantes de medicina, sino también todos los interesados. El teatro anatómico se terminó de construir en 1554 y se siguió usando hasta 1904 (Prieto Carrasco, 1986, pp. 25-31). Para los teatros anatómicos y sus funciones abiertas al público, ver Ferrari, 1987.

[41] El panfleto *Visita y anatomía de la cabeza del Cardinal Richelieu* está incluido en la edición de las obras completas que se cita en la bibliografía (*OC,* vol. I, pp. 903-909). Mucho más exhaustiva y útil es la edición comentada de Riandière la Roche, 1981. Sobre los aspectos anatómicos de esta obra, ver Valdés, 1998, Artal, 2001 y Fernández Rivera, 2003.

## Bibliografía

Artal, S. G., «Quevedo y Rabelais en la cabeza del cardenal», en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas,* ed. I. Lerner, R. Nival, y A. Alonso, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, 2001, vol. 2, pp. 43-49.

Bakhtin, M., *Rabelais and his World,* tr. H. Iswolsky, Bloomington, Indiana University Press, 1984.

Burton, R., *Anatomy of Melancholy* (1621), ed. A. R. Shilleto, London, George Bell and Sons, 1893.

Christian, W. A. J., *Local Religion in Sixteenth-Century Spain,* Princeton, Princeton University Press, 1981.

Covarrubias Orozco, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española,* Barcelona, S. A. Horta, 1943.

DalMolin, E., *Cutting the Body: Representing Woman in Baudelaire's Poetry, Truffaut's Cinema, and Freud's Psychoanalysis,* Ann Arbor, University of Michigan Press, 2000.

Estal, J. M. del, «Felipe II y su archivo hagiográfico del Escorial», *Hispania sacra,* 23, 1970, pp. 193-333.

Fernández Rivera, E., «La grotesca interioridad de Richelieu anatomizada por Quevedo», *Bulletin Hispanique,* 105, 2003, pp. 215-229.

Ferrari, G., «Public Anatomy Lessons and the Carnival: The Anatomy Theatre of Bologna», *Past and Present,* 117, 1987, pp. 50-106.

Frye, N., *Anatomy of Criticism: Four Essays,* Princeton, Princeton University Press, 1971.

García Ballester, L., *Historia social de la medicina en la España de los siglos XIII al XVI,* Madrid, Akal, 1976.

Geary, P., «Sacred Commodities: The Circulation of Medieval Relics», en *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective,* ed. A. Appadurai, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 169-191.

Gendreau-Massaloux, M., *Héritage et création: recherches sur l'humanisme de Quevedo,* Paris, Champion, 1977.

*Glossa ordinaria,* ed. J. P. Migne, *Patrologia latina,* Paris, Éditions Garnier Frères, 1879, vol. 114.

Gracián, B., *Obras completas,* ed. A. del Hoyo, Madrid, Aguilar, 1960.

Granada, F. L. de, *Obras del V. P. M. Fray Luis de Granada, con un prólogo y la vida del autor por Don José Joaquín de Mora,* Madrid, BAE, 1944-1945.

Granjel, L., *Historia general de la medicina española II: La medicina española del Renacimiento,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1981.

Greenfield, M., «Christopher Marlowe's Wound Knowledge», *Publications of the Modern Language Association,* 119, 2004, pp. 233-246.

Henkel, A., *Emblemat: Handbuch zur Sinnbildkunst des XVI. und XVII. Jahrhunderts,* Stuttgart, JB Metzler, 1967.

Iffland, J., *Quevedo and the Grotesque,* London, Tamesis, 1978.

Kevorkian, J., *The Story of Dissection,* New York, Philosophical Library, 1959.

Levisi, M., «Las figuras compuestas en Arcimboldo y Quevedo», *Comparative Literature,* 20, 1968, pp. 217-235.

López Ruiz, A. «Otra falsa atribución a Quevedo: los *Aforismos* de Antonio Pérez», *Papeles de Son Armadans,* 71, 1973, pp. 121-139.

Moreno Castillo, E., «Anotaciones a la silva *Sermón estoico de censura moral* de Francisco de Quevedo», *La Perinola,* 11, 2005, pp. 131-183.

Nider, V., «Sobre algunos pasajes bíblicos en la agudeza de Quevedo», *La Perinola,* 3, 1999, pp. 195-207.
Núñez Rivera, V., «Quevedo y la traducción bíblica: tradiciones y contextos (en torno al *Cantar de los Cantares*)», *La Perinola,* 10, 2006, pp. 225-243.
O'Malley, C. D., *Andreas Vesalius of Brussels, 1514-1564,* Berkeley, University of California Press, 1964.
Peraita, C., «La oreja, lengua, voz, el grito y las alegorías del acceso al rey: elocuencia sacra y afectos políticos en *Política de Dios* de Quevedo», *La Perinola,* 5, 2001, pp. 185-205.
Prieto Carrasco, C., *Dos estudios sobre la enseñanza de la medicina en la universidad de Salamanca,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986.
Quevedo, F. de, *Obras completas,* ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1961, 2 vols.
Quevedo, F. de, *Política de Dios, govierno de Christo,* ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1966.
Riandière la Roche, J., «La folie médicale et son utilisation dans la satire politique: étude d'un pamphlet de Quevedo», en *Visages de la folie, 1500-1650, domaine hispano-italien,* ed. A. Redondo y A Rochon, Paris, Publications de la Sorbonne, 1981, pp. 155-168.
Rodríguez de la Flor, F., «*El comulgatorio* de Baltasar Gracián y la tradición jesuítica de la *compositio loci*», *Revista de Literatura,* 43, 1981, pp. 5-18.
Saunders, A., *The Sixteenth-Century Blason Poétique*, Bern, Peter Lang, 1981.
Sawday, J., *The Body Emblazoned: Dissection and the Human Body in Renaissance Culture,* Londres, Routledge, 1995.
Spitzer, L., «Sobre el arte de Quevedo en el *Buscón*», en *Francisco de Quevedo,* ed. G. Sobejano, Madrid, Taurus, 1978, pp. 123-184.
Tomarken, A., y E. Tomarken, «The Rise and Fall of the Sixteenth-Century French Blason», *Symposium,* 29, 1975, pp. 139-163.
Tomás de Aquino, S., *Catena Aurea: Commentaries on the Four Gospels Collected out of the Works of the Fathers,* Oxford, John Henry Parker, 1842.
Valdés, R., «Quevedo: metáforas tópicas, motivos y modelo de la *Visita y anatomía de la cabeza del Cardenal Richelieu*», *Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche,* 1, 1998, pp. 129-142.
Valverde de Hamusco, J., *Historia de la composición del cuerpo humano*, Roma, Antonio Salamanca y Antonio Lefreri, 1556.
Vesalius, A., *De humani corporis fabrica*, Basilea, J. Oporinus, 1543.
Vickers, N. J., «Diana Described: Scattered Woman and Scattered Rhyme», *Critical Inquiry*, 8, 1981, pp. 265-279.
Vilar, J., «Judas según Quevedo (un tema para una biografía)», en *Francisco de Quevedo,* ed. G. Sobejano, Madrid, Taurus, 1975, pp. 106-119.
Yandell, C., «"A la recherche du corps perdu": A Capstone of the Renaissance *Blasons Anatomiques*», *Romance Notes,* 26, 1985, pp. 135-142.

# La última revisión quevediana del *Buscón:* la edición príncipe (Zaragoza, 1626)[1]

María José Tobar Quintanar
CPI Camiño de Santiago
O Pino – A Coruña

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 14, 2010, pp. 321-364]

En la dilatada historia de las ediciones eruditas del *Buscón,* la publicada por Alfonso Rey en el año 2007 representa el último estado de la cuestión[2]. En su replanteamiento del problema textual de dicha obra, este estudioso defiende varias hipótesis: 1) que hubo «un proceso de revisión del *Buscón* por parte de Quevedo», 2) «que el *Buscón* fue impreso [en Zaragoza, 1626] con el consentimiento de Quevedo» y 3) que la cuádruple redacción del relato picaresco siguió este orden cronológico: «*S* [el ms. M-303 bis de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander] en primer lugar, *C* [el ms. E-40-6768 de la Real Academia Española, en Madrid] en segundo, *Z* [la edición príncipe, en Zaragoza, 1626, a costa de Roberto Duport e impresa por Pedro Vergés] en tercero y *B* [el ms. 15513 de la Biblioteca Lázaro Galdiano, de Madrid, más conocido como "manuscrito *Bueno*"] en cuarto»[3].

El presente artículo, partiendo de la asunción de las premisas defendidas por Rey en los dos primeros apartados (1 y 2), propone, sin em-

[1] No se aborda en este trabajo la posible intervención de Quevedo, a través de variantes de autor, en la edición de Zaragoza 1628; la cual, en todo caso, deriva de la *princeps*.

[2] Para un resumen de la historia crítica del *Buscón,* ver Rey, 1999b, pp. 17-23; y Rey, 2007, pp. XIII-XVI.

[3] Ver las citas en Rey, 2007, pp. XXX, XLI y LIII, respectivamente. Para este crítico, «Respecto a la cronología de estas cuatro versiones, sólo hay dos datos seguros, que también han sido expuestos páginas atrás: *Z* se imprimió en 1626 y *B* parece posterior al *Memorial* de Pacheco de Narváez (1629) o *El Tribunal de la Justa Venganza* (1635). Todo lo demás es, en el estado actual de nuestros conocimientos, materia de conjetura, de manera que no sabemos cuándo redactó Quevedo la más antigua de sus versiones» (2007, p. LIV).


RECIBIDO: 10-1-2009 / ACEPTADO: 18-02-2009

bargo, un orden cronológico alternativo en la sucesión de las cuatro redacciones del *Buscón: S, C, B* y *Z*.

En su edición, Rey argumenta la posterioridad de *B* con respecto a *Z* basándose, principalmente, en dos tipos de variantes redaccionales presentes en la versión manuscrita, a saber:

a) Variantes ideológicas; estableciendo una relación de causa a efecto entre las acusaciones referidas al *Buscón* en el *Memorial* (1630) de Luis Pacheco de Narváez y *El Tribunal de la Justa Venganza* (1635), y algunas lecturas paliativas de *B* (exclusivas del manuscrito frente a las demás versiones)[4].

b) Variantes estéticas (o literarias); pues *B* presenta mayor riqueza descriptiva en el retrato de varios personajes secundarios[5].

Sin embargo, considero que existen varias razones que permiten cuestionar ambos criterios, así como sólidos argumentos que avalarían la posterioridad de *Z* frente a *B*.

## 1. Reconsideración de las variantes ideológicas

Lo primero que llama la atención es el escaso número de veces en que *B* retoca el texto en función de las censuras del *Memorial* o del *Tribunal:* de los 23 lugares del *Buscón* mencionados por Pacheco y de los 25 presentes en el libelo de 1635[6], únicamente 6 de ellos –los mismos en ambas invectivas– presentan algún cambio en *B* que no figura en las demás versiones del relato picaresco (lo que supone solo un seguimiento de esas censuras en el 26% y 24% de los casos, respectivamente).

Si realmente *B* hubiese sido retocado en materia religiosa, política o social en función de esos escritos, cabría esperar una conciencia mayor.

Por otra parte, el análisis detallado de cada uno de esos seis casos concretos aporta interesantes datos que parecen corroborar la hipótesis de que las lecturas de *B* no se debieron a la influencia de las críticas mencionadas. Veámoslo a continuación.

### *1.1.*

*Memorial:* Y no menor desacato (contra tan alta dignidad, a quien Emperadores y Reyes humillan su cabeza) es el que diga que, habiendo cenado los rufianes y las mujercillas pecatrices, que el cura repasaba los huesos cuya carne ellos y ellas habían comido; y que, después, él y otros estudiantes estafadores se espetaron en un asno (pp. 1046b-1047a)[7].

[4] Ver Rey, 2007, pp. xlviii-liii. Según este editor, «*B* está libre de las exigencias que sufrió *Z*, pero, presenta nuevas huellas de autocensura, que parecen consecuencia inmediata de la publicación del *Memorial* o de *El Tribunal de la Justa Venganza*. Quevedo no sólo quiso mostrarse precavido en materia de religión sino también en cuestiones de tipo político y social, como demuestran algunos pasajes donde se alude a la Inquisición, los moriscos y los nobles» (2007, p. lvii).

[5] Rey, 2007, pp. xliv-xlviii; «Así ocurre con el ama de Alcalá, el soldado, el tío de Pablos, la vejezuela, el caballero estantigua y la Paloma» (Rey, 2007, p. xliv).

[6] Ver Astrana Marín, 1932, pp. 1046b-1048a y 1110b-1123a.

*Tribunal:* Y reagravando su culpa con lo que (sic) insolente y protervo, con más infame desacato vuelve a decir en fol. 16 que habiendo cenado los rufianes y las mujercillas pecatrices, que el cura repasaba los huesos cuyas carnes ellas habían comido, y que después él y otros estudiantes estafadores se ensartaron con un asno (p. 1112a-b).

*S:* Y ya que lo hubieron comido todo, que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián (p. 24, lín. 105-106). Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico (p. 26, lín. 160-161)[8].

*C:* [...] y ya que lo hubieron comido todo y que el cura repasaba los huesos de todos, volvió el un rufián (p. 124, lín. 104-105). Los estudiantes y el cura se ensartaron en un brinco (p. 126, lín. 159-160).

*Z:* Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián (p. 233, lín. 104-105). Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico (p. 234, lín. 159).

*B:* Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los güesos de los otros, volvió el un rufián (p. 361, lín. 107-108). Los estudiantes y el cura se ensartaron en dos borricos (p. 363, lín. 172-173).

La censura realizada a este pasaje del *Buscón* es doble, referida tanto al repaso que el cura hizo de unos huesos cuya carne había sido comida por unas mujeres, como al acto de ensartarse el clérigo y los estudiantes en un asno. Sin embargo, los cambios paliativos solamente afectan a la segunda alusión, no a la primera, que permanece igual que en las otras versiones.

Si Quevedo hubiese retocado *B* en función de esas críticas, lo esoerable sería encontrar una influencia de éstas más regular o completa, al menos en este pasaje concreto.

*1.2.*

*Memorial:* Describiendo un rocín muy flaco, dice que se le echaban de ver las penitencias y ayunos, siendo esto la medicina que tenemos contra el pecado, y de lo que Dios más se agrada (p. 1046b).

*Tribunal:* Pónesele por cargo que como hombre poco observante de nuestra sagrada religión, describiendo un rocín muy flaco, tanto que se le aparecían los huesos, dice «que se le echaban de ver los ayunos y penitencias». Escandalizado quedó el religioso de oír esto (pp. 1110-1111).

*S:* Llegó el día, y salí en un caballo hético y mustio, [...]. Al fin, él más parecía caballete de tejado que caballo, pues, a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines. Demostraba abstinencia en su aspecto y echábansele de ver los ayunos y penitencias, y, sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja. Y lo que más le hacía digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo, pues, a tener una cerradura, pareciera un cofre vivo (pp. 14-15, lín. 70-78).

*C:* Y así llegó el día, y salí en un caballo mustio y hético, [...]. Al fin, él más parecía caballete de tejado que caballo, pues, a tener una guadaña, pa-

[7] Las citas del *Memorial* de Luis Pacheco de Narváez y de *El Tribunal de la justa venganza* están tomadas de Astrana Marín, 1932.

[8] Las citas del *Buscón* en este artículo se refieren siempre a la edición de Rey, 2007.

reciera la muerte de los rocines. Demostraba abstinencia en su aspecto, se le echaba de ver la penitencia y ayunos: sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja. Lo que más le hacían digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo, pues, a tener una cerradura en las ancas, pareciera un cofre vivo (pp. 114-115, lín. 66-75).

*Z:* [*Faltan una referencia a la edad del caballo y el símil con un cofre vivo*] Llegó el día, y salí en un caballo hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía a cargo, en el ganarle la ración (pp. 222-223, lín. 71-75).

*B:* Llegó el día, y salí en uno como caballo, mejor dijera en un cofre vivo, que no anduvo en peores pasos Roberto del Diablo, según andaba. Él era rucio, y rodado el que iba encima, por lo que caía en todo. La edad no hay que tratar: biznietos tenía en tahonas. De su raza no sé más de que sospecho era de judío, según era medroso y desdichado (p. 352, lín. 66-71).

Es cierto que en *B* desaparece la frase mencionada en las censuras, pero también lo es que únicamente en esta versión aparece una referencia polémica –en cuanto a materia religiosa y social– a los judíos, a quienes se tacha de miedosos y desdichados.

Si el texto de *B* reflejase una autocensura de Quevedo, guiado por una actitud de prudencia, temor o recelo, sorprende que, a la vez que elimina una alusión irreverente, añada otra también problemática, susceptible en su época de ser criticada.

*1.3.*

*Memorial:* Y por el desprecio que por sus palabras muestra tener al sacrosanto sacerdocio, hace descripción de un clérigo, a quien introduce pupilero, con tales modos y tan ofensivo lenguaje que viene a ser de mejor calidad el hombre más vil de la república. Con justa vergüenza y debido respeto dejo de referir los descompuestos oprobios que le dice (p. 1046b).

*Tribunal:* Otro semejante cargo se le pone de que en fol. 7, con el radical odio que muestra tener al sacro sacerdocio, hace descripción de un clérigo presbítero, a quien introduce pupilero, con tales modos y tan infames atributos, que con justa vergüenza y debido respeto los dejo de referir, porque viene a ser de mejor calidad el hombre más vil de la república. Sólo diré que la misma infamia se corriera y afrentara, si le aplicaran apodos tan infames, injuriosos y viles (p. 1111a-b).

*SCZ:* Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle; una cabeza pequeña; pelo bermejo –no hay más que decir [para quien sabe el refrán *add. CZ* / / que dice «ni gato ni perro de aquella color» *add. Z*]-; los ojos, avecindados [avecinados *Z*] en [con *C*] el cogote, que parece [parecía *CZ*] [que *add. Z*] miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros [escuros *Z*] que era buen sitio el suyo para tienda [tiendas *CZ*] de mer-

caderes; la nariz, entre Roma y Francia, porque se le había comido [habían comido *C*] de unas bubas [búas *B*] de resfriado, que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero [dineros *C*]; las barbas, descoloridas de miedo de la boca [vecina *om. C*], que [la cual *C*] de pura hambre parece [parecía *CZ*] que amenaza [amenazaba *CZ*] [a *om. C*] comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagabundos [vagamundos *CZ*] se los habían desterrado; el gaznate, largo como de avestruz; [con *add. CZ*] una nuez tan salida que parece [parecía *Z*] que forzada de la necesidad se le iba a buscar de comer [que se iba a buscar de comer forzada de la necesidad *CZ*]; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una; mirado de medio abajo parecía tenedor o compás; las piernas [con dos piernas *CZ*], largas y flacas; el [su *Z*] andar, muy espacioso [Tan espacioso que *C*]; si se descomponía algo, le sonaban los huesos [güesos *CZ*] como tablillas de san Lázaro; la habla, hética; la barba, grande, y [que *C*] nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver [que le daba tanto asco *C*] la mano [las manos *Z*] del barbero por su cara que antes se dejaría matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de nosotros [los otros *Z*]. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa [era de cosa que fue (de *om. Z*) paño, con los fondos en // de (*Z*) caspa *CZ*]. La sotana [según decían algunos *CZ*] era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero [pelo *C*] de rana; otros decían que era ilusión: desde cerca parecía negra y desde lejos entreazul [de entreañil *C*]. Traíala [Llevábala *CZ*] sin ciñidor [ceñidor *C*]; no traía cuello ni puños. Parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera [y corta *add. CZ*], lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues [En *C*] su aposento, aun arañas no había [en él *om. C*]. Conjuraba los ratones de miedo [de *om. CZ*] que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo; [y *add. CZ*] dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria. (pp. 17, lín. 6-30; 117, lín. 6-31; 225, lín. 6-32)

*B:* Él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle; una cabeza pequeña; los ojos, avecindados en el cogote, [*el resto de la descripción sigue básicamente el texto de los otros testimonios, salvo en una* addenda *y una sustitución léxica que indico a continuación*]; la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico, entre Roma y Francia, [...]. Parecía, con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, *teatino lanudo.* [...]. (p. 354, lín. 6-32 –*add.* en lín. 9-10 y 27-28).

En la extensa descripción caricaturesca de Cabra se detallan los rasgos de una larga lista de elementos (talle, cabeza, pelo, ojos, nariz, boca, dientes, gaznate, nuez, brazos, manos, aspecto general, piernas, el andar, habla, barba, vestimenta y cama), considerados «apodos infames, injuriosos y viles» en las censuras del *Buscón.* Sin embargo, solo uno de esos rasgos físicos, el pelo bermejo, desaparece en *B;* dándose también en este caso la llamativa circunstancia de que únicamente en esta versión aparecen dos nuevas alusiones polémicas, claramente censurables en

materia religiosa: «la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico» y «parecía, con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, teatino lanudo». Ambas referencias no se avienen bien con la supuesta 'autocorrección' que Quevedo se impuso a raíz de las feroces críticas contra sus obras.

*1.4.*

*Memorial:* Entrando en una posada, a cuyo húesped introduce morisco, dice estas palabras: «Recibiome, pues, el huésped con peor cara que si fuera yo el Ssmo. Sacramto» (fol. 18, página 2) Y tras esto dice: «Entré en casa, y el morisco, que me vio, comenzó a reírse y hacer que quería escupirme; y yo, que temí que lo hiciese, le dije: "teneos, huésped, que no soy eccehomo" (folio 20, pág. 1)». (p. 1047a).

*Tribunal:* Pónesele cargo de irreverente y blasfemo por haber dicho en fol. 18 que, «entrando en una posada (a cuyo huésped introduce morisco), recibiome el huésped con peor cara que si fuera yo el santísimo sacramento». Y en folio 20, prosigue diciendo: «entré en casa, y el morisco que me vio, comenzó a reírse y hacer que quería escupirme; yo, que temí que lo hiciese, le dije: "teneos, huésped, que no soy Eccehomo"; en que da conocimiento de su ánimo malévolo; porque ninguno que tiene por trato el dar posada, recibe a los que van a ella con mala cara, ni los quiere escupir, antes con agrado los atrae, por consistir en ello su ganancia, y también porque no se ha visto mesonero ni ventero morisco, sino que por decir estas blasfemias lo introduce». (p. 1113b).

*SCZ:* Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía o [y *C*] sobre falso: moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy gran [grande *Z*] cosecha desta gente, y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan [falta *C*] para oler tocino; digo esto confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que [cierto *add. Z*] es mucha. Recibiome, pues, el huésped, con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento. […]. Entré en casa, y el morisco, en viéndome [que me vio *CZ*], comenzose [empezose *C*; comenzó *Z*] a reír [reírse *Z*] y [a *om. CZ*] hacer como que quería escupirme [y *C*]. Yo, que temí que lo hiciese, dije: «[Tened *CZ*] Huésped, [mire *om. CZ*] que no soy *eccehomo*» (pp. 27-28, lín. 3-8 y 57-59; 127-128, lín. 3-8 y 58-61; 236-237, lín. 3-8 y 56-59).

*B:* Era el dueño y güésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso: moriscos los llaman en el pueblo. Recibiome, pues, el güésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento. […]. Entré en casa, y el morisco, que me vio, comenzose a reír y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: –Tené, güésped, que no soy *eccehomo*. (pp. 364-365, lín. 3-6 y 53-56).

De las tres críticas realizadas a este pasaje (el carácter morisco del posadero[9], la alusión al Santísimo Sacramento y al Eccehomo), nada se

[9] Presente también en la caracterización del dueño de la «siempre maldita venta de Viveros»: «El ventero era morisco y ladrón» (en todos los testimonios, pp. 23, lín. 40; 123, lín. 39; 232, lín. 39; 360, lín. 39).

cambió en el texto de *B*. Lo que se eliminó fue una referencia irónica y maliciosa a la «gente principal», a la que se relaciona con moriscos y judíos[10]. Quizás la probable condición noble del destinatario del códice que transmite el manuscrito *Bueno* explique esa omisión[11].

*1.5.*

*Memorial:* Y no parece menos culpable, lo que en este mismo folio dice, que, encontrando uno de estos pícaros con un acreedor suyo, porque no lo conociese, soltó detrás de las orejas el cabello que traía recogido, y quedó Nazareno, entre Verónica y caballero lanudo (p. 1047b).

*Tribunal:* no es menos culpable, donde refiere que uno de los pícaros de esta cuadrilla se encontró con un acreedor suyo; y que, porque no lo conociese, soltó tras de las orejas el cabello que traía recogido, «y quedó Nazareno entre Verónica y caballero lanudo» (p. 1117b).

*SCZ:* Y porque no le [lo *C*] conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno, entre Verónica y caballero lanudo, plantose un parche en un ojo y púsose a hablar italiano conmigo. (pp. 68, lín. 52-54; 171, lín. 56-59; 277, lín. 56-59).

*B:* Y porque no le conociese, soltó de detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno, entre ermitaño y caballero lanudo; plantose un parche en un ojo y púsose a hablar italiano conmigo. (p. 403, lín. 57-60)

En la versión de *B* solo se eliminó la alusión a la Verónica, pero no al Nazareno. Nuevamente, si el texto de *B* hubiese sido retocado en función de las censuras de Pacheco y del *Tribunal,* cabría esperar un seguimiento completo o más uniforme de sus indicaciones, al menos en el caso concreto de esta breve frase.

*1.6.*

*Memorial:* Dice que, habiéndole preso, lo primero que los pícaros y galeotes de la cárcel le notificaron fue dar para la limpieza, y no de la Virgen sin mancilla: la limpieza para lo que él dice que le pedían, es quitar la basura y verter las inmundicias, y acomodó lo que tanto se venera en la tierra y en el cielo. (p. 1047b)

[10] Ya Rey, 2007, p. LI, n. 71, señaló que la referencia a los judíos y a la gente principal en este pasaje «parece el elemento más significativo en este caso».

[11] Rey, 2007, p. LII: «Se ha comentado en varias ocasiones que el manuscrito *B* tiene todo el aspecto de ser un ejemplar de regalo por parte de Quevedo para un personaje ilustre». Por su parte, Yeves Andrés, 2002, p. 14, señala que «desde que se planteó la preparación del volumen [del manuscrito *Bueno*] éste fue concebido como un ejemplar de regalo para un lector por el momento desconocido, tal vez una dama, de gusto exquisito». Quizás se tratase de un noble castellano, dada la lectura exclusiva de *B* en el siguiente pasaje: «Usé el oficio de adelantado, que es mejor a veces serlo de un cachete que de un reino» (p. 410, lín. 29-30), frente a *SCZ* («Usé [de *S* // el *Z*] oficio de adelantado, que es mejor serlo de un corchete [cachete *CZ*] que de Castilla», pp. 75, lín. 28; 179, lín. 30-31; 284, lín. 30-31). *Adelantado*: «dilogía: 'el que se adelanta (golpeando)' y 'el cargo de presidente o gobernador de una provincia'», ver Arellano, 1997, p. 178, n. 132.

*Tribunal:* habiéndolo preso, lo primero que los pícaros y galeotes de la cárcel le notificaron fue «dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla)»; y para lo que él insinúa que le pedían (dejando aparte su ánimo profanador), era dinero para sacar la basura y verter las inmundicias; y aquí sacrílegamente acomodó lo que, fuera de lo que es Dios, más se venera en el cielo y en la tierra (p. 1119a).

*SCZ:* lo primero que nos fue notificado fue dar para la limpieza, y no de la Virgen sin mancilla, so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tuvieron [tenían *CZ*] qué dar, y así, quedaron remitidos para la noche.

Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, bigotado [abigotado *CZ*], mohíno de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas. [...]. Llamábanle [a él *add. C*] el Jayán. Decía que estaba preso por cosas de aire, y así sospechaba [sospeché *Z*] yo [si *om. Z*] era por alguna fuelle o chirimía o abanico [algunos // algunas (*Z*) fuelles, chirimías o abanicos *CZ*]. Y preguntándole yo [y decíale *C*; y a los que le preguntaban *Z*] si era por algo desto; respondía que no, que eran cosas de atrás [sino por pecados de atrás. Y pensé que por cosas viejas quería decir *Z*]: yo pensé que eran pecados viejos [que pecados viejos quería decir *C*], y [al fin *Z*] averigüé que por puto. [...]. Había confesado [ya *om. CZ*] éste y era tan maldito que nos obligaba a traer las traseras con carlancas, como mastines [traíamos todos con carlancas, como mastines, los traseros *C*; traíamos todos con carlancas las traseras, como mastines *Z*], y no había quien [se *om. Z*] osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas. (pp. 76, lín. 40-53; 180, lín. 42-58; 285, lín. 42-58)

*B:* y lo primero que nos fue notificado fue dar para la limpieza, como si en una noche lo hubiera yo ensuciado todo, so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenían qué dar, y así, quedaron remitidos para la noche.

Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohíno de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas. [...]. Llamábanle el Jayán. Decía que estaba preso por cosas de aire, y así sospechaba yo si era por algunas fuelles, chirimías o abanicos y decíale si era por algo desto; respondía que no, que eran cosas de atrás. Yo pensé que pecados viejos quería decir, y averigüé que por puto. [...]. Había confesado éste y era tan maldito que traíamos todos con carlancas, como mastines, las traseras, y no había quien se osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas. (p. 411, lín. 42-58)

Si bien es cierto que en *B* se eliminó esa alusión al carácter inmaculado de la Virgen, también lo es que inmediatamente después de ese lugar figura un escabroso pasaje en el que se menciona, describe e interviene el Jayán, un preso «puto», «tan maldito que traíamos todos con carlancas, como mastines, las traseras, y no había quien se osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas» (p. 411). Además, el texto que presenta *B* en este caso se acerca más a *C* que a *Z*.

El análisis detallado de los seis pasajes comentados se puede resumir de la siguiente manera:

a) En el caso 4 (el del ventero morisco), la versión *B* no modificó nada de lo censurado en el *Memorial* y el *Tribunal.*

b) En los casos 1 y 5 (el cura que repasaba los huesos y se ensartó con los estudiantes en un borrico, y la referencia a quedarse nazareno y Verónica), el texto de *B* solamente presenta algún cambio en el pasaje censurado, pero permanecen otros aspectos criticados en el mismo lugar.

c) En el caso 6 (de la «Virgen sin mancilla»), la versión *B* sustituyó la frase señalada en el *Memorial* y el *Tribunal* por otra lectura más inocua; pero inmediatamente después figura, como en los demás testimonios, el pasaje del «puto» Jayán, especialmente susceptible de ser censurado tanto por el tema tratado como por el lenguaje utilizado.

d) En el caso 3 (del pupilero Cabra), la versión de *B* únicamente eliminó una pequeña parte del texto criticado; pero no solo permanecen muchos otros aspectos denunciados en el mismo pasaje, sino que se añaden nuevas alusiones irreverentes.

e) En el caso 2 (de la descripción del caballo), el texto de *B* carece de la frase censurada, pero añade una nueva referencia a los judíos, 'problemática' desde el punto de vista religioso y social.

Por todo ello, y como primera conclusión, creo que varios datos permiten cuestionar seriamente la relación de la versión *B* del *Buscón* con el *Memorial* (1630) de Pacheco de Narváez y el *Tribunal de la Justa Venganza* (1635):

1) El pequeño número de censuras que coinciden realmente con algún cambio textual en *B.*

2) La escasa entidad de esas modificaciones, relacionadas siempre con muy pocas palabras o con sintagmas muy breves («un [borrico]», «Verónica», «ayunos y penitencias», «Virgen sin mancilla»).

3) La falta de seguimiento completo, en algunos casos, de críticas realizadas a un mismo pasaje; pues, a veces, en *B* solo se 'retoca' una parte de lo censurado en un lugar textual determinado.

4) La permanencia en *B,* sin cambios con respecto a las otras versiones, de pasajes mucho más criticados (por extensión y gravedad de las acusaciones vertidas contra Quevedo) en el *Memorial* y el *Tribunal.* He aquí algunos ejemplos[12]:

[12] Para el resto de censuras, confróntense con las siguientes páginas de la versión *B*: cargo 1.º (del *Tribunal*), p. 350, lín. 43-47 (donde *B* lee «alguaciles y jueces» como *S* –p. 12, lín. 42-46); cargo 4.º, p. 360, lín. 43-44; cargo 7.º, p. 369, lín. 62-65; cargo 8.º, p. 372, lín. 165-167; cargo 9.º, p. 379-380, lín. 30-31 y 48-50; cargo 10.º, p. 388, lín. 246-247; cargo 11.º, p. 390, lín. 59-62 y 65; cargo 12,º, p. 392, lín. 133; cargo 13.º, p. 402, lín. 3-5; cargo 14.º, p. 403, lín. 43-45; cargo 16.º, p. 403, lín. 75; cargo 17.º, p. 404, lín. 92-93; cargo 21.º, p. 423, lín. 89 y 101 (donde solo falta la palabra «benito»; pues permanece el uso de un hábito de fraile como disfraz para ganar dinero jugando a las cartas, además de otras alusiones irreverentes en el pasaje); cargo 22.º, p. 428, lín. 49, 56 y 62-64; [cargo 24.º], p. 371, lín. 160-161; [cargo 25.º], p. 374, lín. 43-44. (Solo los cargos 1.º, [24.º] y [25.º] son exclusivos del *Tribunal de la justa venganza;* los demás están presentes también en el *Memorial* de Pacheco de Narváez).

*Memorial:* De las religiosas, siendo esposas de Cristo y las más preciosas joyas del camarín de Dios en la tierra, habla con tal indecencia, que no permite la modestia cristiana que se refieran aquí sus injuriosas y descompuestas palabras; sólo digo que las trata peor que si fueran mujeres del lupanar, dando causa que estén en baja opinión y desprecio cerca del vulgo ignorante, que es la mayor parte del pueblo, y que lo imiten en desestimarlas. Verase esto desde fol. 97 hasta 99. (p. 1048a)

*Tribunal* (Cargo 23): Criminal cargo se le pone de haber cometido la más exorbitante desvergüenza que jamás se dijo ni vio escrita, porque de las religiosas (que sola esta partida le faltaba para llenar el infinito número de sus maldades) habla con tal indecencia desde fols. 97 hasta 99, que no le es permitido ninguna lengua cristiana referir tan infames e injuriosas palabras. Sólo digo, por menor encarecimiento, que las trata y vitupera peor que si fueran públicas rameras.

Con estas palabras se arrebató el religioso de un cristiano furor, diciendo: «A este hombre miserable, nacido para escándalo universal de los hombres y común afrenta de nuestra nación, le quisiera preguntar (con San Agustín, *in serm. de verbis Domini*): ¿en qué le agravia la obediencia? ¿Qué injuria recibe de la castidad? […] Como ejecuta las liciones de su maestro Satanás, no siguiera las de San Gregorio, que le enseñara a decir que no sin causa es preferida la obediencia al sacrificio […]. (pp. 1121b-1123a)

*B:* Y todo esto, al cabo, es para ver a una mujer por red y vidrieras, como güeso de santo. Es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla, y, si calla, de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan a cabes: un paloteadico con los dedos. Hincan las cabezas en las rejas y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman al escondite. […] Consideré cuán caro me costaba el infierno, que a otros se da tan barato y en esta vida por tan descansados caminos. Veía que me condenaba a puñados y que me iba al infierno por sólo el sentido del tacto. […] Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado a dejar la monja, aunque perdiese mi sustento; y determineme el día de san Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son las monjas. Y no quiera vuestra merced saber más de que las bautistas todas enronquecieron adrede y sacaron tales voces que, en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras y se vistieron de viejo. […] (p. 436, lín. 206-230)

***

*Memorial:* Que para huirse de una posada y sacar su ropa sin pagar lo mucho que debía, concertó que unos amigos suyos le fuesen a prender, diciendo que era por parte del santo oficio: introduciendo para acción tan injusta, ministros de tan santo tribunal, a quien no se ha de atrever la burla ni el engaño, ni aun con fingimiento insinuar que pueda haberse cometido este delito; porque muchos dejarían de pecar si no se les enseñase el cómo se puede cometer el pecado (Fol. 78, pág. 2). (pp. 1047b-1048a)

*Tribunal* (Cargo 19): De otro delito se le acusa, con tan agravantes circunstancias, que merece tres ejemplares castigos. El uno, por el proprio hecho; otro, por la dignidad del sujeto contra quien lo cometió; y el otro, por el ejemplo que da para que otros lo cometan. Este consta

en lo que confiesa en el folio 78: «Que para huirse de una posada y sacar su ropa sin pagar lo mucho que debía, concertó que unos amigos suyos le fuesen a prender diciendo que era por parte de la Inquisición, interponiendo para acción tan injusta y solemne bellaquería, ministros fingidos de tan santo Tribunal, a quien no se ha de atrever la burla ni el engaño, por obra ni palabra, debiéndosele, como se le debe, toda la veneración, temor y respeto y obediencia que le tienen todos los católicos, como a delegado de Dios para juzgar sus causas en la tierra. (pp. 1119b-1120a)

*B:* Y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche a prender. Llegaron la señalada y requirieron a la güéspeda que venían de parte del Santo Oficio y que convenía secreto. Temblaron todas por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme a mí callaron pero, al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían a buscar; decían entrambos que eran demonios y que yo tenía familiar. [...] (p. 419, lín. 37-46)

***

*Memorial:* Lasciva y deshonestamente contra lo permitido en libros que han de llegar a manos de todas gentes, y en ofensa de los tres requisitos establecidos por la humana y cristiana prudencia, que sean: útiles, honestos y deleitables, dice que a las mujeres no las quiere para consejeras ni bufonas, sino para acostarse con ellas, y que las procura de buenas partes para el arte de las ofensas (Fol. 82, pág. 1). (p. 1048a)

*Tribunal* (Cargo 20): Acúsole de hombre deshonesto y brutalmente fornicario, como consta por su declaración en folio 82, donde con lasciva torpeza contra lo permitido en libro que ha de llegar a manos de todas gentes, dice, con palabras indignas aun para dichas en un lupanar, que a las mujeres no las quiere «para consejeras ni bufonas (aborreciendo en esta última parte a sus semejantes por aquel dicho común: quien es tu enemigo, etc.), sino para acostarse con ellas», y que las procura «de buen parecer para el arte de las ofensas».

«Aquí es, señores (dijo el religioso), donde su inmundísima boca acabó de vomitar la vil torpeza de que tuvo siempre vestido el ánimo y donde manifestó su torpe y lasciva lengua lo insaciable de su lujuria y el exceso de la sensualidad. [...] (p. 1120ab)

*B:* Fuimos a los estanques, vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes, por inocente: no sabía. Pero como yo no quiero las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas; que, cuando sea boba, harto sabe si me sabe bien. Esto me consoló. [...] (p. 421, lín. 22-27)

5) Al margen de los lugares del *Buscón* criticados en 1630 y 1635, en el texto de *B* no solo se mantuvieron sin cambios numerosos pasajes po-

tencialmente susceptibles de ser objeto de censura en la época, sino que en algunas ocasiones se introdujeron nuevas alusiones irreverentes u ofensivas que arguyen en contra de la hipótetica autocensura que Quevedo se habría impuesto a raíz de los libelos contra sus obras.

Éstos son algunos pasajes de *B* que podrían ser deliberadamente presentados como sacrílegos por parte de los enemigos de Quevedo:

–Trujeron médicos y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como a retablos, y bien lo éramos de duelos. (p. 359, lín. 5-7)

–Dicen que [la madre de Pablos] representará en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte. (p. 374, lín. 38-39)

–salió un mulatazo [...], la cara con un *per signum crucis de inimicis suis* (p. 377, lín. 113)

–[*Habla el cura poeta*] Otras [obras literarias] más altas he hecho yo –dijo- por una mujer a quien amo. Y vea aquí novecientos y un sonetos y doce redondillas –que parecía que contaba escudos por maravedís- hechos a las piernas de mi dama. (p. 380, lín. 73-75)

–[*Habla el cura poeta*] ¡Algún puto, cornudo, bujarrón y judío –dijo en altas voces- ordenó tal cosa! (p. 383, lín. 49-50)

–Ya mi tío estaba tal que, alargando la mano y asiendo una [salchicha], dijo, con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto:

Sobrino, por este pan de Dios que crió a su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta. (p. 390, lín. 70-73)

–[*Habla el ermitaño*] Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos avemarías [a los naipes]. (p. 386, lín. 170-171)

–Asiéronse a puños y, estando juntos los dos [el porquero y el de las ánimas, ya borrachos] y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en su juicio, decía que quién había traído a su casa tantos clérigos. (p. 391, lín. 84-88)

–Sucedió que el carcelero se llamaba tal Blandones de San Pablo (p. 413, lín. 131-132)

–[*Habla la mujer del carcelero*] A fe, señor don Pablos, que si yo lo oyera, que yo le acordara de que tiene las espaldas en el aspa del san Andrés. (p. 413, lín. 143-145)

–[*Habla el cura poeta*] Fui el primero que introdujo acabar las coplas como los sermones, con «aquí gracia y después gloria» (p. 433, lín. 91-92)

–Por ésta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto (p. 438, lín. 77-79)

–[mi tío pensaba que,] estudiando, podría ser cardenal; que, como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. (p. 392, lín. 125-127)[13].

A continuación se presentan nuevas alusiones irrespetuosas en materia religiosa que únicamente figuran en el texto de *B*[14]:

[13] Pueden verse otros ejemplos en: p. 396, lín. 61-64 y 76-78; p. 408, lín. 25-27; p. 416, lín. 79; p. 428, lín. 52; p. 429, lín. 95-99; p. 433, lín. 103 y 111; p. 435, lín. 164-165.

*SCZ:* Tuvo muy buen parecer y fue tan celebrada que, en el tiempo que ella vivió, [casi todos *SC* // con todos *Z*] los copleros de España hacían cosas sobre ella. (pp. 11, lín. 9-10; 111, lín. 9-10; 219, lín. 9-10)

*B:* Tuvo muy buen parecer para letrado; mujer de amigas y cuadrilla, y de pocos *enemigos*, porque hasta *los tres del alma* aun no los tuvo por tales (p. 349, lín. 9-11)

***

*SCZ:* –[¿Cómo gatos? *om. C*] [¿Pues *om. S*] quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. (pp. 18, lín. 39-40; p. 118, lín. 40-41; p. 226, lín. 41-42)

*B:* –¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. ¿Qué tiene esto de *refitorio de jerónimos* para que se críen aquí? (p. 355, lín. 41-43)

***

*SCZ:* Sentáronse a comer; en cabecera el demandador, [y *om. S*] los demás sin orden. (pp. 55, lín. 53; 156, lín. 53; 263, lín. 52)

*B:* Sentáronse a comer, en cabecera el demandador, diciendo: «¡La Iglesia en mejor lugar! Siéntese, padre». Echó la bendición mi tío y, como estaba hecho a santiguar espaldas, parecían más amagos de azotes que de cruces; y los demás nos sentamos sin orden. (p. 390, lín. 53-56)

6) En el texto de la edición príncipe (*Z*) hay casos de eliminación de pasajes irreverentes que, sin embargo, sí figuran en la versión de *B*. La presencia de esos lugares en *B* es un indicio, por el contrario, de la posible anterioridad de esa versión manuscrita con respecto a *Z*. He aquí varios ejemplos[15]:

*SCB:* Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal (p. 11, lín. 6-7; 111, lín. 6-7; 349, lín. 6-7)

*Z:* Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo y nieta de Lépido Ziuraconte (p. 219, lín. 6-7)

***

*SCB:* [Ver, pues *om. C*], con la cara [boca *S*] de risa que ella oía esto de todos era para dar mil gracias a Dios. (pp. 11, lín. 29-30; 112, lín. 28-29; 350, lín. 36-37)

*Z:* Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos era para más atraerles sus voluntades. (pp. 219-220, lín. 28-29)

***

*SCB:* viendo venir rescatados por la Trinidad [a *S*] sus compañeros. (pp. 21, lín. 186-187; 121, lín. 190; 358, lín. 196-197)

*Z:* viendo venir rescatados sus compañeros. (p. 230, lín. 189)

***

[14] A este respecto, ya Lázaro Carreter, 1965, p. XLIX, señaló que: «Un grupo de pasajes existentes en *B*, y no en *CSE*, muestra una actitud burlesca ante el clero o las cosas sagradas: 1, 2, 3, 5 y 8. Parece como si Quevedo hubiera deseado [en *CSE*] lograr un texto menos atacable –no precisamente inatacable– por el creciente número de sus enemigos».

[15] Para Rey, 2006b, p. 79, las variantes de *Z* «más significativas, características de la autocensura, consisten en la supresión o alteración de pasajes irreverentes en materia religiosa. Tal vez el *Buscón* de 1626 no responde plenamente a la libertad de Quevedo, pero no por ello deja de pertenecerle».

*SCB:* y que [a todos los poetas públicos y cantoneros] los [les *C*] prediquen, sacando cristos para convertirlos. (pp. 47, lín. 15; 148, lín. 16; 382, lín. 15)
*Z:* y que los desengañen del yerro en que andan, y procuren convertirlos. (p. 256, lín. 15)

***

*S:* este mal que les han hecho del que nos hicieron en Adán (p.47, lín. 25)
*C:* este mal que les han hecho del que nos hicieron en la manzana (p. 148, lín. 26)
*B:* este mal que las hemos hecho del que nos hicieron en la manzana (p. 382, lín. 25-26)
*Z:* este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo (p. 256, lín. 25-26)

***

*SCB:* No pase vuestra merced adelante, que [porque *C*] sobre eso pienso ir al Papa y gastar lo que tengo. Bueno es que yo, que soy eclesiástico [...] (pp. 47, lín. 30-32; 149, lín. 31-33; 382, lín. 30-32)
*Z:* No pase vuestra merced adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino a mi juez, por no causar perjuicio a mi hábito y dignidad; y en prosecución della gastaré lo que tengo. Bueno es que yo, siendo eclesiástico [...] (p. 256, lín. 30-33)

***

*SCB:* nuestras cartas eran como el Mesías, que nunca venían y las aguardábamos siempre (pp. 51, lín. 178-179; 152, lín. 169-170; 386, lín. 185-186)
*Z: om.* (p. 260, lín. 165)

***

*SCB:* a la entrada, vi a mi padre en el camino, aguardando [a *S*] ir en bolsas [bolsa *C*], hecho cuartos, a Josafad [Josafat *S*] (pp. 53, lín. 234-235; 154, lín. 225-226; 387, lín. 240-241)
*Z:* a la entrada vi a mi padre en el camino, aguardando (p. 261, lín. 218)

***

*S:* Vídose tan sin remedio morir como san Esteban –pero no tan santo– que dijo [...] (pp. 76-77, lín. 77-78)
*CB:* viéndose, sin santidad, [y *C*] cerca de morir san Esteban, dijo que [...] (pp. 181, lín. 86; 412, lín. 86)
*Z:* viéndose cerca de morir mártir (sin tener cosa de santidad ni aun de bondad), dijo que [...] (p. 286, lín. 86-87)

***

*SC:* éstos son de los que dijera algún bellaco que, torciendo la sentencia a mal fin, cumplen el precepto de san Pablo de tener [que es tener *C*] mujeres como si no las tuviesen (pp. 96, lín. 20-21; 201, lín. 18-19)
*B:* éstos son de los que dijera algún bellaco que cumplen el preceto de san Pablo de tener mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia (p. 431, lín. 18-19)
*Z:* por éstos se pudo decir que tienen mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia (p. 306, lín. 18-19)

***

*SCB:* Díjome que jurado a Dios que no era suyo nada [nada suyo *C*] de la comedia (pp. 97, lín. 52-53; 202, lín. 50-51; 432, lín. 49-50)
*Z:* Díjome que no era suyo nada de la comedia (p. 307, lín. 49)

***

*SCB:* [*como galán de monjas*] hablaba como sacerdote que dice las palabras de la consagración. (pp. 101, lín. 223-224; 207, lín. 224-225; 436, lín. 222-223)

*Z:* hablaba tan bajo que no me podía comprender si no se valía de trompetilla (p. 311, lín. 219-220)

A mi juicio, las denominadas «variantes ideológicas» de *B* responden a la enorme y compleja casuística, de naturaleza subjetiva, que puede llevar a un autor a cambiar su texto: autocensura en materia religiosa, política o social (sin necesidad de estar vinculada a presiones externas), criterios de buen gusto, de estilo, etc[16].

Menos probable me parece su relación con el destinatario del ms. *Bueno,* seguramente un noble –fuese o no mujer[17]–; porque en el texto no solo hay numerosas alusiones interpretables, maliciosamente, como escandalosas o irreverentes, sino que también figuran referencias a personas principales o al buen origen de las «gentes de la Corte»:

*SCB:* Llegábame, [de todos *om. SC*], a los hijos de [los *S*] caballeros y personas principales, y particularmente [...] (pp. 13, lín. 7-8; 113, lín. 8-9; 351, lín. 8-9)

*Z:* Llegábame, de todos, a los hijos de caballeros, y particularmente [...] (p. 221, lín. 8)

***

[16] El propio Rey, en 1993, consideró que las variantes ideológicas «no ofrecen pruebas indiscutibles» (p. 812), porque desconocemos «el talante desde el cual [Quevedo] emprendería los cambios» (pp. 811-812). Al circunscribirse al ámbito subjetivo, un mismo dato podría ser esgrimido en apoyo de interpretaciones opuestas, tal como ejemplificó con el pasaje de los pollos y la Inquisición, o con la alusión a la «Virgen sin mancilla» (p. 812).

[17] En relación con una carta al Duque de Medinaceli (fechada el 21 de diciembre de 1630), donde Quevedo anuncia que tiene «un librillo» para enviar a la duquesa y que esta se «ría», Rey comenta que por esa fecha «no cabe esperar que [*Gracias y desgracias del ojo del culo*] fuese dedicado a la respetable duquesa» (2007, p. LIII, n. 74). Seguramente se trata de «la relación de las fiestas de Baraja» que don Francisco pretendió remitir para «que se riese un rato mi señora Duquesa» en uan epístola anterior, del 25 de septiembre (ver Quevedo, *Epistolario,* pp. 237-238). Al margen de que existía la posibilidad de que se tratase del *Libro de todas las cosas y otras muchas más* (compuesto probablemente entre fines de 1629 y mediados de 1631 –ver Azaustre, 2007a, p. 432–), el contenido de algunos pasajes del *Buscón* no parece, ciertamente, el más adecuado para una supuesta lectora beata o escrupulosa; como sucedería con los siguientes: «Y lo que más es de notar es que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando,* que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean. Y así, siempre andamos en recuesta: con una bodegonera, por la comida; con la güéspeda, por la posada; con la que abre los cuellos, por los que trai el hombre. Y aunque comiendo tan poco y bebiendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas» (versión *B,* p. 397, lín. 82-87), «[al padre de Pablos] Hícele cuartos y dile por sepoltura los caminos. Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca a los grajos» (versión *B,* p. 373, lín. 30-32) o «Entre tanto, aquel maldito que estaba junto a mí se pasó a mi cama y proveyó en ella y cubriola, volviéndose a la suya. [...] Acosteme y cubrime y torné a dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halleme proveído y hecho una necesaria» (versión *B,* p. 366, lín. 101-109).

*SCB:* en ella [en la Corte] hay unos géneros de gentes [gente *C*], como yo, que no se les conoce raíz [raíces *C*] ni mueble ni otra cepa de la que decienden los tales. (pp. 61, lín. 3-4; 162, lín. 3-4; 395, lín. 3-4)

*Z:* en ella hay unos géneros de gentes, como yo, que no se les conoce raíz ni mueble ni otra cosa de la que decienden los tales. (p. 269, lín. 3-4)

## 2. Reconsideración de las variantes estéticas o literarias

En su edición, Rey sostiene que «Los cambios operados en los retratos de los personajes sugieren la posterioridad de la versión *B,* porque amplifica o intensifica los de las otras versiones, labor propia de un autor que quiere enriquecer lo escrito anteriormente. Resulta más difícil imaginar que el proceso se hubiese desarrollado en sentido inverso, es decir, buscando la eliminación de notas descriptivas» (p. xlviii).

Sin embargo, también es posible alegar varios argumentos que contrarrestan la fuerza probatoria de tales aserciones.

2.1. Las versiones con un texto más largo no siempre son las últimas en la obra de Quevedo; a veces, el autor desecha en etapas posteriores parte del texto que había redactado previamente.

Esto es lo que ocurrió en el caso de las *Cartas del Caballero de la Tenaza* (compuestas entre 1605-1613); pues, de las 30 cartas iniciales recogidas en los manuscritos, solo se publicaron 23 en las ediciones de *Sueños y discursos* (1627) y *Sueños y discursos o desvelos soñolientos* (1628), y 22 cartas, una menos todavía, en los casos de *Juguetes de la niñez* (1631) y *Enseñanza entretenida* (1648). Siete cartas, por lo tanto, que tienen en común el retrato de la pedigüeña como prostituta, únicamente nos han llegado a través de los manuscritos, pero no de ediciones preparadas, consentidas o autorizadas por Quevedo[18].

En el caso de los *Sueños y discursos* (Barcelona, 1627), contamos también con la peculiar edición de *Desvelos soñolientos* (Zaragoza, 1627, a costa de Roberto Duport), que consta solamente de tres de los cinco sueños de la príncipe (Muerte, Juicio Final e Infierno)[19], y carece de varios pasajes y frases presentes en los manuscritos y la *princeps* de los *Sueños,* como ocurre en los siguientes ejemplos:

*Mss.:* Esto digo por ver que pudiendo las mugeres encomendar sus desseos y neçessidades a Sant Pedro, Sant Pablo, Sant Francisco, Sant Joan, Sant Agustin y otros Sanctos, que sauemos pueden con Dios, se ban a èstos que hazen offiçio de humildad, y pretenden yrse al çielo […] (*Infierno,* p. 162, lín. 129-133)[20].

*Sueños:* Esto digo por ver que pudiendo las mujeres encomendar sus deseos y necesidades a san Pedro, a san Pablo, a San Juan, a San Agustín, a santo Domingo, a san Francisco, y otros santos, que sabemos que

[18] Sobre ello, ver Azaustre, 2007b.

[19] Para un estudio detallado de *Desvelos,* ver González, 1999.

[20] Todas las citas de los manuscritos de los *Sueños* se toman de la edición de Crosby, 1993, vol. 1.

pueden con Dios, se den a estos que hacen oficio la humildad y pretenden irse al cielo [...] (*Infierno,* p. 177)[21]

*Desvelos:* Y pretenden irse al cielo [...] (*Infierno,* p. 562)

***

*Mss.:* que diz que es la mayor leña que se quema en el infierno Sastres. Pasè adelante [...] (*Infierno,* p. 165, lín. 254-256)

*Sueños:* y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno sastres. Pasé adelante [...] (*Infierno,* p. 184)

*Desvelos:* Pasé adelante [...] (*Infierno,* p. 562)

***

*Mss.:* Por la honrra se muere entre dos paredes la viuda. Por la honrra sin sauer què es honbre ni què es gusto, se passa la donzella casada treinta años con sus deseos. Por la honrra le quita la cassada a su deseo quanto quiere. Por la honrra passan honbres el mar (*Infierno,* pp. 170-171, lín. 472-476)

*Sueños:* por la honra se muere la viuda entre dos paredes; por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma; por la honra la casada se quita a su deseo cuanto pide; por la honra pasan los hombres el mar (*Infierno,* p. 200)

*Desvelos:* Por la honra pasan los hombres el mar (*Infierno,* p. 564)

***

*Mss.:* las damas con sus caras y sus mentirossas hermosuras, los confessores con vendidas absoluziones, y los Letrados con buenas caras y malos parezeres, y que assi los echauan porque trugesen gente.

Pero el pleyto màs entricado y el caso màs difiçil que yo vi en todo el infierno fue el que propuso vna muger condenada con otras muchas que estauan por putas enfrente de vnos ladrones, la qual dezia: Dezidnos Señor, còmo ha de ser esto del dar y el reçiuir, si los ladrones se condenan por tomar lo ageno y las mugeres por dar lo suyo? Aqui de Dios! que el ser puta es ser justizia, si es ser justiçia dar a cada vno lo suyo, pues lo hazemos asi.

Dejè de escucharla, y preguntè (como nonbran ladrones) dònde estàn los malos Escriuanos? (*Infierno,* p. 179, lín. 829-841)

*Sueños:* las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pareceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres, y que así los echaban porque trujesen gente.

Pero el pleito más intricado y el caso más difícil que yo vi en el infierno fue el que propuso una mujer condenada con otras muchas, por malas, enfrente de unos ladrones, la cual decía:

—Decidnos, señor, ¿cómo ha de ser esto de dar y recebir, si los ladrones se condenan por tomar lo ajeno y la mujer por dar lo suyo? Aquí de Dios, que si el ser puta es ser justicia, si es justicia dar a cada uno lo suyo, pues lo hacemos así, ¿de qué nos culpan?

Dejé de escucharla y pregunté, como nombraron ladrones:

—¿Dónde están los escribanos? [...] (*Infierno,* pp. 225-226)

*Desvelos:* las damas con sus mentirosas hermosuras, y buenas caras, y malos pareceres, y que así los echaban porque trujesen gente. Dejé de escu-

[21] En este apartado del artículo, los textos de *Sueños* y *Desvelos* se citan por la edición de Arellano, 1991.

charlo y pregunté dónde estaban los escribanos [...] (*Infierno*, p. 566)

***

*Mss.:* materiales tan baporossos. Y assi se resoluieron en que la cossa màs vil del mundo eran los Sastres, pues cada punto se condenauan, y que era gente màs enjuta. Cerraran con ellos si no dixera vn diablo (*Infierno,* p. 185, lín. 1050-1053)

*Sueños:* materiales tan vaporosos; y así se resolvieron que la cosa más vil del mundo eran los sastres, pues cada punto se condenaban, y que era gente más enjuta. Cerraran con ellos si no dijera un diablo (*Infierno,* p. 242)

*Desvelos:* materiales tan vaporosos. Cerraran con ellos si no dijera un diablo (*Infierno,* p. 567)

***

*Mss.:* Onrrados eran los Españoles quando podian decir putos y borrachos a los estrangeros, mas andan diçiendo aqui malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni ellos mueren de sed. En mi tiempo no sabia por dònde se subia el vino a las cabeças, y aora pareçe que beben àçia arriba. (*Muerte*, p. 232, lín. 632-636)

*Sueños:* Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos a los extranjeros, mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por dónde subía a las cabezas y agora parece que se sube hacia arriba. (*Muerte,* p. 351)

*Desvelos: om.* (*Muerte,* p. 587)

***

*Mss.:* Yuan muchas mugeres tras èstos vesandoles las ropas, que en vessar algunas son peores que Judas, porque èl vessò (aunque con animo traydor) [...] (*Infierno,* p. 162, lín. 118-120)

*Sueños:* Había muchas mujeres tras estos besándoles las ropas, que en besar algunas son peores que Judas, porque él besó, aunque con ánimo traidor [...] (*Infierno,* p. 177)

*Desvelos:* Había muchas mujeres tras estos besándoles las ropas, que en besar algunas son peores (aunque con ánimo traidor) [...] (*Infierno,* p. 561-562)

En cuanto a la poesía quevediana, también nos encontramos con el caso del cancionero religioso *Heráclito cristiano* (1613), transmitido exclusivamente a través de manuscritos, de cuyos 26 salmos quedaron cuatro sin imprimir, una vez llevados a cabo la reordenación y aprovechamiento posterior de sus materiales en otros proyectos poéticos por parte de Quevedo[22].

Algo similar sucedió con las 37 «Silvas y Canciones» que figuran en una lista impresa en la musa *Calíope* de las *Tres musas últimas castellanas* (1670); pues solo 31 de esos poemas aparecen publicados como tales silvas —con errores incluidos— en esa edición póstuma[23].

[22] Ver Rey, 1999a.

[23] Ver Rey, 2006a (especialmente, pp. 267-273).

En consecuencia, se sabe que Quevedo descartó o prescindió de textos que había escrito en fases redaccionales anteriores a la impresión, reordenación o reelaboración posterior de varias obras; de manera que no siempre la fase redaccional con el texto más extenso coincide con la última de una obra quevediana.

2.2. Lo que para la crítica resulta un logro estilístico o una expresión más original no siempre debió de recibir la misma consideración por parte del autor, guiado en su labor de reelaboración o enmienda textuales por criterios que a veces se nos escapan. Es lógico, por tanto, que «el paso de una versión a otra nunca debe entenderse como un proceso rectilíneo, pues Quevedo pudo haber recuperado alguna lectura desechada en un momento anterior, lo hiciese o no advertidamente» (Rey, 2007, p. LIII).

En el caso de la *princeps* de *Desvelos* (1627), no faltan ahí lecturas coincidentes con los manuscritos y que, en su momento, fueron descartadas por Quevedo en la versión de *Sueños y discursos* (1627):

*Mss.:* En la Muerte de Ambre vi todos los Ricos, pues como a jente bien mantenida, en caiendo malos todo es dieta y regla, de miedo de crudeças; de suerte que de ambre mueren, como los pobres de aìto, a causa de que diçen que todo es flaqueza, y nadie entra que no les dè algo, y comen asta que rebientan y mueren. (*Muerte,* p. 226, lín. 394-399)

*Sueños: om.* (*Muerte,* p. 337)

*Desvelos:* En la Muerte de hambre vi todos los ricos, pues como a gente bien mantenida, en caye[n]do malos, todo es dieta, y regla, de miedo de crudeças; de suerte que mueren de hambre, como los pobres de ahito, a causa de que dizen, todo es flaqueça, y nadie entra, que no les de algo, y comen hasta que rebientan. (*Muerte,* p. 580)

***

*Mss.:* ay paz en el mundo? Paz, respondì, vniuersal: no ay guerra con nadie. Eso pasa? Torna a tapar, que en tiempo de paz mandaràn los Poltrones, medraràn los viçios, baldràn los ignorantes, gobernaràn los tiranos, tiraniçaràn los letrados, letradearà el interes, porque la paz es amiga de picaros. No quiero nada de allà fuera, bien estoi en la redoma, buelbome jigote. Afligiòme grandemente porque empeçaba ya a desmigajarse, y dixele: Aguarda, que toda paz que no se haze con buena guerra es sospechosa; paz rogada y comprada y pretendida es salsa y apetito para guerras; no ay para quièn sea la paz; porque si los Angeles dixeron, *Pax hominibus in terra bone boluntatis,* el sobre-escrito de la paz biene a mui pocos de los que oy viuen en el mundo: està para dar vn estallido; todo se va rebolbiendo. Con eso se sosegò y puesto en pie dixo: Con esperanças de guerra saldrè de aqui, porque la neçesidad fuerça que los Prinçipes conozcan y diferençien al bueno del que lo pareçe; en la guerra se acaban las raposerias de la pluma y la hipocresia de los Dotores, y se restaña el pujamiento de liçençiados. (*Muerte,* pp. 230-231, lín. 573-590)

*Sueños: om.* (*Muerte,* p. 348)

*Desvelos:* ay paz en el mundo? Paz, respondi yo vniuersal, si ay, porque no ay guerra con nadie. Esso passa, torna a tapar, q[ue] en tiempo de paz mandaràn los poltrones, medraran los viciosos, valdran los ignorantes, gouernaran los tyranos, tyranizaran los letrados, letradeara el in-

teres; porque la paz es amiga de picaros. No quiero nada de alla fuera, bien me estoy en mi redoma, bueluome xigote. Afligime grandemente, porque empeçaua ya a desmigajarse; y dixele, aguarda, que toda paz, que no se haze con vna buena guerra, es sospechosa. Paz rogada, comprada y pretendida, es salsa y apetito para guerras, y no ay ya para quien sea la paz, porque si los Angeles dixeron paz a los hombres de buena voluntad, el sobre escrito de la paz viene a muy pocos de los que oy viuen. El mundo está para dar vn estallido; todo se va reboluiendo. Con esto se sossegò, y puesto en pie dixo: con esperanças de guerra saldrè de aqui, porque la necessidad fuerça a que los Principes conozcan, y diferencien al bueno del que lo parece; con la guerra se acaban las raposerias de la pluma, la hypocresia de los Dotores, y se restaña el pujamiento de Lice[n]ciados (*Muerte*, pp. 585-586)

***

*Mss.: En la segunda aparición de don Diego de Noche, figuran los personajes de Vargas, Villadiego, Miguel de Vergas, la manceba del abad, Resucitalascallando, Iuan Ramos y el sastre del campillo.* (*Muerte,* pp. 247-249, lín. 1255-1323)

*Sueños: om.* (*Muerte,* p. 400)

*Desvelos: En la única aparición de don Diego de Noche, en donde se funden las dos que se registraban en los mss. y en* Sueños, *sí figuran los personajes mencionados antes.* (*Muerte,* pp. 606-608)

2.3. En el caso concreto del *Buscón*, también hay ejemplos que permiten cuestionar la relación establecida entre el texto más extenso de *B* y su posible posterioridad; puesto que hay pasajes presentes en *SCZ* que no constan en *B*. He aquí algunos:

*SCZ*: *el largo pasaje del ama y los pollos* (pp. 33-35, lín. 75-125; 134-135, lín. 76-125; 243-244, lín. 77-127)

*B: om.* (p. 370, lín. 81-85)

***

*SCZ:* Más dijera, según se había encolerizado [se había metido en cólera *C*], si con los golpes que daba no se le desensartara [se le hubiera soltado *C*] un rosario de muelas de difuntos que tenía. (pp. 12, lín. 57-58; 112, lín. 56-57; 220, lín. 58-59)

*B: om.* (p. 350, lín. 60)

***

*S:* Sacaba los dientes con tobas amarillas, vestidos de desesperación. (p. 20, lín. 115-116)

*CZ:* Ya mis espaldas y ijares [ijadas *Z*] nadaban en el jubón y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba, con toba [tobas *Z*], amarillos, vestidos de desesperación. (pp. 120, lín. 116-118; 228, lín. 115-117)

*B: om.* (p. 356, lín. 124)

***

*SCZ:* diciendo que le había visto [él había visto *C;* él ha visto *Z*] meter en casa, recién venido, dos frisones, y que a dos días salieron caballos ligeros que volaban por los aires; y que vio meter mastines pesados y, a tres

horas, salir galgos corredores; y que una Cuaresma [...] (pp. 20, lín. 119-121; 120, lín. 121-123; 228, lín. 120-123)

*B:* diciendo que una cuaresma [...] (p. 357, lín. 127)

***

*SCZ:* Estaba el servicio a mi cabecera, y a la media noche no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio, pensando que eran truenos, comencé [comecé *C*; empecé *Z*] a santiguarme y [a *om. Z*] llamar a santa Bárbara; mas viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Hedía [Olían *Z*] tanto que pensé morirme [que a fuerza detenía las narices en la cara *C;* que por fuerza detenía las narices en la cama *Z*]. Unos traían cámaras, [y *add. CZ*] otros aposentos; al fin, yo me vi forzado a decirles [que les dije *C*] que mudasen a otra parte el vidriado [vedriado *C*]. (pp. 75, lín. 22-27; 179, lín. 24-29; 284, lín. 24-29)

*B:* Estaba el servicio a mi cabecera. Vime forzado, a intercesión de mis narices, a decirles que mudasen a otra parte el vedriado (p. 410, lín. 27-28)

2.4. Además, también se encuentran lecturas –variantes de autor, a mi juicio– en las que únicamente *Z* introduce pequeños añadidos que aportan valiosos matices de significado al pasaje o ingeniosos juegos verbales; los cuales se habrían perdido, con posterioridad, en *B*.

*SCB:* [*el libro* Grandezas de la espada] hacía [había *S*] más locos que diestros porque los más no le [lo *SC*] entendían. (pp. 43, lín. 143-144; 144, lín. 145-146; 378, lín. 145-146)

*Z:* hacía más locos que diestros, porque los más, por lo menos, no lo entendían. (p. 252, lín. 148-149)

***

*SCB:* alcalde divertido (pp. 77, lín. 106; 182, lín. 122; 413, lín. 121)

*Z:* alcalde divertido (que las más veces lo están) (p. 286, lín. 118)

***

*SCB:* Hincábame de rodillas, y ni por ésas ni por esotras bastaba con el escribano (pp. 81, lín. 90-91; 186, lín. 94-95; 417, lín. 96-97)

*Z:* Hincábame delante del escribano de rodillas y rogábaselo por amor de Dios, y ni por ésas ni por esotras bastaba con el escribano a que me dejase (p. 291, lín. 95-96)

***

*SCB:* en las manos del escribano (pp. 82, lín. 2; 187, lín. 2; 418, lín. 2)

*Z:* en las fieras y crueles manos del escribano (p. 292, lín. 2)

***

*SCB:* que esta facilidad y dulzura se halla siempre en las cosas malas (pp. 67, lín. 2-3; 170, lín. 2-3; 402, lín. 2-3)

*Z:* que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas (p. 276, lín. 2-3)

***

*SCB:* él dijo que se llamaba Pedro Coronel [tal Coronel *CB*] (pp. 24-25, lín. 118-119; 124-125, lín. 117-118; 362, lín. 122-123)

*Z:* él dijo que se llamaba don tal Coronel (p. 233, lín. 117-118)[24]

***

*SCB:* Sacaron naipes; estaban hechos. (pp. 87, lín. 70-71; 192, lín. 70-71; 422, lín. 75-76)

*Z:* Sacaron naipes; eran hechizos, como pasteles. (p. 297, lín. 71-72)

***

*SCB:* don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado (pp. 89, lín. 138-139; 194, lín. 139-140; 424, lín. 147-148)

*Z:* don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que había pasado en la calle (p. 299, lín. 140-141)

***

*SCB:* en las sangrías que hacían dellas, y [yo *SC*] tomé el mismo arbitrio [adbitro *C*] (pp. 95, lín. 115; 200, lín. 115-116; 429, lín. 116-117)

*Z:* en las sangrías que hacían de ellas. Yo, con los consejos de tan buen maestro y con las liciones que me daba, tomé el mismo arbitrio (p. 304, lín. 115-117)

***

*SCB:* [*Corpus Christi om. C*] no es santo, sino el día de la institución del Sacramento (pp. 45, lín. 48-49; 146, lín. 46-47; 380, lín. 49-50)

*Z:* [*acentúa la ortodoxia católica sobre el* Corpus Christi] *Corpus Christi* no es santo, sino el día de la institución del Santísimo Sacramento (p. 254, lín. 47-48)

***

*SCB:* verso grave y sonoro (pp. 46, lín. 93; 147, lín. 92; 381, lín. 95)

*Z*: verso grave y sentencioso (p. 255, lín. 93)[25]

***

*SCB:* Decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento, [tal nobleza… *S* // … *C* // etcétera *B*] (pp. 61, lín. 21-22; 162, lín. 20-21; 395, lín. 20-21)

*Z:* [*completó la frase hecha*] Decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo (p. 269, lín. 20-21)

***

*SCB:* [una bailarina de la compañía de farsantes] preguntome que dónde [adónde *CB*] iba y algo de mi vida (pp. 96, lín. 22; 201, lín. 20; 431, lín. 20)

*Z:* [*añade una alusión al carácter interesado de las mujeres, económicamente, en sus relaciones amorosas*] preguntome que adónde iba y algo de mi hacienda y vida[26] (p. 306, lín. 19-20)

[24] La sátira de los falsos dones se reitera en otros pasajes quevedianos: en *El Buscón* («Sólo el "don" me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante le tiene por postre, como el remendón, azadón, pendón, baldón, bordón y otros así», versión *Z*, p. 267, lín. 64-66), *Premática del Tiempo* («Ítem, habiendo advertido la multitud de dones que hay en el mundo (pues hasta el aire le tiene), y considerando que imitan al pecado original en no escaparse dél entre todos sino sólo Cristo y su madre, mandamos recoger los dones, y ya que los haya, sea en las manos y no en los nombres», p. 99), *Sueños y discursos - Infierno* («hay mujer destos [de los sastres], de honra postiza, que se fue por su pie al don como a la pila santa catecúmena», ed. Arellano, 2003, pp. 290-291) o *Sueños y discursos - Muerte* («Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don, en hidalgos, en villanos, y en frailes, como se ve en la Cartuja; yo he visto sastres y albañiles con don y ladrones y galeotes en galeras», ed. Arellano, 2003, p. 405).

[25] Atribuir a un simple copista, cajista o impresor del siglo XVII la sutil y correcta sustitución léxica efectuada en este breve sintagma parece una hipótesis bastante más arriesgada que suponerla otra variante de autor.

Por todo lo expuesto, la amplificación que experimentaron en *B* los retratos de algunos personajes del *Buscón* no es en sí misma una prueba concluyente de la posterioridad de esa versión con respecto a las demás.

## 3. Indicios de la posterioridad de *Z* (edición príncipe, Zaragoza, 1626)

Además de los casos, ya comentados, en que *Z* carece de alusiones irreverentes compartidas por *SCB,* y añade valiosos matices de significado o logros estilísticos ausentes de *B;* existen varios argumentos textuales y extratextuales que parecen avalar la hipótesis de la consideración de *Z* como última versión del *Buscón.*

### *a) Argumentos textuales, intrínsecos al propio texto*

A.1. La estructuración del relato en tres libros (con 7, 6 y 10 capítulos, respectivamente, cada uno de ellos) es compartida por *C* y *B;* pero no por *Z,* que presenta solo dos (de 13 y 10 capítulos cada uno), cuyo límite divisorio se establece en función de la llegada de Pablos a la Corte madrileña[27].

Además, la división en tres libros parece argumentar a favor de su anterioridad, pues esa misma estructura externa se presenta en el *Guzmán de Alfarache* (tanto en las dos partes escritas por Mateo Alemán, como en la segunda parte apócrifa de Sayavedra)[28]. La mayor originalidad mostrada por *Z* a este respecto, distanciándose de la tradición picaresca anterior, es un buen indicio sobre su posible posterioridad.

A.2. Precisamente, en el interior del relato, al empezar el libro tercero en *B* figura el epígrafe «Libro tercero y último de la primera parte de la vida del buscón» [p. 399] (abreviado en el índice final como «Libro tercero y último»); frente al epígrafe de *Z:* «Libro segundo de la vida del buscón» (p. 273).

[26] Aunque Lázaro Carreter negó en su día la intervención de Quevedo en la edición príncipe del *Buscón,* al analizar los cambios efectuados en el paso de lo que él juzgó versión primitiva (*B*) a la retocada (*CSE*), consideró que «Es imposible probar con hechos objetivos que esas rectificaciones son obra de Quevedo; sin embargo, *cualquier lector habituado a su estilo, advertirá en ellas rasgos inequívocamente suyos*», señalando, un poco más adelante, que «*CSE ofrecen el texto retocado más tarde por el autor*» (ver ambas citas en 1965, p. xlviii). En mi opinión, si las variantes privativas de *Z* señaladas en este apartado no se deben a la pluma de don Francisco, habrá que concluir que alguien, desconocido hasta la fecha, imitó a la perfección su estilo a la hora de abordar algunos temas (como el aludido en el ejemplo de arriba) tan reiterados en la obra de nuestro escritor.

[27] Ver Quevedo, *El Buscón,* pp. 211, 315-316 y 440-441.

[28] Ver Navarro Durán, 2004 y 2005. Ya Lázaro Carreter había advertido que «Alguna significación tiene también el hecho de que la más antigua redacción del *Buscón* (ms. Bueno) esté dividida en tres *libros,* como la primera parte del *Guzmán* –seguida también en esto por Sayavedra–, divididos en un número semejante de capítulos (7-8, 6-10, 10-10, respectivamente)», 1974, p. 86, n. 27. Recuérdese, además, que el propio Roberto Duport calificó el *Buscón* de «émulo de *Guzmán de Alfarache* –y aun no sé si diga mayor» (ver Quevedo, *El Buscón,* p. 217, lín. 67).

Como sabemos, el *Buscón* no tuvo una segunda parte; pero sí el *Guzmán de Alfarache*. De nuevo, todo parece indicar que *B* da cuenta de un momento creativo de Quevedo en el que, siguiendo el modelo de Alemán, contempló la idea de dar a su relato una continuación posterior; pero más tarde la descartó, y concluyó la historia de Pablos sin dejar un final abierto.

Este argumento parece corroborarse con la siguiente lectura, presente al final del relato:

*SCB:* y fueme [fue *C*] peor, como vuestra merced verá en la segunda parte [en la segunda parte verá *C*], pues nunca mejora [de *S*] su estado [...] (pp. 105, lín. 107-108; 210, lín. 110-111; 439, lín. 109-110)

*Z:* Y fueme peor, pues nunca mejora su estado [...] (p. 314, lín. 109)

Resulta más difícil imaginar que el proceso se hubiese desarrollado en sentido inverso (de *Z* a *B*).

A.3. Hay lecturas en los epígrafes de los capítulos, recogidos en el índice de *B* y la tabla de *Z*, que arguyen a favor de la condición de la *princeps* como versión final; pues el orden inverso (de *Z* a *B*) tiene muy pocos visos de verosimilitud.

*B:* (libro 3º) Cap. VII: En que se prosigue lo mismo, con otros sucesos y desgracias que le sucedieron. (p. 441)

*Z:* (libro 2º) Cap. 7: En que se prosigue el cuento, con otros sucesos y desgracias notables. (p. 315)

*Z* evitó la redundancia léxica y semántica «sucesos [...] que le sucedieron»

***

*S:* Cap. 14. De lo que sucedió en la Corte luego que llegamos hasta que amaneció. (p. 106)

*C:* (libro 3º) Cap. 1º: De lo que le sucedió en la Corte luego que llegó hasta la mañana. (p. 211)

*B:* (libro 3º) Cap. I: De lo que le sucedió en la Corte luego que llegó hasta que amaneció. (p. 440)

*Z:* (libro 2º) Cap. 1: De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué hasta que anocheció. (p. 315)

En realidad, la lectura de *Z* es la única correcta; pues el final de ese capítulo, con leves variantes con respecto a *SCB* (que leen igual –ver pp. 66, lín. 77-80; 169, lín. 78-81; 401, lín. 82-85), dice así: «Llegó la noche. Acostámonos tan juntos que parecíamos herramienta en estuche. Pasose la cena de claro en claro. No se desnudaron los más, que, con acostarse como andaban de día, cumplieron con el precepto de dormir en cueros» (p. 275, lín. 76-78).

***

*S:* Cap. 13. Que prosigue su vida y costumbres. (p. 106)

*C:* (libro 2º) Cap. 6º: En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbre. (p. 211)
*B:* (libro 2º) Cap. VI: En que prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres. (p. 440)
*Z:* (libro 1º) Cap. 13: En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres. (p. 315)

*Z* es el único testimonio que precisa quién es el personaje que sigue su camino, deshaciendo así la ambigüedad interpretativa presente en el índice de *B,* donde se usa la tercera persona gramatical para referirse a la historia autobiográfica de Pablos[29].

A.4. En cuanto a las características textuales de *Z*; –a mi juicio– destacan, especialmente, dos:

A.4.1) *Z* sigue a *S* y *C* allí donde *B* ampliaba la descripción de personajes; ofreciendo, por lo tanto, un texto más breve en esos pasajes.

A.4.2) En *Z* se ha realizado en muchos lugares una lima y mejora estilística del texto desde el principio al fin de la obra; y, precisamente, allí donde *Z* introduce cambios en el texto con esta finalidad, *B* sigue de modo muy mayoritario a *S* y *C*[30].

El tipo de modificaciones que se operan en el texto de *Z* atañen, fundamentalmente, a: supresión de redundancias de toda clase (léxicas o semánticas), aclaración –o mayor concreción– del sentido de determinados pasajes, eliminación de todo lo que no resulta imprescindible desde el punto de vista textual o significativo, y, en general, una clara tendencia hacia un texto más sintético y mejorado estilísticamente. A veces los cambios realizados en el texto son muy sutiles, de manera que no pueden obedecer a un simple proceso mecánico (poco reflexivo) de lima textual, sino que parecen fruto de una clara conciencia y voluntad artísticas, es decir, parecen variantes de autor[31].

Tales cambios textuales en *Z* bien pudieran responder a la labor de enmienda y corrección que Quevedo creía necesaria en sus obras antes de darlas a la imprenta; como lo declara en el prólogo «A los que han

[29] El epígrafe en *B* inmediatamente anterior al comentado es: «De su huida y los sucesos en ella hasta la Corte», referido, en este caso, a Pablos (ver p. 440).

[30] El propio Rey indica en su edición que *C,* «sorprendentemente», concuerda con *B* en varios puntos (2007, p. LIII). Por su parte, Jauralde comenta que «Es evidente que el impresor [de la príncipe] contó con un manuscrito muy cercano a *B,* pero también lo es que coincide con los pasajes de *C, S* que presentaban textos alternativos o no estaban en *B*», y señala que «*C* parece suministrar un texto más cercano a *B,* aunque muy irregular» (2007, pp. 541 y 545, respectivamente). Con anterioridad, Lázaro Carreter, 1965, p. XLIX, había señalado que la considerada por él versión «retocada» (*CSE*) presentaba bastantes variaciones que revelaban «sin lugar a dudas, un positivo deseo de mejorar el texto, haciéndolo más coherente o perfeccionándolo en determinados puntos»; haciendo hincapié en los motivos «estéticos» que guiaron la labor de Quevedo en la revisión efectuada posteriormente a la versión de *B* (ver 1965, p. XLVIII, n. 60).

[31] Rey, 1997, p. 155, ya indicó «que en 1626, o muy poco antes, Quevedo retocó el texto para enviarlo a la imprenta». Sobre las variantes de autor en la obra quevediana, ver Rey, 2000. Por otra parte, la revisión estilística que experimentó *La culta latiniparla* en la edición de *Juguetes de la niñez* (1631) también es posible considerarla como muestra de variantes de autor (ver Azaustre, 2003a, pp. 88-91).

leído y leyeren» de *Juguetes de la niñez* (Madrid, 1631), –donde, como se sabe, se llevaron a cabo también otros cambios redaccionales de naturaleza muy distinta, guiados por la censura en materia religiosa–:

> Tuve facilidad en dar traslados a los amigos, mas no me faltó cordura para conocer que en la forma que estaban no eran sufribles a la imprenta, y así los dejé con desprecio. Cuando, por la ganancia que se prometieron de lo sabroso de aquellas agudezas, sin enmienda ni mejora, algunos mercaderes extranjeros las pusieron en la publicidad de la imprenta, sacándome en las canas lo que atropellé antes del primer bozo, y no solo publicaron aquellos escritos sin lima ni censura, de que necesitaban, antes añadieron a mi nombre tratados ajenos, añadiendo en unos y dejando en otros muchas cosas considerables, yo, que me vi padecer no solo mis descuidos, sino las malicias ajenas, dotrinado del escándalo que se recibía de ver mezcladas veras y burlas, he desagraviado mi opinión y sacado estas manchas a mis escritos, para darlos bien corregidos, no con menos gracia, sino con gracia más decente (Quevedo, *Los sueños,* ed. Arellano, p. 413)[32].

He aquí algunas de esas variantes estilísticas señaladas.

a) Para hacer el texto más breve:

*SCB:* Sonaban en su cama, entre estas voces, unos golpazos [golpes *C*] de látigo (pp. 29, lín. 93; 129, lín. 94; 366, lín. 90)
*Z:* Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo (p. 238, lín. 92)

***

*SC:* que el sonarse [sonar *C*] estaba vedado en la orden, si no era en el aire, y las más veces sorbimiento, cosa de sustancia y ahorro. Quedó esto así. (pp. 65-66, lín. 74-76; 169, lín. 75-77)
*B:* que el sonarse estaba vedado en la orden, si no era en el aire u de saetilla a coz de dedo (p. 401, lín. 80-81)
*Z:* que el sonarse está vedado (p. 275, lín. 74-75)

***

*SCB:* [*habla el cura poeta*] no me premiaron en el cartel unos cantarcicos [cantarcitos *SC*]; y porque vea vuestra merced la sinrazón, se los he de leer, que yo sé que se holgará.
Y diciendo y haciendo, desenvainó una retahíla de coplas pestilenciales; y por la primera, que era ésta, se conocerán las demás: […] (pp. 44, lín. 24-28; 145, lín. 24-28; 379, lín. 24-28)
*Z:* no me premiaron en el cartel unos cantarcitos; que porque vea vuestra merced la sinrazón que me hicieron, se los he de leer. Y comenzó desta manera: […] (p. 253, lín. 24-25)

***

*SCB:* como el perro perdiguero con el aliento de la caza; puestos en él los ojos (pp. 69, lín. 101-102; 173, lín. 109-110; 404, lín. 114)
*Z:* como perro perdiguero, puestos en él los ojos (p. 278, lín. 107)

[32] También Tarsia, *Vida,* pp. 42-43, –autor de la primera biografía de Quevedo, no fiable en todos sus detalles– parece aludir a la revisión y lima que don Francisco realizaba en sus obras previamente a su aparición impresa: «Hay algunos [libros], que prevenido de la muerte, no los pudo perfeccionar; y no siendo fácil imitar su estilo para cumplirlos, quedarán secuestrados en casa por no parecer en público con sayo de dos telas» (modernizo la grafía y puntúo según mi criterio).

***

*SCB:* en un bodegón de los que están por allí (pp. 69, lín. 106; 173, lín. 114; 404, lín. 118)
*Z:* en un bodegón (p. 278, lín. 111)

***

*SCB:* no he tenido [tengo *C*] de quien aprender virtud, ni a quien parecer en ella (pp. 44, lín. 13-14; 145, lín. 13; 379, lín. 13-14)
*Z:* no he tenido de quien aprender virtud (p. 253, lín. 13)

b) Para eliminar repeticiones (léxicas, fónicas, semánticas, referenciales...)[33]:

*SCB:* para mí y mis criados (pp. 23, lín. 49; 123, lín. 48; 360, lín. 50)
*Z:* para mí y dos criados (p. 232, lín. 48)

***

*SCB:* de contento conmigo (pp. 32, lín. 28; 132, lín. 28; 368, lín. 28)
*Z:* de contento (p. 241, lín. 29)

***

*SC:* [me hicieron] ropilla de luto de paño; y acortando el ferreruelo quedó bueno, y lo que [le *C*] sobró trocaron a un sombrero viejo reteñido [remendado *C*] (pp. 67, lín. 19-20; 170, lín. 22-23)
*B:* ropilla de luto de paño; y acortando el herreruelo quedó bueno. Lo que sobró de paño trocaron a un sombrero viejo reteñido (p. 402, lín. 23-24)
*Z:* ropilla de luto de paño; y acortando el herreruelo, quedó bueno. Lo que sobró dél trocaron a un sombrero viejo reteñido (p. 276, lín. 22-23)

***

*SCB:* robaba cuanto había [podía *C*]; [y *om. CB*] si le topaban, tocaba la campanilla (pp. 73, lín. 32; 178, lín. 33; 408, lín. 31-32)
*Z:* [*aleja las palabras parónimas*] robaba cuanto topaba; si le hallaban, tocaba la campanilla (p. 282, lín. 31-32)

***

*SCB:* porque aguijase el burro y porque no llevase la penca (pp. 54, lín. 30-31; 155, lín. 29-30; 389, lín. 29-30)
*Z:* porque aguijase el borrico y no llevase la penca (p. 262, lín. 28-29)

***

*SCB:* Yo rabiaba ya por comer y por cobrar mi hacienda (pp. 55, lín. 48-49 –*todos*–; 156; 390)

[33] De manera similar a lo que sucedió con el *Buscón,* en el proceso de reescritura que experimentó *Doctrina moral* (1630) hasta llegar a convertirse en *La cuna y la sepultura* (1634), Quevedo realizó sucesivas revisiones del texto primitivo, que fueron hechas «con el propósito de mejorar el texto buscando una mayor corrección, aclarando, precisando»; registrándose modificaciones que «tienen por finalidad la corrección de la expresión y mejora del estilo, eliminando términos repetidos en un contexto próximo o términos redundantes. [...] Las enmiendas, por reducción del texto, son muy numerosas en esta primera revisión». Ver citas en García Valdés, 2008, pp. 18 y 21 respectivamente. He aquí algunos ejemplos aducidos por esta editora, coincidentes con los presentados en este apartado b) en cuanto a la tendencia estilística a reducir texto y / o eliminar redundancias semánticas y léxicas: «Y que todo este poder sin duda es muy digno de estimar y reverenciar *DM*] Y que ese poder sin duda es digno de estima *Mz, Mt;* al que te acompaña y hace espaldas, y al que te alaba y lisonjea *DM*] al que te hace espaldas, y al que te alaba *Mz, Mt*»; ver García Valdés, 2008, p. 22.

*Z:* Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda (p. 263, lín. 47-48)

***

*SCB:* A los de Flandes decía…, y a los de la China… (pp. 71, lín. 180-181; 175, lín. 191-192; 406, lín. 196-197)

*Z:* Cuando hablaba con los de Flandes decía…, y a los de la China… (p. 280, lín. 188-190)

***

*SCB:* [Al fin *S* // Y *C* // *om. B*] [yo *om. C*] no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fue la sospecha del caballo del letrado, u qué se fue [o si fue, S], que don Diego se puso a inquerir [inquirir *SC*] (pp. 89, lín. 157-159; 195, lín. 157-159; 424-425, lín. 165-167)

*Z:* Yo no sé si fue la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, o si fue la sospecha del caballo y lacayo del letrado, o qué se fue, que él se puso a inquirir (p. 299, lín. 159-161)

***

*SC:* Y éste [el licenciado Flechilla], enojado de cómo yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo cómo había estado con él y cómo había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto y le había contado cómo me casaba riquísimamente (pp. 90, lín. 163-167; 195, lín. 163-166)

*B:* Y éste, enojado de cómo yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó a comer y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto y le había contado cómo me casaba riquísimamente (p. 425, lín. 171-175)

*Z:* Y éste, enojado de que yo no le había vuelto a ver, hablando con don Diego y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó a comer y que no había dos días que me había topado a caballo muy bien puesto y le había contado cómo me casaba riquísimamente (p. 300, lín. 165-169)

***

*SCB:* los amigos me habían dicho que no era de costa [el *om. B*] mudárselos [mudarse los nombres *CB*] y que era útil (pp. 79, lín. 23-24; 184, lín. 26-27; 415, lín. 26-27)

*Z:* los amigos me habían dicho que no era de costa el mudarse los nombres, antes muy útil (p. 289, lín. 26-27)

***

*SCB:* [de Alcalá, *mencionado inmediatamente antes*] ¡Maldiga Dios –dijo él– tan mala gente como hay en ese pueblo (pp. 44, lín. 18; 145, lín. 18; 379, lín. 18)

*Z:* Maldiga Dios –dijo él– tan mala gente (p. 253, lín. 18)

***

*S:* me dejase dar dos vueltas con el caballo por la calle del Arenal. Dilas arriba y abajo sin ver nada; y, al dar la tercera vuelta, asomose doña Ana (p. 88, lín. 108-110)

*CB:* me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora: consintió. Subí en el caballo y di dos vueltas calle arriba, [y *add. B*] calle abajo sin ver nada, y, al dar la tercera, asomose doña Ana (pp. 193, lín. 109-112; 423, lín. 116-119)

*Z:* me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora; consintió. Subí en él y di dos vueltas calle arriba y calle abajo sin ver nada, y al dar la tercera, asomose doña Ana (p. 298, lín. 109-111)

***

*SCB:* Yo quedé algo aliviado de ver a mi buena huéspeda [güéspeda *B*] en el estado que tenía los [sus *CB*] negocios; y así, no tenía otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase yo mi naranjazo [naranja *CB*] (pp. 93, lín. 65-67; 198, lín. 65-67; 428, lín. 67-69)

*Z:* Yo quedé en algo aliviado de ver a mi buena huéspeda en el estado que tenía sus negocios; y así no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase mi naranja (p. 303, lín. 65-67)

***

*S:* me sacudió lindos golpazos en estos hombros con unas pesas que tenía (p. 28, lín. 60-61)

*CB:* me dio dos libras de porrazos, dándome sobre los hombros con las fuerzas [pesas *B*] que tenía (pp. 128, lín. 62-63; 365, lín. 57-58)

*Z:* me dio dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía (p. 237, lín. 60-61)

***

*SCB:* en buscar de dónde [en qué *C* // por dónde *B*] asir para quitarme el manteo y la sotana [asir la sotana y el manteo para quitármelos *CB*], se pasó gran [mucho *CB*] rato. Al fin [me *om. CB*] le quité (pp. 28, lín. 62-63; 128, lín. 64-65; 365, lín. 59-60)

*Z:* en buscar por dónde asir la sotana y el manteo, se pasó mucho rato. Al fin le quité (p. 237, lín. 61-62)

***

*SCB:* pidiome [que *add. CB*] le leyese la premática [pregmática *C*] (pp. 47, lín. 2; 148, lín. 2; 382, lín. 2)

*Z:* pidiome se leyese la premática (p. 256, lín. 2)

***

*SB:* Estamos obligados a andar a caballo una vez al [cada *B*] mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas; y obligados a ir en coche una vez en el año (pp. 62, lín. 66-68; 396, lín. 67-68)

*C:* Estamos obligados a ir en coche una vez en el año, aunque sea en el arquilla o trasera; pero si alguna vez vamos dentro del coche [...] (p. 163, lín. 69-70)

*Z:* Estamos obligados a andar a caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas; y a ir en coche una vez en el año (p. 270, lín. 67-68)

c) Para aclarar el sentido de un pasaje o matizarlo más:

*SCB:* a lo cual dijo [le respondió *C*] (pp. 50, lín. 146; 151, lín. 137; 385, lín. 149)

*Z:* El soldado le respondía (p. 259, lín. 134)

***

*SCB:* pasar adelante (pp. 59, lín. 38; 160, lín. 39; 394, lín. 38)

*Z:* pasar a la Corte (p. 267, lín. 43)

***

*SCB:* subió... Abrió la sala, entró luz... (pp. 75, lín. 32-33; 179, lín. 34-35; 411, lín. 34-35)

*Z:* subió… Llegó, abrió la sala, entró luz… (pp. 284-285, lín. 35-36)

***

*SCB:* Topé en un [el *S*] paraje una compañía de farsantes (pp. 96, lín. 1; 201, lín. 1; 431, lín. 1)
*Z:* En una posada topé una compañía de farsantes (p. 306, lín. 1)

***

*S:* y se escondió (p. 93, lín. 46)
*CB:* y escondió la calle (pp. 198, lín. 46; 428, lín. 49)
*Z:* y escondió la calle y casa (p. 303, lín. 46)

***

*SCB:* el dinero que me había quedado de mi herencia y lo que había ganado (pp. 89, lín. 141-142; 194, lín. 142-143; 424, lín. 150-151)
*Z:* el dinero que me había quedado de mi herencia y de lo ganado al juego (p. 299, lín. 144-145)

d) Para buscar una mayor precisión léxica:

*S:* abriendo la bota, echó en un vaso un poco de vino (p. 25, lín. 156-157)
*C:* abriéndola, sacó un vasito y echó en él un poco de vino (p. 125, lín. 155-156)
*B:* abriola y, echando en un vaso un poco de vino (p. 363, lín. 168-169)
*Z:* abriola y, abocando en un vasito un poco de vino (p. 234, lín. 155-156)

***

*SCB:* «No me puede dar, que le he ganado los grados del perfil» (pp. 43, lín. 129; 144, lín. 132; 378, lín. 131)
*Z:* «No me puede herir, que le he ganado los grados del perfil» (p. 252, lín. 135)

***

*SCB:* [*cuando zurcían sus ropas con aguja e hilo*] la hora del remedio (pp. 67, lín. 11; 170, lín. 14; 402, lín. 15)
*Z:* la hora del remiendo (p. 276, lín. 14)

***

*S:* Dieron fin a dos jarros, que hacían casi cinco azumbres; y así, el corchete y el de las ánimas se pusieron… (p. 55, lín. 63-64)
*CB:* Menudeose sobre los [dos *B*] jarros; y era de suerte lo que hicieron el corchete y el de las ánimas que se pusieron… (pp. 156, lín. 63-64; 390, lín. 66-67)
*Z:* Menudeose sobre dos jarros; y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas que se pusieron… (p. 263, lín. 62-63)

***

*SCB:* Lo otro que, como andaban por esos lugares, les leen [leían *B*] unos y otros comedias. "Tomámoslas para verlas, llevámonoslas [llevámoslas *C*] y, con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decimos que es nuestra" (pp. 97, lín. 58-61; 202, lín. 56-59; 432, lín. 55-58)
*Z:* Lo otro que, como andaban por esos lugares y les leen los unos y otros comedias, tomábanlas para verlas y hurtábanselas, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decían que era suya (p. 307, lín. 54-57)[34]

e) Para ofrecer una lectura más correcta desde el punto de vista léxico:

*SCB:* Metiome adentro, y estaban dos rufianes con unas mujercillas [y *om. B*] un cura rezando al olor (pp. 23, lín. 44-45; 123, lín. 43-44; 360, lín. 43-44)

*Z:* Metiome adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor (p. 232, lín. 43-44)

***

*SCB:* otra cosa que hacer (pp. 47, lín. 3; 148, lín. 3; 382, lín. 3)
*Z:* otro quehacer (p. 256, lín. 3)

***

*SCB:* y, con mala silla, fue milagro no matarme (pp. 89, lín. 133-134; 194, lín. 134-135; 424, lín. 142-143)
*Z:* y con tan mala silla que fue milagro no matarme (p. 299, lín. 134-135)

***

*SCB:* [*en el mismo párrafo*] la Grajales..., la Grajal... (pp. 105, lín. 98, 100; 210, lín. 101, 103; 439, lín. 100, 102)
*Z:* la Grajales..., la Grajales[35]... (p. 314, lín. 100, 102)

f) Para engarzar sintácticamente, a través de nexos, oraciones antes yuxtapuestas:

*SCB:* Pídeme agora [ahora *C*] la mitad. Yo antes me haré pedazos [otra vez *add. B*] que tal dé (pp. 65, lín. 70-71; 169, lín. 71; 401, lín. 75-76)
*Z:* Pídeme agora la mitad y antes me haré pedazos que tal dé (p. 274, lín. 70)

***

*SCB:* Alzose el grito. El alcaide, pensando [sospechando *CB*] que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla (pp. 75, lín. 32-33; 179, lín. 34-35; 411, lín. 34-35)
*Z:* Con esto se alzaron grandes gritos, y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado, con toda su cuadrilla (p. 284, lín. 34-35)

***

*SCB:* y, desde allí, a mi casa. Hallé [a *om. B*] los compañeros jugando quinolicas [quínolas *C*] (pp. 84, lín. 114-115; 190, lín. 114; 420, lín. 118-119)

[34] Confróntese con la alusión a los robos literarios en las *Premáticas del desengaño contra los poetas güeros,* p. 15: «8. Ítem. Por estorbar los insolentes hurtos que hacen, mandamos que no se puedan pasar coplas de Aragón a Castilla ni de Italia a España, so pena de callar un mes el poeta que tal hiciere, y si reincidiere, de andar un día limpio». La versión de ese ítem en el *Buscón* lee así: «Ítem, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón a Castilla ni de Italia a España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese y, si reincide, de andar limpio una hora», versión *Z,* p. 257, lín. 58-60 (ver también *SCB:* pp. 48, lín. 64; 149, lín. 57; 383, lín. 56).

[35] La tercera vez que se alude a este personaje, en el párrafo siguiente al señalado, en todos los testimonios recibe el nombre de «la Grajal» (*S,* p. 105, lín. 106; *C,* p. 210, lín. 109; *B,* p. 439, lín. 108; *Z,* p. 314, lín. 108). En mi opinión, o bien Quevedo consideró válida la doble denominación (por ser propia del lenguaje de germanía), o bien se le pasó inadvertidamente la necesidad de revisar la última aparición del personaje (como le sucedió ya en la versión *B* con «la Paloma» –p. 427, lín. 6–, llamada también «la Guía» –p. 428, lín. 62–). La primera hipótesis, sin embargo, me parece más probable; pues al inicio del mismo capítulo se habla de un *Mata* que, «por parecerle nombre de poco ruido» pasó a llamarse *Matorral,* y en la tercera referencia que se hace a este personaje se denomina *Matorrales* (ver *S,* pp. 102-103, lín. 31, 32, 59; *C,* pp. 208-209, lín. 33, 34, 61; *B,* pp. 437-438, lín. 32, 33, 60; *Z,* pp. 312-313, lín. 31, 32, 59). «Matorral: Nombre de resonancias hamponas», ver Cabo, 1993, p. 222, n. 26. Para Navarro Durán, 2003, p. 111, Mata «recuerda en su nombre al decisivo Soto de las galeras de Guzmán».

*Z:* y, desde allí, a mi casa, donde hallé a los compañeros jugando quinolillas (p. 294, lín. 114-115)

g) Para añadir (o sustituir por otro) un sutil juego verbal:

*SCB:* –Sea en buen [buena *C*] hora –dije yo. [Y *S*] Tomé la suya inocentemente y dile la mía (pp. 90, lín. 180-181; 195, lín. 179-180; 425, lín. 187-188)

*Z:* –Sea en buen hora –dije yo. Tomé la suya inocentemente y dile la mía en mala (p. 300, lín. 183)

***

*SCB:* [*en alusión a* la hambre] parecía [parece *C*] que tenía por pecado matarla [el matalla *C* // el matarla *B*] y aun herirla [herilla *C* // el herirla *B*], según regateaba el comer (pp. 22, lín. 25-26; 122, lín. 25-26; 359, lín. 25-26)

*Z:* parecía que tenía por pecado no sólo el matarla, sino el criarla, según recataba el comer (p. 231, lín. 25-26)

A.5. Precisamente, esa labor de lima y corrección efectuada en algunos pasajes del texto de la edición príncipe del *Buscón* arguye a favor de su posterioridad; pues en caso contrario, si *B* fuese posterior a *Z*, se habría producido un evidente empobrecimiento o empeoramiento estilístico del texto. Veámoslo en los siguientes ejemplos:

*SCB:* y no sabía cómo disculparme. Los compañeros se llegaron [allegaron *C*] a mí, quejándose y muy disimulados [muy disimulados, quejándose *C*], a preguntarme cómo estaba. Yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo que qué podría [podía *B*] haber sido [*esta última oración* om. *C*]. (pp. 29-30, lín. 116-118; 130, lín. 117-119; 366, lín. 113-116)

*Z:* y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron a mí, quejándose y muy disimulados, a preguntarme cómo estaba, y yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podía haber sido (p. 239, lín. 115-118)

***

*S:* Mi madre tornó a ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre se tornó a ir fuera, no sé si a ocuparse en barba o en bolsa. (p. 12, lín. 62-63)

*C:* Mi madre se ocupó otro rato en ensartar las muelas, y mi padre fue a rapar una, que así dijo él, no sé si la barba o la bolsa. (p. 112, lín. 61-62)

*B:* Mi madre se entró adentro, y mi padre fue a rapar a uno, así lo dijo él, no sé si la barba o la bolsa: lo más ordinario era uno y otro [*lo correcto sería* «una y otra»] (p. 350, lín. 63-64)

*Z:* Mi madre tornó a ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre fue a rapar a uno, así lo dijo él, no sé si la barba o la bolsa. (p. 220, lín. 63-64)

***

*S:* Levantose la mesa, y levantámonos el licenciado y yo a hablar en la ida a casa de la dicha, y se lo facilité mucho. (p. 70, lín. 139-140)

*CB:* Levantose la mesa. Apartámonos yo y el licenciado a hablar de la dicha [de la ida en casa de la dicha *B*]. Yo se lo facilité mucho. (pp. 174, lín. 148-149; 405, lín. 153-155)

*Z:* Levantose la mesa. Apartámonos yo y el licenciado a hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho. (p. 279, lín. 145-146)

***

*S:* vuélvase con él de rostro, como la flor del sol con el sol (p. 67, lín. 28)
*CB:* ha de ir volviéndose [con él *add. B*] como la flor del sol con el sol (pp. 170, lín. 31; 402, lín. 32)
*Z:* ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol (p. 276, lín. 31)

***

*S:* [*al quitar Pablos el sombrero a todos los caballeros que pasaban, sin conocerlos*] Ellas se regocijaron con esto y aun se cegaron, y con unos cien escudos en oro que yo saqué con los que traía con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió delante de ellas. (p. 71, lín. 160-163)
*CB:* Ellas se cegaron con esto, y con unos cien escudos de oro [en oro *B*] que yo saqué de los que yo traía [de los que traía *B*] con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió. (pp. 174, lín. 171-172; 406, lín. 176-177)
*Z:* Ellas juzgaron con esto y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna a un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. (p. 280, lín. 167-169)

***

*SCB:* Los bellacos, que vieron [vían *S*] que no se quejaban (pp. 76, lín. 69; 181, lín. 76; 412, lín. 76)
*Z:* Los bellacos, viendo que no se quejaban (p. 285, lín. 76)

***

*S:* señalaba lo que era cada cosa (p. 79, lín. 6)
*C:* por las calles iba enseñando siempre cuál cosa [casa *B*] era de uno y cuál de otro (pp. 184, lín. 6-7; 415, lín. 6-7)
*Z:* por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cuál de otro (p. 289, lín. 6-7)

***

*SCB:* Hice que les [le *CB*] decía que se quedasen todos y [que *add. CB*] me aguardasen allí, que así dije yo que lo había dicho. (pp. 71, lín. 174-175; 175, lín. 184-185; 406, lín. 189-190)
*Z:* Hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí (p. 280, lín. 181-182)

***

*SCB:* como no estaba tan bien vestido como era razón –[...]–, no hacían de mí el caso que era razón. (pp. 79, lín. 17-20; 184, lín. 20-23; 415, lín. 20-23)
*Z:* como no estaba tan bien vestido como era razón –[...]–, no hacían de mí el caso que era justo. (p. 289, lín. 20-23)

***

*S:* [...] que di voces; y en ellas y la cara conocieron que no era yo don Diego. Huyeron, y yo me quedé en la calle y con los palos. (p. 90, lín. 186-188)
*CB:* Yo di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y yo quedeme en la calle y con los palos [con los cintarazos *B*]. (pp. 195, lín. 185-186; 425, lín. 193-194)
*Z:* Di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y quedeme en la calle con los cintarazos. (p. 300, lín. 188-189)

***

*SCB:* [en *om. C*] entrando ellos mezclados con otra gente que entraba [otras gentes que entraban *C*]… va a dar a la Vitoria [Victoria *SC*] (pp. 37, lín. 198-199; 137, lín. 198-200; 371, lín. 158-159)

*Z:* en entrando ellos mezclados con otra gente que iba… va a dar cerca la Vitoria (p. 246, lín. 199-200)

***

*S:* empieza a toser, y yo a toser, y andaba una tosidura del diablo, que parecía habían echado pimiento en la iglesia. (p. 100, lín. 166-168)

*CB:* empieza a toser, y yo a toser, y andaba una tosidura del diablo [de Barrabás *B*]. Remedábamos [Arremedábamos *B*] un catarro, y parecía que habían echado pimiento en la iglesia. (pp. 205, lín. 167-169; 435, lín. 165-167)

*Z:* comienzo a toser, y andaba una tosidura de Barrabás. Remedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimiento en la iglesia. (p. 310, lín. 163-165)

***

*S:* El huésped, que me oyó reír y le oyó, preguntome que si era judío aquel caballero (p. 42, lín. 90-91)

*CB:* El huésped [güésped *B*], que me vio reír y le vio, preguntome que si era indio aquel caballero (pp. 143, lín. 91-92; 377, lín. 90-91)

*Z:* El huésped me vio reír y se rió, preguntome si era indio aquel caballero (p. 251, lín. 94-95)

***

*S:* una sátira con tales coplas que le pesara a él y a todos (p. 48, lín. 57-58)

*CB:* una sátira con tales coplas que le pesara a él y a todos cuantos las [la *C*] vieran de verlas (pp. 149, lín. 51-52; 383, lín. 50-51)

*Z:* una sátira que le pesara a él y a todos cuantos la vieran (p. 257, lín. 52)

***

*SCB:* Preguntábame don Diego que qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia; a lo cual respondí yo que me llamaría a hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y [que *add. CB*], si no me valiese, diría que, como se entraron sin llamar a la puerta, como en su casa, [que *om. C*] entendí que eran nuestros [míos *C*] (pp. 32, lín. 21-24; 132, lín. 21-24; 368, lín. 21-25)

*Z:* [*además de reducir a la mitad los* que, *convierte al estilo directo una respuesta dada antes en indirecto*] Preguntábame don Diego qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia; a lo cual respondí yo que me llamaría a hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese, diría: "Como se entraron sin llamar a la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros" (p. 241, lín. 22-25)

***

*SCB:* Y alzándola para sorberla, por llevarla [llegarla *C*] a la boca la llevó al carrillo [se la puso en el carrillo *CB*] (pp. 56, lín. 74-75; 157, lín. 75-76; 391, lín. 78-79)

*Z:* para sorbérsela a la boca se la puso en el carrillo (p. 263, lín. 74-75)

***

*SCB:* De vuestra madre, aunque está viva ahora [agora *B* // *om. C*], casi os puedo decir lo mismo [mesmo *C*], porque está presa en la Inquisición de Toledo porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora [mormuradora *C*]. (pp. 38, lín. 31-33; 139, lín. 33-35; 373-374, lín. 34-36)

*Z:* De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo, que está presa en la Inquisición de Toledo porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. (p. 248, lín. 36-38)

***

*SCB:* le rogué [que *om. C*] me contase cómo y con quiénes y de qué manera vivían [viven *CB*] en la Corte los que no tenían [tienen *C*], como él (pp. 60, lín. 77-79; 161, lín. 75-77; 394, lín. 73-75)

*Z:* le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la Corte los que no tenían, como él (p. 268, lín. 78-79)

A. 6. Incluso hay casos, más significativos si cabe, en los que parece que *Z* corrige lecturas erróneas o incompletas de *SCB*:

*SCB:* y como yo me estaba quedo, parecían tretas contra [la *C*] olla que se sale (pp. 42, lín. 104-105; 143, lín. 107-108; 377, lín. 106-107)

*Z:* y, como yo no estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale estando al fuego (p. 251, lín. 109-110)

***

*S:* ¡O [miren qué bien le estuviera] a un hombre vinojeroso y sacristando ser mozo de mulas! (p. 48, lín. 59)

*C:* ¡O a un hombre vinagroso y asacristanado ser mozo de mulas! (p. 149, lín. 53-54)

*B:* ¡O a un hombre vinajeroso y sacristando ser mozo de mulas! (p. 383, lín. 52-53)

*Z:* ¡ Y un hombre vinajeroso y sacristán ha de ser mozo de mulas! (p. 257, lín. 53-54)

***

*S:* Ana de Mora, siendo nieta de Esteban Rubio y hija de Juan de Madrid (p. 78, lín. 133-134)

*CB:* Ana Moráez, hija de Esteban Rubio y Joan [Juan *C*] de Madrid (pp. 182, lín. 151-152; 413, lín. 150-151)

*Z:* Ana Moráez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid[36] (p. 287, lín. 148-149)

***

*SCB:* [*la justicia viene a prender a «tal de la Guía» por amancebada, sabiendo que estaba «el amigo» en casa; y, al encontrarla en la cama con Pablos, lo confundieron con aquel y lo apalearon*] A la voz [las voces *CB*] del alguacil y a mis quejas, el amigo, que era un frutero y [que *CB*] estaba en un [el *CB*] aposento de adentro, dio a correr. Ellos, que lo vieron y supieron por lo que decía otro huésped [güésped *B*] de casa que yo lo era [que yo lo era, *om.* en *S*], arrancaron tras el pícaro [picaño *B*] y asiéronle, [y *om. C*] dejáronme a mí repelado y apuñeteado [a puñadas *C* // apuñeado *B*]. (pp. 93, lín. 56-59; 198, lín. 56-59; 428, lín. 58-61)

*Z:* A las voces que daba el alguacil y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dio a correr. Ellos, que lo vieron y supieron por lo que decía otro güésped de casa que yo no lo era[37], arrancaron tras el pícaro y asiéronle, y dejáronme a mí repelado y apuñeteado. (p. 303, lín. 56-59)

***

*SCB:* Fuime a casa, que apenas acerté, y fue ventura el [tuve ventura en *S*] ser de mañana (pp. 28, lín. 54-55; 128, lín. 56-57; 365, lín. 50-51)

*Z:* Fuime a casa, que apenas acerté a entrar en ella, y fue ventura el ser de mañana (p. 237, lín. 53-54)

***

*SCB:* Estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, a puro estirarme para ver, gran compañero del sacristán y monacillo y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor (pp. 100, lín. 176-179; 205, lín. 177-180; 435, lín. 176-178)

*Z:* Estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, a puro estirarme para ver. Fui gran compañero del sacristán y monacillo y muy bien recebido del vicario, que era hombre de humor (p. 310, lín. 172-175)

***

*SCB:* cuando me acordaba de lo de las ganzúas y las hojas [sogas *C*] que había escrito en la causa (pp. 82, lín. 2-3; 187, lín. 2-3; 418, lín. 2-3)

*Z:* cuando me acordaba de lo de las ganzúas que me habían hallado en la faldriquera y las hojas que había escrito en la causa (p. 292, lín. 2-4)

En mi opinión, a lo largo del proceso de creación y revisión del *Buscón,* Quevedo tuvo una versión algo más ampliada en la fase manuscrita (*B*); pero, cuando pensó en dar la obra a la imprenta, finalmente optó

[36] «[*Z*] *resuelve así la evidente incongruencia de que la Moráez sea hija de dos hombres. Pero el autor deseó hacer, quizá, un chiste malicioso; al igual que Pablos, Ana había sido también hecha a escote. A no ser que se refiera a dos antepasados varones, solución que ha explicitado S*», Lázaro Carreter, 1965, p. 204, en el aparato crítico a la línea 191. Por su parte, Domingo Ynduráin anotó que «Quizá se trate de un apellido compuesto. En cualquier caso, en las *Relaciones históricas toledanas,* de Horozco, aparece un "Juan de Madrid, casado dos veces" (pág. 233) y penitenciado por ello», 1992, p. 246, n. 300 bis. En mi opinión, tal vez la lectura de *Z* sea otra variante de autor, y no una trivialización llevada a cabo por copistas o cajistas; siendo reflejo, como en otros casos, de una actitud más prudente o menos atrevida por parte de Quevedo en el texto de la *princeps.* Recuérdese a este respecto la variante: Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal *SCB* // Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo y nieta de Lépido Ziuraconte *Z.* Por otra parte, la concepción de Pablos a escote se expresa de forma bien distinta a la que supuestamente alude a la misma circunstancia en el ejemplo comentado: «me declarase [dijese *CBZ*] si me había concebido a escote entre muchos, o [u *B*] si era hijo de mi padre [sólo *om. CB* // si era yo de mi padre *C*]» (*S,* p. 13, lín. 29-30; *C,* p. 113, lín. 29-30; *B,* p. 351, lín. 27-28; *Z,* p. 221, lín. 32). Ver también los versos iniciales (1-4) de este romance burlesco: «Yo, el menor padre de todos / los que hicieron ese niño / que concebistes a escote / entre más de veinte y cinco», Quevedo, *Obra poética,* vol. 2, pp. 449-450. Además, el texto que sigue en el pasaje a la declaración de los progenitores de Ana Moráez solo se centra en la figura de Juan de Madrid, cristiano viejo y primo hermano del padre de Pablos –según el relato del pícaro–; pero no menciona, comenta ni ironiza posteriormente la supuesta engendración de Ana Moráez entre varios hombres.

[37] Considero que el referente al que alude el pronombre personal átono es el mismo que el del anterior *lo* («lo vieron»), es decir, «el amigo». Confróntese esta interpretación del pasaje con la de algunos editores del *Buscón:* «que yo lo era: *om. S* / yo: no *add. E; estos textos no han comprendido que* lo *reproduce a* huésped» (Lázaro Carreter, p. 248, en el aparato crítico a la línea 78), «que yo era otro huésped» (Roncero López, p. 252, n. 327), «que yo era huésped también» (Arellano, p. 210, n. 301), «que yo también era huésped y no el amante» (Jauralde, p. 651, n. 549).

por otra versión más sintética textualmente (porque prescindió de buena parte de los fragmentos añadidos en *B*) y más correcta estilísticamente (evitando repeticiones de todo tipo, aclarando pasajes ambiguos, corrigiendo lecturas erróneas, etc.)[38]. Este último texto (*Z*), limado y enmendado, fue el que finalmente Quevedo mandó a la imprenta; el único por el que sus coetáneos conocieron y citaron el *Buscón*[39].

B) Argumentos extratextuales que apuntan a la posterioridad de *Z*

B.1. Después de 1626, Quevedo nunca envió a la imprenta una versión expurgada o censurada del *Buscón;* cuando, sin embargo, sí realizó ese expurgo con otras obras suyas, recogidas luego en la edición de *Juguetes de la niñez* (1631)[40]. Además, una nueva edición del *Buscón* con un texto censurado, al menos en materia religiosa, le habría convenido mucho a don Francisco para mejorar su imagen pública y evitarse problemas con la Inquisición y algunos peligrosos enemigos[41].

Si fuera cierto que Quevedo tenía preparada en la versión de *B* un texto autocensurado por la influencia y presión del *Memorial* (1630) y el *Tribunal de la Justa Venganza* (1635), no se entiende bien que no la diese a la imprenta, igual que hizo con otras obras suyas.

En mi opinión, el significativo hecho de que Quevedo nunca consintiese en expurgar el *Buscón* (al menos, públicamente, a través de otra edición) dice mucho acerca de la consideración y estima en que el autor tuvo este relato, quizás su obrita preferida; aunque ello implicó silenciarla para siempre, absteniéndose el resto de su vida de aludir a ella[42].

B.2. A pesar de que el *Tribunal de la Justa Venganza* (1635) también censura las versiones expurgadas de las obras editadas en *Juguetes*[43], no

[38] Ello no impide, claro está, que también la edición príncipe del *Buscón* presente variantes de transmisión, es decir, errores introducidos involuntariamente por copistas o cajistas. Al carácter inevitable de esas erratas aludió Juan Sapera, el editor de la *princeps* de *Sueños y discursos de verdades soñadas* (Barcelona, 1627), en su «Prólogo al ilustre y deseoso lector»: «ruego a v. m. [el lector] que antes de leerle [el libro de *Sueños y discursos*] corrija algunas erratas que van advertidas al principio del libro. Que también sería demasiada presumpción y mucha particularidad pretender que saliese este libro sin ellas, siendo tan inevitables y incorregibles como los mismos impresores, que como a tales es mejor dejarles aherrojados con sus yerros y mentiras de molde»; ver Quevedo, *Los sueños,* ed. Arellano, p. 88.

[39] [La versión *Z*] «Es la única que conoció la difusión impresa en la época de Quevedo, y por ella se citó el *Buscón* durante siglos» (Rey, 2007, p. xxxiv). Por otra parte, a pesar de la mejoría estilística que el texto del *Buscón* experimentó en *Z,* compartimos la opinión, entre otros, de Domingo Ynduráin sobre «una redacción apresurada» del libro, con «descuidos desde criterios constructivos», y en donde «tampoco el estilo, en [lo] que se refiere a concordancias, antecedentes, vuelta atrás, etc., está muy cuidado», 1992, pp. 24, 25 y 29, respectivamente.

[40] Se trató, en concreto, de los *Sueños, Discurso de todos los diablos, La culta latiniparla, Cuento de cuentos* y *Cartas del caballero de la Tenaza.* (Ver Quevedo, *Los sueños,* pp. 412-415). Aunque en *Juguetes,* en la tabla de «discursos que salen en esta impresión ahora añadidos, que nunca se han impreso», figura *La culta latiniparla,* la edición príncipe de esta obra fue publicada en Valencia por Miguel de Sorolla, en 1629 (ver Azaustre, 2003a, p. 82).

[41] Sobre Quevedo como «escritor hostigado», ver Rey, 2000, pp. 319-322.

se conocen ulteriores revisiones de esos textos por parte de Quevedo (ni en fuentes manuscritas ni impresas).

Si ese libelo tan feroz no tuvo influencia sobre Quevedo en lo que atañe a esas obras, ¿por qué iba a tenerla con respecto al *Buscón* y, además, en tan pocos ejemplos de *B* (como ya se ha indicado)?

Por otra parte, ya Pablo Tarsia aludió a la sabia actitud de indiferencia que nuestro escritor adoptó con los autores del *Tribunal de la justa venganza:*

> dejolos sentenciados a muerte por su mismo tribunal, que tomó justa venganza de los acusadores, sin que para la sentencia y ejecución de ella precediera jamás diligencia del inocente condenado; dejando el suceso al escrutinio de la verdad, juez despasionado, y a la defensa del tiempo, abogado muy elocuente, que sin trampa legal descubre la falsedad de los procesos formados con pasión y envidia. Con estos valedores estuvo tan ajeno don Francisco de volver por sí, que habiendo visto el Almirante de Castilla, Príncipe laureado de vitorias, y otros señores de la Corte, sus amigos, el libro del *Tribunal,* pertrechado con osadía y atrevimiento, y persuadiendo todos a don Francisco le diese el asalto con el cañón de su pluma, se excusó de la empresa diciendo: Eso fuera, señores, ser tan ruin yo como los que le escribieron; seguiré al sabio, que me aconseja no responder al loco según su locura, *Proverb.* cap. 26, vers. 4: *Ne respondeas siulto iuxta stultitiam suam, ne efficiaris es similis* (pp. 52-53)[44]

El propio Quevedo, en el prólogo «Al pío lector» de *El alguacil endemoniado,* descalificó a los maldicientes de los buenos escritores, despreciando sus críticas:

> [hay un género de hombres que] no escriben de miedo de las malas lenguas: estos merecen reprehensión, pues si la obra llega a manos de hombres

[42] Distinta opinión tiene Jauralde, 2007, p. 545, para quien «Quevedo no debió apreciarlo tanto [el *Buscón*], sin embargo, como para guardar copia, pues cuando prepara sus *Obras,* poco antes de morir, y cuando éstas se publican finalmente, el texto del *Buscón* que allí aparece es el de un impreso anterior». Sobre este silencio de Quevedo en el caso de su relato picaresco, Lázaro Carreter, 1965, p. LXVII, ya apuntó: «sabido es que, para que fuera permitida la circulación de los *Sueños,* tuvo que autorizar ciertas manipulaciones en ellos. Nada extraño sería que hubiera querido ahorrárselas al *Buscón*». Carlos Vaíllo, 1983, p. XLIII, cree que «se explica por la cautela de rigor en una obra considerada irreverente (se lo echarán en cara al autor sus enemigos del libelo el *Tribunal de la Santa Venganza*): no era oportuno airear la autoría del libro, cuando se veía acosado por los adversarios. Puede ser también, según observa el profesor Lázaro Carreter, que el autor no lograse o desistiera de conseguir la necesaria licencia para imprimirlo en Castilla: todas las ediciones de la novela (salvo la clandestina de Madrid, 1626, y la de 1648), están impresas fuera del reino de Castilla, como era habitual para evitar el rigor inquisitorial más fuerte en Castilla. Según esta interpretación, toleraría en secreto esta situación, que al menos le aportaba fama». Por su parte, Rey Hazas, 1983, p. 83, alude a «causas político-sociales que afectaban de manera directa y personal al propio autor y a su entorno castellano. ¿Quizá porque temía algunas desagradables consecuencias de los poderosos conversos ennoblecidos, que se sentirían aludidos en el *Buscón?* Podría ser». Para Ynduráin, 1992, p. 67: «Quevedo no las tenía todas consigo y trataba de eludir posibles responsabilidades».

[43] Ver Astrana, 1932, pp. 1149b-1163.

> sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal, sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de sí mismos, y si del bueno no importa, que ya saben todos que no lo entienden? Esta razón me animó a escribir el sueño del Juicio y me permitió osadía para publicar este discurso (Quevedo, *Los sueños,* ed. Arellano, p. 138)

B.3. Hoy sabemos que Quevedo no fue indiferente a la edición y difusión de sus obras[45], y una prueba de ello fue su deseo de enviar sus poesías a la imprenta antes de morir[46]; probablemente, porque su consideración de ésta como perpetuadora de la propia obra era mejor que la correspondiente a la transmisión manuscrita[47].

De nuevo Tarsia parece corroborar este argumento, al referirse a la fama que los libros impresos proporcionaron en su época a don Francisco, y seguirían procurándosela en el futuro, mientras sus obras renaciesen en los talleres de imprenta:

> con su pluma y escritos, entre olores de la fama y esplendores del entendimiento, fecundó las cenizas estériles, dejándose tan vivamente expreso y retratado en sus libros, que mientras hubiere escuelas y academias, a muy largos plazos renacerán del féretro de las prensas (*Vida,* p. 110)[48].

Precisamente, esta característica de Quevedo como escritor preocupado por el devenir de algunas de sus obras, controlándolas en la medida de lo posible, no encaja bien con el comportamiento de un autor que habría dejado plasmada su última voluntad artística (en este caso, del *Buscón*) en un códice manuscrito con un destinatario único y privado.

[44] Ver también estos otros comentarios del primer biógrafo de Quevedo: «Atreviéronse a hacer lo mismo [censurar] con don Francisco algunos críticos, que a costa de su descrédito le acreditaron más. Su fin dellos fue hacerse memorables contradiciendo la doctrina de autor tan recibido, para obligarle a tomar la pluma y confutar sus razones; y porque no lo consiguieran, no hizo caso dellos; pues los hombres grandes no se embarazan en menudencias, como el águila, que nunca se ocupa en cazar moscas» (*Vida,* p. 49) o «Don Francisco, [...] desestimando la censura de sus contrarios, los castigaba con el olvido» (p. 51).

[45] Rey, 2007, p. LVI, ha denunciado la latente creencia «de que Quevedo era un talento indisciplinado, reacio a la lima e indiferente a la difusión de sus obras, o cuando menos, a las "festivas" o "de juventud", entre las que estaría el *Buscón*». El propio Quevedo, en la dedicatoria al Duque de Osuna que encabeza *El mundo por de dentro,* declaró abiertamente su deseo de adquirir fama y reconocimiento gracias a sus obras: «como yo no pretenda dellas más de que en este mundo me den nombre» (*Los sueños,* ed. Arellano, p. 270); considerándose él mismo de la clase de escritores que dan trabajo a las imprentas y ganancia a los libreros: «gente que en cosas de letras y sciencias no tiene que perder tampoco, se atreven a imprimir y sacar a luz todo cuanto sueñan. Estos dan qué hacer a las emprentas, sustentan a los libreros, gastan a los curiosos, y al cabo sirven a las especierías. Yo, pues, como uno destos», en el prólogo al lector de *El mundo por de dentro* (ver *Los sueños,* ed. Arellano, p. 272).

[46] En una carta a Francisco de Oviedo, meses antes de su muerte, Quevedo le comunica que da «fin a la *Vida de Marco Bruto,* sin olvidarme de mis *Obras de verso,* en que también se va trabajando». De nuevo, tres semanas más tarde, reitera su proyecto: «Y así, me voy dando prisa, la que me concede mi poca salud, a la *Segunda parte de Marco Bruto* y a las *Obras de versos*» (ver Quevedo, *Epistolario completo,* pp. 482 y 486).

B.4. Roberto Duport tenía la concesión de la licencia para imprimir el texto del *Buscón* durante diez años[49], y sabemos que sus relaciones con Quevedo fueron buenas[50].

Si Quevedo hubiera escrito una nueva versión del *Buscón* después de la edición príncipe, y dado el interés de Duport por publicar y vender las rentables obras de don Francisco, lo lógico habría sido dar a la estampa ese supuesto nuevo texto[51].

B.5. Todas las ediciones posteriores a *Z* en los siglos XVII y XVIII se remontan a ella, directa o indirectamente[52]; lo que implica que, aun estando vivo Quevedo, éste dejó que se le citara por *Z* y que sus coetáneos

[47] Recuérdense ahora las palabras de Quevedo en el prólogo a *Juguetes* («Tuve facilidad en dar traslados a los amigos, mas no me faltó cordura para conocer que en la forma que estaban no eran sufribles a la imprenta» (ver Quevedo, *Los sueños,* ed. Arellano, p. 413), en el prólogo de *El alguacil endemoniado* en la príncipe de *Sueños y discursos* («otros [hombres hay] que no comunican lo que saben: a estos se les ha de tener lástima de la condición y envidia del ingenio, pidiendo a Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo por venir», ver Quevedo, *Los sueños,* ed. Arellano, p. 138) o su famoso terceto «Las grandes almas que la muerte ausenta, / de injurias de los años, vengadora, / libra, ¡oh gran don Ioseph!, docta la emprenta» (del soneto «Retirado en la paz de estos desiertos», ver Quevedo, *Obra poética,* vol. 1, p. 254). En el caso de Francisco Terrones del Caño, autor del libro *Instrucción de predicadores,* p. 52 (1605, impr. 1617), su preferencia por la obra impresa se explicita claramente: «Después que se me había agotado la vena, leía los libros que el tiempo me daba lugar cerca del misterio, Evangelio o sermón, y alguna vez leí cosas manuscritas, y siempre eché de ver que, si no son de algún predicador muy excelente y muy recogidas por algún oyente que entienda lo que recoge como lo escribe, viene a ser mejor el más ruin libro que el mejor cartapacio, y me maravillo cómo se gasta tanto tiempo y dinero en mercaduría tan inútil». También el editor de la *princeps* de *Sueños y discursos* (1627) se lamentaba de la deturpación que sufrían los textos transmitidos por vía manuscrita: «lastimándose de verlos ir manuscritos tan adulterados y falsos y muchos a pedazos y hechos un disparate sin pies ni cabeza», y señalaba la popularización de las obras literarias gracias a la imprenta: «cuantos han sabido que yo los tenía [los *Sueños y discursos* de Quevedo] enteros y leídos por hombres dotos y entendidos con particular curiosidad y atención, me han solicitado con grandes instancias los hiciese comunes a todos dándolos a la impresión» (ver ambas citas en Quevedo, *Los sueños,* ed. Arellano, p. 87).

[48] Ver también «corría su fama tan explayada con las obras que divulgó, que todos los que en su tiempo vinieron a España [...] procuraron por todos los medios el buscarle y comunicarle [a don Francisco]; y algunos se llegaron hasta Villanueva de los Infantes, donde estaba, solo para verle; juzgando la mayor maravilla, de las muchas que hay en España, conocer de vista a quien tanto se dio a conocer por sus escritos» (p. 84) y «En cuanto escribió quiso singularizarse, y lo consiguió tan aventajadamente, que sigue la gloria sus libros, como la sombra el cuerpo. Es escusado hacer catálogo de sus obras, pues andan entre manos de todos, y no salen del sudor continuado de las prensas tantos ejemplares cuantos gasta la curiosidad» (p. 40).

[49] En la licencia de impresión de la *princeps,* don Juan Fernández de Heredia, Gobernador de Aragón, declara: «damos licencia y facultad al dicho Roberto Duport, o a quien su poder tuviere, para que por tiempo de diez años, contaderos del día de la data de las presentes en adelante, pueda imprimir y vender, y hacer imprimir y vender, el susodicho libro y todos los cuerpos que dél quisiere. Prohibiendo y mandando que ninguna otra persona lo pueda imprimir ni vender ni hacer imprimir ni vender dentro de los dichos diez años, so pena de perdimiento de los libros y moldes, y otras penas a nos arbitrarias» (ver Quevedo, *El Buscón,* p. 216, lín. 41-47).

(y futuros lectores) conocieran solamente, como voluntad final suya, la versión de la *princeps*[53].

En mi opinión, tal cosa sucedió porque *Z* era eso sencillamente: su última voluntad textual para el *Buscón*.

B.6. La mayor belleza gráfica de un texto y un mayor cuidado en su copia (en el caso de un manuscrito) o impresión (si se trata de un impreso) no implican posterioridad cronológica del texto con respecto a las otras versiones conservadas. Esas características únicamente son reflejo de una transmisión física y textual de la obra más esmerada y diligente por parte de los encargados de esa tarea (y, en los casos en que no se trata de un manuscrito autógrafo –como en *B*–, no se debe a la intervención del autor)[54].

Quizás el creer lo contrario está detrás de la priorización de *B* como mejor testimonio textual del *Buscón*[55].

## Conclusión

A la vista de todo lo expuesto previamente, considero que hay sólidos argumentos para defender la tesis de que, en el caso del *Buscón,* la última voluntad textual de Quevedo está reflejada en la edición príncipe

[50] Rey, 2006b, p. 72: «Es difícil negar la existencia de algún tipo de entendimiento entre Quevedo y Duport, a juzgar por la lista de obras que van a seguir imprimiéndose en los años sucesivos: 1627 *Desvelos soñolientos* por Pedro Vergés; 1629 *El peor escondrijo de la muerte,* por Juan de Larumbe; 1629 *Memorial por el patronato de Santiago,* por Pedro Vergés; 1629 *Cuento de cuentos,* por Pedro Vergés; 1630 *Doctrina moral,* por Pedro Vergés; 1630, *El chitón de las tarabillas,* por Pedro Vergés». En ediciones póstumas a la muerte de Quevedo, a cargo de Duport se publicaron *La Fortuna con seso y la Hora de todos* (1650) y *Virtud militante* (1651). Ver Schwartz, 2003, p. 563 y Rey, 1985, pp. 23-24. Sobre la labor editorial de Duport, quien no gustaba de manipular los textos de Quevedo, ver Rey, 2000, pp. 326-328.

[51] En el caso del *Discurso de todos los diablos,* Gaspar Garrich imprimió una nueva edición (*El peor escondrijo de la muerte*) en el mismo año que la *princeps* (1628), cambiando solo el título y dos pasajes 'problemáticos'. Ver Rey, 2003, pp. 471, 478-481.

[52] Ver Rey, 2007, pp. xiii, xlii-xliii y 340-344.

[53] Ver Rey, 1997, p. 152: «Los primeros editores del *Buscón* que ofrecieron un texto con variantes o propusieron una reconstrucción ideal –Fernández-Guerra, Foulché-Delbosc, Américo Castro y Robert S. Rose– dieron por sentado que la edición de 1626 reflejaba la voluntad de Quevedo». Por otra parte, ya Domingo Ynduráin, 1992, p. 68, –con el que nuevamente coincidimos– señaló que «A partir de la edición de Duport (Zaragoza, 1626) se produce una verdadera floración de ediciones, todas ellas dependientes de esa primera (vid. stemma), lo que indica que los libreros no cuentan con otra fuente, hecho realmente extraño si tenemos en cuenta que hasta nosotros han llegado tres copias manuscritas, independientes de las impresiones. Todo esto parece indicar que en 1626 circulaban ya muy pocas copias manuscritas del *Buscón;* la razón puede ser ésta: Quevedo había escrito la novela bastantes años antes, momento en que las personas interesadas consiguen sus copias; en 1626, éstas habían dejado de circular».

[54] Jauralde, 2007, p. 538: «*B* se ha erigido como el manuscrito más coherente y cuidadoso de todos los testimonios: su coherencia textual corre pareja a la calidad gráfica de la copia, primorosa letra humanística tardía, casi con absoluta seguridad de calígrafo o amanuense profesional culto (lecturas correctas de los modismos latinos y del léxico específico menos común)».

de 1626, a la que don Francisco libró de posteriores versiones expurgadas (consentidas, en cambio, con los *Sueños, Discurso de todos los diablos, Cuento de cuentos* o *La culta latiniparla*); indicio, a mi modo de ver, de la alta estima en que el autor tenía su relato picaresco.

## Bibliografía


Arellano, I., ed., *Historia de la vida del Buscón,* Madrid, Espasa Calpe, 1997[30].

Astrana Marín, L., «Prólogo» e «Invectivas contra don Francisco de Quevedo» en Quevedo, F. de, *Obras completas. Obras en verso,* Madrid, Aguilar, 1932, pp. 1045-1163.

Azaustre Galiana, A., «Filiación y edición», en F. de Quevedo, *La culta latiniparla,* ed. A. Azaustre Galiana, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 1, pp. 82-92.

Azaustre Galiana, A., «Autoría y fecha», en F. de Quevedo, *Libro de todas las cosas y otras muchas más,* ed. A. Azaustre Galiana, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2007a, vol. 2, t. 1, pp. 431-432.

Azaustre Galiana, A., «Fuentes y su filiación», en F. de Quevedo, *Cartas del caballero de la Tenaza,* ed. A. Azaustre Galiana, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2007b, vol. 2, t. 1, pp. 214-221.

Cabo Aseguinolaza, F., ed., *La vida del Buscón,* Barcelona, Crítica, 1993[2].

*El Tribunal de la Justa Venganza, erigido contra los escritos de D. Francisco de Quevedo y Villegas,* ed. L. Astrana Marín, en *Obras completas de don Francisco de Quevedo Villegas. Verso,* Madrid, Aguilar, 1932, pp. 1099-1163.

García Valdés, C. C., ed., *Francisco de Quevedo. La cuna y la sepultura. Doctrina moral,* Madrid, Cátedra, 2008.

González, B., «Hacia una edición de los *Sueños: Desvelos soñolientos*», *La Perinola,* 3, 1999, pp. 157-170.

Jauralde Pou, P., ed., *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños,* en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2007, vol. 2, t. 2, pp. 529-666.

Lázaro Carreter, F., ed., *La vida del Buscón llamado don Pablos,* Salamanca, C.S.I.C., 1965.

Lázaro Carreter, F., «Originalidad del *Buscón*», en *Estilo barroco y personalidad creadora,* Madrid, Cátedra, 1974, pp. 77-97.


[55] Estos códices –como el de *B*– recogían copias, sobre todo, de libros de oraciones o de documentos (ejecutorias de hidalguía, cartas de privilegio, títulos de nobleza o declaraciones de mayorazgo) que, lógicamente, tenían carácter único y personal; pero resulta difícil imaginar que, después de lo visto sobre la relación de Quevedo con sus obras, éste hubiese dejado reflejada su última voluntad textual del *Buscón* en manos ajenas (un amigo noble), en un ámbito privado (no público), sin su control, y en un soporte manuscrito –más perecedero que una versión impresa–. Ver a este respecto las siguientes palabras de Tarsia, *Vida,* pp 54-55: «Adelantó su feliz ingenio con perpetuas ansias de aprender, multiplicando los talentos recibidos, sin encerrarlos en el arca de tres llaves de su ánimo, antes repartiéndolos, para el aprovechamiento de todos, con la variedad de libros y discursos que sacó». Por otra parte, en la carta de Aureliano Fernández-Guerra a Juan José Bueno, guardada en el códice, se dice –aunque sin argumentos: «La letra es del amanuense de Quevedo y sospecho que nuestro D. Francisco la hiciese sacar para obsequiar en 1624 al Duque de Medina Sidonia». (Ver Yeves Andrés, 2002, pp. 9-15; la cita, en p. 31).

Navarro Durán, R., «La composición del *Buscón*», en *Estudios sobre el «Buscón»,* ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 99-131.

Navarro Durán, R., «Índice» a *Novela picaresca,* ed. R. Navarro Durán, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2004, vol. 1, pp. VII-XII y 2005, vol. 2, pp. VIII-XI.

Pacheco de Narváez, L., *Memorial de D. Luis Pacheco de Narváez, maestro de armas de Felipe IV, denunciando al Tribunal de la Inquisición cuatro libros de D. Francisco de Quevedo,* ed. de L. Astrana Marín, en *Obras completas de don Francisco de Quevedo Villegas. Verso,* Madrid, Aguilar, 1932, pp. 1043-1050.

Quevedo, F. de, *El Buscón. Edición crítica de las cuatro versiones,* ed. A. Rey, Madrid, C.S.I.C., 2007.

Quevedo, F. de, *Epistolario completo de Don Francisco de Quevedo Villegas,* ed. L. Astrana Marín, Madrid, Reus, 1946.

Quevedo, F. de, *Los sueños,* ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1991.

Quevedo, F. de, *Obra poética,* ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1971, 1999, 4 vols.

Quevedo, F. de, *Premática del Tiempo,* ed. A. Azaustre Galiana, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2007, vol. 2, t. 1, pp. 85-107.

Quevedo, F. de, *Premáticas del desengaño contra los poetas güeros,* ed. A. Azaustre Galiana, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 1, pp. 9-18.

Quevedo, F. de, *Sueños y discursos,* ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1993, 2 vols.

Quevedo, F. de, *Sueños y discursos de verdades soñadas, descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo,* ed. I. Arellano, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 1, pp. 187-464.

Rey, A., «La primera edición de *Virtud militante*», en F. de Quevedo, *Virtud militante,* ed. A. Rey, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1985, pp. 23-28.

Rey, A., «Las variantes de autor en el *Buscón:* las descripciones de personajes», en *Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro,* ed. M. García Martín, Salamanca, Universidad, 1993, vol. 2, pp. 811-817.

Rey, A., «Más sobre la fecha del *Buscón*», en *Quevedo a nueva luz: escritura y política,* coords. L. Schwartz y A. Carreira, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 151-164.

Rey, A., «*Heráclito cristiano* y *Polimnia*», en F. de Quevedo, *Poesía moral (Polimnia),* ed. A. Rey, Madrid, Támesis, 1999a, pp. 28-30.

Rey, A., «Para una nueva edición crítica del *Buscón*», *Hispanic Review,* 67, 1999b, pp. 17-35.

Rey, A., «Las variantes de autor en la obra de Quevedo», *La Perinola,* 4, 2000, pp. 309-344.

Rey, A., «Fecha» y «Fuentes y su filiación», en F. de Quevedo, *Discurso de todos los diablos, o infierno emendado,* ed. A. Rey, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 2, pp. 471-481.

Rey, A., «La colección de silvas de Quevedo: propuesta de inventario», *Modern Language Notes,* 121, 2006a, pp. 257-277.

Rey, A., «Quevedo, Duport y la edición del *Buscón*» en *Campus Stellae. Haciendo camino en la investigación literaria,* coords. D. Fernández López y F. Rodríguez-Gallego, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2006b, t. 1, pp. 70-81[56].

Rey, A., «El problema textual del *Buscón*» en F. de Quevedo, *El Buscón. Edición crítica de las cuatro versiones,* ed. A. Rey, Madrid, C.S.I.C., 2007, pp. XI-LXII.
Rey Hazas, A., ed., *Historia de la vida del Buscón,* Madrid, SGEL, 1983.
Roncero López, V., ed., *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
Schwartz, L., «Fecha» en F. de Quevedo, *La Fortuna con seso y la Hora de todos,* ed. L. Schwartz, en *Obras completas en prosa,* dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, vol. 1, t. 2, pp. 563-566.
Tarsia, P., *Vida de don Francisco Quevedo Villegas, caballero del Orden de Santiago, Secretario de su Majestad y señor de la Villa de la Torre de Juan Abad* (facsímil de la edición de Madrid, 1663), ed. M. Prieto Santiago, Aranjuez, Ara Iovis, 1988.
Terrones del Caño, F., *Instrucción de predicadores,* ed. F. G. Olmedo, Madrid, Espasa-Calpe, 1960.
Vaíllo, C., ed., *Francisco de Quevedo. El Buscón,* Barcelona, Bruguera, 1983.
Yeves Andrés, J. A., «La fortuna del manuscrito "Bueno" de *El Buscón*», en *El Buscón de la Fundación Lázaro Galdiano,* Barcelona, Millenium Liber, 2002, vol. 1, pp. 9-33.
Ynduráin, D., ed., *El Buscón,* Madrid, Cátedra, 1992[13].

[56] Este trabajo fue publicado con anterioridad en *Journal of Hispanic Research,* 3, 1994-1995, pp. 167-179.

# La «Carta dedicatoria» del *Buscón*

Jesús Jorge Valenzuela Rodríguez
Universidad de Sonora

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 14, 2010, pp. 365-374]

*A YOSOY;*
*A Edna Cecilia;*
*A César Avilés*

La «Carta dedicatoria» –instalada en los manuscritos de *Córdoba* y *Santander*– comúnmente formaba parte de las ediciones anteriores a 1990, desde que en 1965 Fernando Lázaro Carreter la incluyera en su edición donde presenta su magistral trabajo de fijación del texto quevediano[1]. Entonces, el profesor Lázaro Carreter incorporaba los preliminares de lo que se denominaría como *E* (primera edición de Zaragoza, 1626) por «un mero interés documental», ya que no son obra de Quevedo, aunque: «Puede, en cambio, serlo la *Dedicatoria* que aparece en *CS* [manuscritos de Córdoba y Santander]»[2]. De esta manera, todas las ediciones posteriores se circunscribían al texto fijado en 1965[3]. Alfonso Rey (2003), en su estudio sobre «El texto del *Buscón*», comenta: «*La vida del Buscón* de Lázaro Carreter […] suscitó una aceptación casi incondicional durante más de veinte años, período en que todas las ediciones escolares y anotadas se limitaron a reproducir su texto, tenido por definitivo» (p. 38)[4].

En esa misma edición que el profesor Carreter publicara en 1965, se reproducía igualmente la versión de un manuscrito designado como *B* (llamado así por haber pertenecido a Juan José Bueno, bibliófilo sevillano del s. XIX)[5], por las siguientes razones:

[1] Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos*. Es preciso aclarar que no tomo en cuenta el trabajo editorial-crítico anterior a 1965 que realizaron en su momento Fernández-Guerra, Américo Castro, Robert S. Rose, etc., ya que el texto base para sus ediciones fue *Z* (primera edición de Zaragoza, 1626), según menciona Alfonso Rey, 2003, p. 38. Especifiquemos que *Z* contenía los preliminares, como las Aprobaciones, la Licencia del ordinario, etc., menos la «Carta dedicatoria», como muy amablemente me ha hecho ver el profesor Ignacio Arellano.

[2] Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos,* p. LXXVIII.

[3] Menos *La vida del Buscón llamado don Pablos,* ed. Barry W. Ife.


RECIBIDO: 27-4-2009 / ACEPTADO: 8-6-2009

Nos ha parecido pertinente reproducir, en la parte inferior de la página, el texto íntegro de *B,* por tratarse de un códice tan perfecto, tan coherente, tan aludido y, a la vez, tan ignorado, desde hace un siglo. Facilitamos así su lectura de corrido, y damos cumplimiento al dictamen del Sr. Rodríguez-Moñino: «A nuestro juicio, merece ser impreso en su integridad»[6].

No imaginaba Lázaro Carreter que el texto que él se limitaba a reproducir a pie de página en su trabajo de reconstrucción de la que estimaba como segunda versión de la obra quevediana, sería años después el texto privilegiado por editores-críticos poco antes de iniciar la década de los noventa[7].

En 1988 sería Edmond Cros el primero en editar el texto de *B,* para él la segunda versión, y la definitiva, de la obra[8]. Así, se suscitaría una revolución crítica editorial que se prolonga hasta la actualidad[9].

Este nuevo rumbo que tomaba la edición crítica del texto del *Buscón* trajo como consecuencia la supresión de los preliminares, seguramente

[4] Algunas de las ediciones que siguen el texto fijado por Carreter y he tenido oportunidad de consultar, entre las más relevantes, son: Gargano, 1982; Rey Hazas, 1983; Basanta, 1986; Vaíllo, 1988 e Ynduráin, 2003. Todas ellas se apegan a la edición de Carreter en lo fundamental. Las diferencias existen únicamente en el criterio de los editores mencionados para incluir en su totalidad los preliminares de la edición de Zaragoza, de 1626, como lo hacen Gargano, Hazas y Vaíllo, mientras que Basanta e Ynduráin prescinden de algunos de los documentos, cada quien conforme a sus apreciaciones. Sin embargo, todos incorporan la «Carta dedicatoria», de la cual nadie parece desconfiar abiertamente.

[5] Para una historia de la ventura del manuscrito y de sus distintos propietarios hasta parar en manos de José Lázaro Galdiano, y por consiguiente, en la Fundación que lleva su nombre, ver Yeves Andrés, 2003.

[6] Quevedo, *La vida del Buscón llamado don Pablos,* p. LXXXIII.

[7] El profesor Lázaro Carreter, en su trabajo de 1965 editaría las dos versiones que, se presume, del *Buscón* escribió Quevedo: la del manuscrito *B,* como redacción más temprana (a pie de página) y la del arquetipo x, críticamente reconstruido por él, segunda versión, y por tanto, definitiva. Ver, para una explicación más detallada, la edición misma de Lázaro, 1980 y Rey, 2003 y Quevedo, *El Buscón,* ed. Rey, 2007.

[8] Sus razones para disentir del maestro Fernando Lázaro pueden verse en el cap. IV del Estudio Preliminar de su *Historia de la vida del Buscón.*

[9] Después, en 1990, Jauralde Pou también publicaría su edición del texto de *B,* pero para él, éste supone la versión única de la obra. De 1990 es también la edición de Celsa Carmen García-Valdés que, como comenta Rodríguez-Gallego (2003) sigue el manuscrito *B,* «solo que sin entrar en detalles de los problemas que presentan los distintos testimonios del texto ni de por qué se edita ese testimonio y no otro», p. 226. En 1991 volvería a editarlo, pero ahora dando la explicación de que el manuscrito *B* le parece «coherente y más completo que *C* y *S*», p. 227. En 1993 llegaría Fernando Cabo Aseguinolaza con una edición espléndidamente anotada y documentada, que también se basaba en el texto de *B,* porque para él, a semejanza de Cros, éste constituye la segunda redacción de la obra. En ese mismo año llegaría la de Ignacio Arellano que edita el manuscrito *B,* «por responder al más reciente estado de la cuestión crítica como por facilitar el manejo de la versión menos extendida», p. 46. De ahí se desencadenaría la predilección por editar el manuscrito *B,* como he dicho. Dejo de comentar las ediciones que se sucedieron. Me parece mejor remitir al artículo-reseña, ya citado, de Rodríguez-Gallego, en el que me he basado de manera considerable. En él puede observarse un repaso de las ediciones más serias del *Buscón* que se han basado en el testimonio de *B,* desde 1988 hasta 2001, llegando a la conclusión de tres posturas elementales entre quienes abogan por la primacía del texto que ofrece *B.*

por no formar parte del manuscrito editado, aparte de una cierta desconfianza particularmente hacia la «Carta dedicatoria», documento que en las ediciones con base en el texto fijado por Carreter hacía presencia, sin excepción alguna[10]. No obstante, en dos ediciones del manuscrito *B,* llevadas a cabo por Celsa Carmen García-Valdés en 1991 y por Milagros Rodríguez Cáceres en 2001, la «Carta» es reincorporada, ya que «da cierto sentido a la forma epistolar de la novela» (p. 60) y «justifica la forma epistolar de la novela» (p. 63, nota), según afirman respectivamente, aunque sus declaraciones reflejan de manera clara su postura ante la autenticidad del documento. Es este punto el fundamental para mi estudio: más que una justificación y un sentido superficial que pueda contribuir a la forma epistolar del relato, la «Carta dedicatoria» establece las pautas para las estrategias discursivas que se irán desarrollando a través del relato de Pablos con las que constantemente ridiculizará al 'otro' pero con las que también resultará autorridiculizado a partir precisamente desde la perspectiva de ese 'otro'.

A pesar de las disensiones críticas ante este solo aspecto de la obra, creo que todos confluyen en una misma opinión al ver cierta correspondencia de la «Carta» con el relato en sí. Buen testimonio de ello es el trabajo de Edmond Cros, *Ideología y genética textual,* en el que comenta parte de la «Carta», a pesar de no considerarla en su edición de 1988. También Fernando Cabo Aseguinolaza, en su estudio sobre *El concepto de género y la literatura picaresca* (1992, pp. 57-68), se sirve de ella para someter a comparación con otras obras de corte picaresco un rasgo que considera fundamental dentro de sus narraciones: la murmuración. Sin embargo, tampoco la incluye en el cuerpo de su edición de 1993, sino que la relega a los apéndices. Por tanto, me parece evidente la importancia que cobra el documento para una comprensión e interpretación más cabales, mejor proporcionadas de la obra en sus partes y conjunto, a pesar de su dudosa autenticidad. Como sea, siempre será pertinente considerarla a la hora de examinar el relato como autobiografía, y todo lo que ésta implique.

Mi propósito al detenerme un momento a estudiar la «Carta dedicatoria» es el de observar las claves que propicia para la futura relación autobiográfica de Pablos y porque, más que dotar a la forma epistolar de cierto sentido y justificarla, como ya admitían García-Valdés y Rodríguez Cáceres, de ahí se sobrevienen otros elementos de carácter significativo: la presencia autorial en las intromisiones de que será presa la perspectiva

[10] Sólo por dar un ejemplo entre las apreciaciones opuestas de dos editores del *Buscón,* uno del texto fijado por Carreter y el otro del manuscrito *B,* cito a Basanta, 1986, p. 65, quien dice en nota a pie al principio de su edición: «incluyo esta "Carta dedicatoria", que aparece en los manuscritos de Córdoba y Santander, y que sí parece ser de Quevedo». Cabo Aseguinolaza dice por su parte: «La "Carta dedicatoria" que figura en los manuscritos *S* y *C* y el prologuillo "Al lector", incluido en la primera edición, tampoco parecen deberse a Quevedo» p. 54, nota, pero la incluye en las Notas complementarias al final de su edición.

del narrador y la también constante presencia del «otro», el cual llegará a poseer una doble funcionalidad en cuanto a la ridiculización.

Por otra parte, volviendo sobre la postura de Fernando Cabo Aseguinolaza ante la «Carta», es preciso citar:

> Aunque se admita que «sea o no sea de Quevedo, la "Carta dedicatoria" *no formó parte de la primera redacción de la obra*»[11], no por ello deja de ser índice de una situación discursiva percibida como subyacente, y que, por otra parte, no tiene por qué ser explícita. La obra, además, mantiene la referencia a *Vm.* como narratario, la cual debe considerarse como otro indicio de una circunstancia discursiva previa a la narración[12].

Fernando Cabo se detiene a considerar la «Carta» con el motivo de observar en la autobiografía picaresca una situación que antecede a la narración del pícaro, algo en primera instancia manifiesto. Esta situación confiere toda la coherencia a la autobiografía, en lugar del narrador y su punto de vista, según propone[13]. Interesante perspectiva, aunque la situación de la narración me parece primordialmente especulativa, aun cuando haya que recurrir a ella para aclarar algunos puntos de especial controversia.

La «Carta» y la continuada referencia a *Vm.* serían testimonios parciales del «envoltorio ficticio», como denomina Cabo la situación de la narración. En ella, explica el crítico, residen una serie de elementos que conducen al pícaro a escribir sus memorias, no como una elección propia, sino como una imposición, en la que se hace presente una «situación social e ideológica»[14].

Dejando a Cabo por ahora, me parece pertinente abordar rápidamente la posición de Edmond Cros en su estudio de 1980, en el cual decía a partir de la «Carta» que en el *Buscón* se observa «una contraposición yo-Vuestra Merced, que, juntamente, crea un clima intimista y describe una doble distancia ("he querido *enviarle* esta relación" –distancia espacial + distancia sociológica evocada por la fórmula de cortesía muy respetuosa)»[15]. Cros abordaba la primera parte del documento

[11] Cita a Rico, 1984, p. 237. El subrayado es de Fernando Cabo.

[12] Cabo, 1992, p. 68.

[13] Cabo, 1992, p. 60.

[14] Cabo, 1992, p. 62. No está de más advertir que en el caso del *Buscón,* Vm. únicamente insta a Pablos de manera indirecta a que cuente su vida, y es éste quien elige el vehículo de la escritura para hacerlo. Con todo, prevalece la imposición de la que habla Cabo.

[15] Cross, 1980, p. 69. Díaz Migoyo, 1978, p. 74, por su parte, también ve una clase de «clima intimista» y supone que «Pablos escribe a instancias indirectas de un conocido suyo», aunque no menciona nada acerca de la posible posición social de Vm. Fernando Cabo, como ya veíamos, se basa en la «Carta» para justificar su tesis acerca de la situación de la narración, en la que el pícaro se ve instado por una persona mejor posicionada socialmente para escribir su autobiografía, en lo que coincide con Cros. Aunque esta apreciación sea evidente, una vez considerando la fórmula de tratamiento del pícaro, no parece tan obvia si reparamos que en el *Buscón* no se sabe quién es Vm. ni por qué le interesan las vivencias de Pablos, como ve Rico (2000, p. 131). Nos vemos en este punto, obligados a admitir, en parte, la opinión de este crítico, acerca de que Quevedo está «calcándole» un procedimiento al *Lazarillo* (p. 131), con lo cual convierte a Vm. en «un mero nombre» (p. 132).

con el fin de observar si en la obra existía un «centro que organice la fórmula autobiográfica» (p. 69), ya que el encubrimiento casi total del presente del narrador disimula, oculta el motivo y objetivo por el cual éste escribe. No pasaba así en el *Lazarillo* y el *Guzmán,* cuya finalidad era seleccionar una serie de episodios ya vividos para explicar un determinado presente.

Cros observa la primera parte de la «Carta»: «Habiendo sabido el deseo que v.m. tiene de entender los varios discursos de mi vida» (p. 69). Su objetivo en este momento es analizarla a un nivel de correspondencias formales con el relato en sí, y observa lo que ésta «presupone» al dilucidar los dos planes de la autobiografía: actuación y narración. Sin embargo, según Cros, la cuestión se complica aún más, ya que no se presenta una reciprocidad en el relato de una delimitación de los dos planes observables desde la autobiografía: el punto de vista, la perspectiva, se ve dañada por la intromisión autorial que no respeta el «decoro» del narrador[16].

Con una interpretación algo cercana a la de Fernando Cabo, encontramos a Gonzalo Díaz Migoyo, quien afirma que la *Carta* del *Buscón* «constituye el marco de la narración. Sitúa a ésta en el contexto histórico del narratario, dando las razones que han movido el [*sic*] narrador a hacer la relación, el propósito que persigue al publicarla enviándosela a aquél y los caracteres más generales de ella»[17]. Suscribiendo la premisa de Díaz Migoyo, podemos proceder al análisis de la «Carta», que reza de la siguiente manera:

> Habiendo sabido el deseo que v.m. tiene de entender los varios discursos de mi vida…[18]

Ya cuestionaba Francisco Rico, en su clásico estudio sobre la novela picaresca, la motivación de Pablos para escribir su autobiografía y por qué era objeto de interés de *Vm.* y concluía: «Ni quizá valdría la pena plantearse la cuestión, si no existiera el *Lazarillo* y si no fuera palpable que Quevedo está calcándole un procedimiento»[19]. Dejándonos un poco de afirmaciones casi terminantes, si bien ciertas parcialmente[20], diremos que la «Carta», antecedente del relato de Pablos, sí nos informa de unos

[16] Cros abunda en las convenciones literarias de la época que consistían en atribuir un elemento cómico al individuo humilde, en que es el *Buscón* el texto picaresco donde se ve más radicalizado, puesto que se presenta al personaje como una «figura de carnaval» (p. 70), entre otras cosas, que el crítico quiere ver como motivado por la «mediación de determinados trazados ideológicos». Para ver sus interesantes aserciones en cuanto a este respecto, ver pp. 67 y ss. de su estudio.

[17] Díaz Migoyo, 1978, p. 138.

[18] Me baso en la versión que adopta Lázaro Carreter, ya que se encuentran dos testimonios de la «Carta dedicatoria» en los manuscritos *S* y *C,* los cuales varían de la siguiente manera: entender [*C*]: saber [*S*]; enviarle [*C*]: enviar [*S*]; será [*C*]: de [add *S*]; dejaré de serlo [*C*]: no lo quiero ser [*S*]. La variante que parecería alterar un poco el sentido del texto, sería la de saber de *S,* frente a entender de *C.* Ambas hacen sentido y creo que en cierta forma se complementan, por lo cual no veo problema alguno si se consideran las dos variantes o cualquiera.

[19] Rico, 2000, p. 131.

aparentes motivos que promueven la relación de las memorias del pícaro, aunque de forma ambigua y con silencios infranqueables. No hay un 'caso' que sea anclaje de la narración, como se veía en el *Lazarillo*[21], que escribe para justificar su situación actual de marido liberal; los objetivos, si no insustanciales, sí exiguos para mover la pluma del pícaro con imperioso afán.

Primeramente, Pablos inicia su «Carta» con una forma compuesta impersonal: «Habiendo sabido», construcción que delata un ánimo diligente, raudo, al margen de preámbulos o eufemismos, inherentes, en cambio, de su futura narración, y que sugiere la intervención notificadora de algún 'otro' que le ha revelado «el deseo que v.m. tiene de entender los varios discursos de mi vida»[22]. Ese agilizado comienzo, que podría suponer un tipo de reproche a *Vm.* por ir confesando su interés acerca de su vida a 'otros' y no a él mismo, delatan la preocupación de Pablos que se expone después: «por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta, he querido enviarle esta relación».

Hay que advertir que es Pablos quien elige mandarle la relación a *Vm.* y no éste quien lo obliga. Solamente publica su interés. Ni siquiera muestra pretensiones de que sea el mismo pícaro el que se la relate, pero Pablos se anticipa a satisfacer tal anhelo. Para hacerlo, escoge el vehículo de la escritura. Entonces, ¿por qué escribe? Aparentemente por el deseo de *Vm.,* pero una motivación más profunda se torna a flor de piel: «por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta». Es desde esta parte en que el pícaro adopta una posición de soberbia al temer que algún 'otro' cuente su vida y no lo haga conforme a los criterios de verdad, como si alguien tuviera entera noticia de su vida o se interesara por contar la vida de un desagregado social[23].

Ya lo había comentado Díaz Migoyo[24]: «Pablos viejo sigue sintiendo la misma vergüenza del qué dirán que tanto le atormentó de joven». Aunque la vergüenza de Pablos sea un aditamento heterogéneo con la

[20] Ver pp. 131-132 de su estudio, donde habla de la «Carta dedicatoria» y de la pérdida de significado que obran los elementos tomados de la picaresca e incluidos, agregados simplemente en el *Buscón,* sin darles una semántica o funcionamiento coherente dentro del texto.

[21] Modelo en el que se asienta principalmente la estructura compositiva del *Buscón.*

[22] Quevedo, *La vida del Buscón,* ed. Lázaro Carreter, p. 13. Todas las demás citas textuales de la obra procederán de esta misma edición.

[23] Roncero López, 1999, p. 46, dice: «El primer rasgo que define el género picaresco es el de la autobiografía. Este carácter autobiográfico viene exigido por la ideología de la época, para la que sería incomprensible que otra persona se dedicara a contar las andanzas de un miserable». Es ahí donde se muestra absurdo Pablos de inicio, y soberbio y por tanto: ridículo, ya que pretende no dar lugar a que se mienta acerca de su vida, como si hubiera algún otro que solícitamente quisiera referirla a Vm. Su vida bien puede alimentar el morbo de muchedumbres, pero a un nivel de desparpajo entre la sociedad. Nadie tendría el afán, más que el propio pícaro, de contar su vida detalladamente, y sobre todo porque es él únicamente quien la conoce a profundidad, lógicamente; lo demás que conoce quizás la sociedad, son hechos aislados y jocosos que desaparecen como desaparece la carcajada que provocan: en lo inane de una vida apicarada.

[24] Díaz Migoyo, 1978, p. 77.

insolencia que continuamente ostenta como personaje y no cobre verosímil representación en su actuar, no puede negarse que está puesto de relieve en la obra[25]. Sin embargo, no es la vergüenza del personaje o narrador lo que para mí cobra especial interés, sino la preocupación constante por el 'otro', que ya se deja ver desde esta «Carta». Incluso, lo antepone como agente tácito a su 'yo' en el comienzo: «Habiendo sabido…». A pesar de que la construcción es impersonal gramaticalmente, no lo es a un nivel de pensamiento en que se proyecta al 'otro' como responsable ya de inicio de su decisión por llevar a cabo la redacción de sus memorias. No quiere que se mienta acerca de su vida, no quiere que el 'otro' mienta ante *Vm.,* personaje indefectiblemente instalado en un nivel social superior al de Pablos, ante el cual procura impedir una versión distanciada de sus «varios discursos» por motivos ya más escurridizos. No sabemos qué objetivo más allá de imposibilitar una versión desviada de los hechos es el que procura Pablos. Lo cierto es que se anticipa a ser él mismo quien se la relate.

Fernando Cabo Aseguinolaza, en su estudio ya comentado anteriormente, habla de la murmuración en los relatos picarescos –ya lo mencionábamos– como uno de sus rasgos caracterizadores y señala acerca del *Buscón:* «Pablos dice haber escrito su vida "por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta"» (p. 68)[26] e inmediatamente cita lo siguiente de Gonzalo Díaz Migoyo:

> Pablos es un infame que todavía tiene vergüenza de su infamia, pero que ya no tiene medio de encubrirla. No la vergüenza íntima del arrepentido, no la del «escarmentado, que no soy tan cuerdo», sino la de siempre, la relacionada con el insufrible «qué dirán», la misma de que tan galanamente hizo muestra su padre en el patíbulo al jactarse de que «no todos tenían su hígado». (p. 68)

Pese a que podamos tener nuestras reservas en cuanto a ciertas apreciaciones de Díaz Migoyo, es observable que en el texto quevediano se manifiesta una pesadumbre causada por el 'otro'.

Decía líneas atrás que lo interesante no era la vergüenza inverosímil del personaje en el texto, ni como narrador, prolongación del bochorno que le supone Díaz Migoyo, sino esa injerencia del 'otro' en el relato, del cual hace uso constante cuando quiere satirizar sobre algo específico. Así sucederá al inicio de su relato, cuando hable de sus padres o más bien, cuando hable de lo que los demás hablan de sus padres: «Fue, tal como todos dicen, de oficio barbero», «Dicen que era de muy buena cepa», «Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja» (p. 16), etc.

[25] Este rasgo atribuido al protagonista crea un contrapunto entre las características más intensas de su personalidad incongruente, como sería su insolencia manifestada a lo largo de toda la obra. El pícaro está visto desde fuera y la vergüenza que le imputa el autor resulta un concepto únicamente evocado en la relación; no se corresponde con la realidad de Pablos.

[26] Motivo que, como señalaba, se convierte en causa principal del proyecto autobiográfico para el pícaro.

Por ello es sintomático el que ya desde esta «Carta» empiece a asentarse una imagen del 'otro' como gran murmurador, al cual recurrirá Pablos en su narración para nutrir el relato, pero del que se cuida de que no mienta acerca de su propia vida. Aquí se quiebra ese culto por el 'otro' y sólo le será útil cuando de burlarse de terceras personas se trate y muy pocas veces cuando hable de sí mismo[27].

Todavía falta abordar la última parte de la «Carta», después de confesarse que por no dar cabida a que algún otro mienta a *Vm.,* ha decidido el pícaro enviarle la relación de su vida: «he querido enviarle esta relación, que no le será pequeño alivio para los ratos tristes. Y porque pienso ser largo en contar cuán corto he sido de ventura, dejaré de serlo ahora».

El deseo de *Vm.* es *saber* la vida de Pablos, o entenderla (recuérdese las dos variantes de *S* y *C*)[28], porque quizás, como advierte Díaz Migoyo, su vida anda de boca en boca (p. 78)[29]. El deseo de Pablos, a partir del de *Vm.* y de que no se mienta acerca de su diacronía vital, es hacerle saber su vida pero relatándosela a manera de epístola. De aquí se infiere que Pablos tratará de presentarle la versión definitiva, la verdad acerca de «los varios discursos de mi vida», pero enseguida glosa que la relación «no le será pequeño alivio para los ratos tristes», lo cual resulta paradójico, al igual que su deseo por que no se mienta, que además de paradójico revela cierta soberbia[30].

Pablos aparentemente desconoce lo que han dicho a *Vm.* de él, pero intenta mostrarle la versión única de sus diversas correrías. Por otra parte, *Vm.* tiene al menos una idea sustancial de lo que ha sido Pablos: un infame. Entonces, el pícaro se desinfla y le advierte que su relato le servirá de esparcimiento en los momentos de tristeza, lo cual choca con lo

[27] Aunque se verá que hay un quiebro más ostensible de este recurso, cuando Pablos incorpore a su narración la perspectiva del 'otro' sobre sí mismo, no para documentar lo que de él pensaban los demás, sino que se vuelve palpable cuando es él quien habla de sí mismo, pero con la perspectiva de una 3ª. persona: desfasamiento del punto de vista y que quizás se deba más a Quevedo como autor.

[28] Me parece que entender aporta un significado muy afín al de saber en el contexto en que aparecen –y quizás muestre más coherencia este último– aún cuando de inicio proponga un conocimiento previo de la vida del pícaro por parte de Vm. Indiscutiblemente, para que éste pueda entender la vida de Pablos, precisa de saberla, conocerla a detalle y no de 'oídas', como podría sugerirse que Vm. tiene su primer acercamiento a la vida del Buscón.

[29] Aunque parece más preciso decir que algunos acontecimientos de su vida son los que andan de boca en boca. Sería prácticamente imposible que alguien aparte de Pablos tuviera entera noticia acerca de su biografía, como mencionaba líneas atrás.

[30] Díaz Migoyo señala que el propósito de veracidad acerca de los hechos relatados incumbe al narrador, mientras que el deseo de Vm., según lo entiende Pablos, radica en lo entretenido del relato (p. 75). Por ello, la narración del pícaro vuelve cómica una serie de sucesos desventurados, sucesos que no tuvieron nada de humorísticos cuando acontecieron (pp. 139-140), lo cual creo inexacto. ¿Por qué favorecer el entretenimiento antes que la verdad de su vida; sólo porque intuye que es el principal deseo de su destinatario? ¿No es el motor principal de la relación el afán «por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta» acerca de su vida ante Vm.?

que viene después: «Y porque pienso ser largo en contar cuán corto he sido de ventura, dejaré de serlo ahora».

Piensa ser largo, no en el talle, como Cabra, sino en su relato[31], procediendo holgada y generosamente en su narración, con detalles pormenorizados –lo cual quedará a un nivel de pensamiento únicamente–, con el fin de contar la cortedad de su fortuna, su desventura y lograr que su destinatario se divierta. El juego simple de contrarios que introduce: largo-corto, sólo sirve para ocasionar un abismo del cual surge la intervención de la mano creadora; se disparan las incongruencias y se diluye la imagen del pícaro ante *Vm.* Esto ocurre debido a la postura auto-excluyente del pícaro que considera entretenida su desventura. Indefectiblemente esta declaración está vista desde el exterior y desde ahí se le adjudica al pícaro, pero el resquebrajamiento de la perspectiva, de la verosimilitud es insalvable, y como tal, denuncian, más que la intención del pícaro, la intención del autor. Entonces se observa ya desde la «Carta» lo que será la relación de Pablos: un encabalgamiento de perspectiva, de la voz del autor sobre la del personaje, cuya narración avanza unidireccionalmente hacia la autorridiculización. A través de esta perspectiva híbrida, manifestada en el lenguaje escurridizo de la obra, se observará una oscilación entre ridiculización del 'otro' y autorridiculización a partir del 'otro'[32], lo que evidencia la transgresión antedicha, provocada por la incidencia intermitente del autor.

Todo lo que se ha venido abordando puede observarse en ese documento que, a pesar de las aparentes paradojas que plantea, revela como en clave, decíamos, las intenciones discursivas más elementales de una voz que se erige como la directriz suprema del relato: la del autor.

Esto es lo que se deja de lado al suprimir la «Carta dedicatoria» en las ediciones más modernas que siguen el texto de *B,* cuando había venido incluyéndose en todas las ediciones correspondientes a la fijación del texto que llevó a cabo Lázaro Carreter en 1965. Esto es lo que también dejan de lado aquellos editores que tratan de hacerle parcial justicia incluyéndola en sus ediciones del texto de *B,* adjudicándole una

[31] Afirmación que solamente puede ser comprensible a un nivel retórico, ya que sus construcciones son apretadas y sucintas. Así lo sienten Leo Spitzer y Díaz Migoyo, respectivamente: «es como si el autor, los personajes individuales, todos, tuvieran el mismo deseo del padre de Pablos ante la muerte: no parecer prolijos» (citado en Díaz Migoyo, p. 124); «Pablos utiliza toda una variada panoplia de recursos elípticos tendentes a aliviar el tedio de un relato que sólo retóricamente, como él lo ha hecho, puede calificarse de largo» (p. 125). No obstante, «largo» podría referirse también a una acepción figurada del término: 'dadivoso'. Así, Pablos indicaría su ánimo por relatarle a Vm. su vida de forma holgada y desprendida, para que su interlocutor encuentre esparcimiento, a pesar de crear incongruencia. A diferencia de Migoyo que asume que Pablos vuelve humorísticos sus acontecimientos desventurados del pasado, yo encuentro que el pícaro los juzga como graciosos y entretenidos y se limita a recrearlos con cierto detalle para Vm.

[32] Es preciso advertir que todo aquello de lo que se mofa Pablos en una primera parte de su relato se manifestará más adelante en su contra para crearse la auto-burla. Esto indica aparte que Pablos narrador no procede con discreción en la relación de su pasado, lo que suscita más incongruencias que invocan la aparición de Quevedo.

función superficial que radica únicamente en justificar y dar sentido a la forma epistolar de la novela, que es lo mismo que afirmar que el documento no pasa de ser un mero aditamento opcionalmente suprimible.

## Bibliografía


Cabo Aseguinolaza, F., *El concepto de género y la novela picaresca,* Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1992.

Cros, E., *Ideología y genética textual. El caso del Buscón,* Madrid, Cupsa, 1980.

Díaz Migoyo, G., *Estructura de la novela. Anatomía del «Buscón»,* Madrid, Fundamentos, 1978.

Quevedo, F. de, *La vida del Buscón llamado don Pablos,* ed. B. W. Ife, Oxford, Pergamon, 1977.

Quevedo, F. de, *La vida del Buscón llamado don Pablos,* ed. F. Lázaro Carreter, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, 2.ª ed.

Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón,* ed. A. Gargano, Barcelona, Planeta, 1983.

Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón,* ed. A. Rey Hazas, Madrid, Sociedad General de Librería, 1982.

Quevedo, F. de, *El Buscón,* ed. Á. Basanta, Madrid, Castalia didáctica, 1986.

Quevedo, F. de, *El Buscón,* ed. C. Vaíllo, Barcelona, Ediciones B, 1988.

Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón,* ed. E. Cros, Madrid, Taurus, 1988.

Quevedo, F. de, *El Buscón,* ed. P. Jauralde, Madrid, Castalia, 1990.

Quevedo, F. de, *El Buscón,* ed. C. C. García Valdés, Editorial Bruño, 1991, 5.ª ed.

Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón,* ed. I. Arellano, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.

Quevedo, F. de, *La vida del Buscón,* ed. F. Cabo, Barcelona, Crítica, 1993.

Quevedo, F. de, *Historia de la vida del Buscón,* ed. V. Roncero López, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

Quevedo, F. de, *El Buscón,* ed. D. Ynduráin, Madrid, Cátedra, 2003, 19.ª ed.

Quevedo, F. de, *La vida del Buscón,* ed. M. Rodríguez, Barcelona, Octaedro, 2001.

Quevedo, F. de, *El Buscón (edición crítica de las cuatro versiones),* ed. A. Rey, Madrid, csic, 2007.

Rey, A., «El texto del *Buscón*», en *Estudios sobre el Buscón,* ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 37-64.

Rico, F., «Puntos de vista. Posdata a unos ensayos sobre la novela picaresca», *Edad de Oro,* 3, 1984, pp. 227-240.

Rico, F., *La novela picaresca y el punto de vista,* Barcelona, Seix Barral, 2000, 6.ª ed.

Rodríguez Gallego, F., «Las ediciones del *Buscón* basadas en el manuscrito Bueno», en *Estudios sobre el Buscón,* ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 221-241.

Yeves Andrés, J. A., «El manuscrito Bueno del *Buscón*», en *Estudios sobre el Buscón,* ed. A. Rey, Pamplona, Eunsa, 2003, pp. 79-98

# El léxico científico de Quevedo (IV)

José Julio Tato Puigcerver
Alicante

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 14, 2010, pp. 375-380]

Continuamos, una vez más, con la publicación de términos procedentes del *Léxico científico* de las obras de Quevedo que está realizando nuestro colaborador José Julio Tato.

*hidropesía:* «Barrigas de algodón como pantorrillas, nuevo modo de hidropesía» (*Lo más corriente en Madrid,* 129); «Lo que bebe el hidrópico, no le mata la sed, antes le aumenta la hidropesía que le mata» (*Virtud militante,* p. 1439); «hidropesía de sangre de cristianos» (1634). Ver Covarrubias: «Enfermedad de humor acuoso que hincha todo el cuerpo. [...]. Ponen los médicos tres especies de hidropesía; *vide Celsum,* lib. 3. cap. 21. Algunas veces se toma por la avaricia porque el hidrópico, por mucho que beba, nunca apaga su sed, ni el avariento por mucho que adquiera, su codicia». Hasta van Helmont (1579-1644), se tenía a la hidropesía como originada por el hígado opilado (obstruido) y no se pensaba en un origen renal, en una insuficiencia renal por obstrucción de vasos o uréteres. No se distinguía claramente entre los edemas propios de la insuficiencia renal y la ascitis causada por una obstrucción o degeneración hepática. Como el paludismo acabaría degenerando en cirrosis, con ascitis, y era endémico en la España de entonces, y si no a qué tanta referencia en la literatura de la época a las fiebres tercianas, creo que es plausible pensar que muchos de los llamados hidrópicos fueran ascíticos. Cuando Covarrubias dice «que hincha todo el cuerpo» parece claro que se refiere a un anasarca, claramente de origen renal, posiblemente originado por una insuficiencia renal secundaria a un cuadro de litiasis, el tan común entonces mal de piedra. Celso distingue tres clases: la timpanitis, la leucoflegmacia o hiposarcia, y la ascitis. Otra posible causa de esta sed de hidrópico podría ser la diabetes insípida, pero yo no encuentro texto en que esta sed se mencione acompañando a una poliuria, y me extrañaría que se pasara por alto este dato y dejar de decir algo así


RECIBIDO: 5-10-2009 / ACEPTADO: 20-11-2009

como «orinar más que un hidrópico». Hidropesía también se aplicaba a cualquier órgano aumentado de tamaño o edematizado, así se podía llamar corazón hidrópico a una cardiomegalia.

*hígado:* «que no todos tenían su hígado» (*Buscón,* p. 342). «¡Pesia tu hígado, oh grande coime…» (*Hora de todos,* p. 256). Ver Covarrubias: «Hígado. Una de las partes internas del animal; […]. Llamose hígado y fígado *a fece,* por ser la hez y lo craso de la sangre […]. Tener hígado, tener brío, ánimo y valor». Sólo en esta ocasión señala Quevedo al hígado como asiento de la entereza (como aún es considerado popularmente por muchos). Aunque de siempre se consideró al hígado el órgano responsable de los sentimientos amorosos (Shakespeare: *La violación de Lucrecia, Mucho ruido y pocas nueces,* etc.; en *Trabajos de amor perdidos,* act. 4, esc. 3.ª, Berowne dice que la pasión amorosa de Longaville y los demás es obra del hígado, y esta consideración viene de muy lejos, desde la medicina griega y pervive en la arabizante, y quizá tenga más sentido atribuir al hígado la sede de los sentimientos —en ese contexto— ya que en el hígado estaban los humores biliosos, responsables de la ira, de la melancolía, etc.,), como aún se considera en algunas culturas, ya en su época era considerado el corazón la sede de sentimientos como el amor, el valor, etc. Puede ser esto una pervivencia en el lenguaje vulgar de conocimientos científicos ya caducos, como es el caso, aún hoy, de que utilizamos la voz «fibra» y la expresión «tener o ser de buena fibra», sin darnos cuenta de que, ya superada la teoría celular y en tiempos dónde en ciencia reina la biología molecular, estamos refiriéndonos a la teoría fibrilar, en boga en el XVIII; o como cuando utilizamos la expresión «música celestial», sin percatarnos de que estamos utilizando el término «música de las esferas» de la física aristotélica. Pérez de Herrera, *Enigma 306:* «Es el hígado una parte de nuestro cuerpo muy importante, porque sirve de cocina adonde se guisan los cuatro humores; que por ser colorado, toma la masa sanguinaria el color rojo que tiene y la reparte por las venas para mantener el cuerpo del animal, perfeccionando el chilo que en la oficina del estómago se preparó para este efecto». Hernández, *Comentario a Plinio,* lib. 11, cap. 37: «(Hígado) Su uso es engendrar la sangre, aunque lo haya sentido de otra manera Aristóteles, y ansí, es el origen y fuente de todas las venas, y no los espíritus naturales». *El hígado de las flores:* el clavel. *Hígado, oficina de la sangre, según Galeno* «Empero como por la falta de la sangre en el pez no tenga la naturaleza que a los corazones da Aristóteles, a quien contra la opinión de Galeno, que yo sigo, hace oficina de la sangre y no al hígado» (*OC,* vol. 2, pp. 935-937, «Carta a Sandoval»). Aristóteles explicaba que «la sangre en el corazón tiene su propio y eficiente lugar, que algunos atribuyen al hígado; y por tanto el corazón no recibe sangre de otras partes sino que todas la reciben de él. […] Algunas criaturas aunque no tengan corazón, siempre tienen algo que hace su función, como en las anguilas y peces que tienen la columna en vez de un corazón».

*hipocrás:* «la que bebiere vino si no fuera hipocrás, pues se sabe que es golosina y no costumbre» (*Premática y reformación,* p. 121). Bebida de vino aromatizado con especias (canela, clavo, jengibre, nuez moscada). Muy apreciado. En París, el preboste de los mercaderes se lo ofrecía al rey como presente de aguinaldo[1]. Según Laguna se prepara con vino, canela y azúcar. Otras recetas son a base de uva, canela, ámbar, azúcar y almizcle.

*metales, producto del sol:* «para que los metales que tuvieron su cuna en las vecindades del infierno [...] en el cielo hagan oficio de estrellas; y lado a lado con el sol, que los produjo profundos y oscuros, resplandezcan espléndidos y encumbrados» (*Job, OC,* p. 1515). En Vicente Espinel, *Marcos Obregón,* p. 179, el sol es el padre universal de toda la naturaleza. Lope, *Arcadia:* «El sol a Júpiter dice / que eres el sol de la tierra, / y que aumentan con tus ojos / las minas de su riqueza» (p. 101).

*mitridático:* «Dicen que Mitrídates, rey de Ponto, habiendo inventado el mitridático, reforzó con él de manera su cuerpo, que procurando después con muchas veras empozoñarse [...] jamás le fue posible» (*Introducción a la vida devota,* p. 1794). Plinio, *Naturalis Historia,* lib. XXV, cap. 6: «Atribuye Cratevas una medicina al mismo Mithrídates, llamada mithridatio. Esta echa las hojas de la raíz semejantes al acantho, y el vástago entre ambas lleva una flor rosada».

*Mizaldo:* «y Mizaldo muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento disparatado, no podía hallar nuevas necedades que escribir» (*Infierno,* p. 177). Antonin Mizauld, médico y astrónomo francés, 1510-1578. Sus obras ocultistas fueron famosas en el XVI y XVII.

*moco, superfluidad del cerebro:* «Sacar el lienzo y sonarse las narices [...], haciendo alarde y mirando, superfluidad del cerebro que quedó en él, porquería y asquerosa resolución» (*Origen y definición de la necedad,* p. 70). Ver Covarrubias: «*Latine mucus,* lo que corre por la nariz, de humor pituitoso, y porque desto abundan los niños, los solemos llamar mocosos [...] Moquita, la pituita que suele correr de las narizes en el tiempo frío del invierno» (Cov.). Se consideraba que cuando el cerebro se encontraba mal expulsaba la pituita a través de unos agujeros hacia las narices, y eso eran los mocos. En otro lugar llama Quevedo al moco «tuétano de las narices».

*muelas de difuntos:* «si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos» (*Buscón,* p. 323). Era creencia de que las brujas arrancaban muelas a los muertos, sobre todo a los ahorcados,

[1] Ver F. Nicolay, *Historia de las creencias,* Barcelona, Montaner y Simón, 1904.

para sus ritos. Muchos años después Goya dibujará en uno de sus *Caprichos* una mujer arrancando los dientes a un ahorcado para sus maleficios.

*muermo:* «se veía sin manta y con mataduras y muermo, que le procedía de plumas de gallina que le echaban en el pesebre» (*La Hora,* p. 274). Ver *Covarrubias:* «Enfermedad en las bestias, y lo mesmo que en los hombres el romadizo o catarro. […] la bestia que lo tiene respira con dificultad y estás como roncando, haciendo ruido en los gaznates».

*muerte repentina:* «Los pobres fistulados empezaron a desearse la muerte, invocar garrotillos, pleurites, pestes, tabardillos, muertes repentinas, apoplejías, disenterías y puñaladas» (*La Hora de todos,* p. 271), «Lo mismo hace con infinitos la medicina con sangrías en la cama, que el verdugo con algunos en el cadalso. […] Morir por sentencia de letrado o por sentencia de médico, todo es morir […] Peor lo hiciera con mi vida y con mi alma una apoplejía y una muerte repentina que el verdugo» (*De los remedios de cualquier fortuna,* p. 1071). Se puede decir que en la Antigüedad clásica la muerte repentina era el más alto ejemplo de una buena muerte, la más deseada, porque ahorraba los dolores y la angustia de una agonía prolongada. Con el cristianismo, poco a poco, este concepto cambia radicalmente, y la buena muerte por excelencia pasa a ser la del sujeto consciente de que su fin está próximo y reconfortado y preparado con el auxilio de la Religión. En el *Rituale Romanum* podemos leer «Líbranos, Señor, de la muerte súbita y repentina». Fueron innumerables los *Ars moriendi,* los tratados que ayudaban a prepararse para una buena muerte.

*zarza:* «¡Tras que me venga muy ancho ando yo! Déjenme que lo meteré todo a la venta de la Zarza y volveremos las nueces al cántaro» (*Cuento de cuentos,* p. 416). Zarza, la mata común, pero también la zarzaparrilla usada como medicina para enfermedades venéreas. La Venta de la Zarza, el hospital para tratar bubosos, hospital de Antón Martín. Ver también: «si yo la alcanzo de bubas, / juntaremos zarzas y grillos». Y también: «A Marica la Chupona / las goteras de su cama / la metieron la salud / a la venta de la zarza» (*PO,* núm. 809)[2].

*zurdo:* «uno, mal encarado, barbinegro, cara salpicada y zurdo» (*Sueño de la Muerte,* p. 227), «Un bellaconazo todo bermejo, con mucha cara y poca barba, cabeza con acometimientos de calvo, hacia vizco, con resabios de zurdo» (*Discurso de todos los diablos,* p. 241), «zurdos, gente que no puede hacer cosa a derechas […] en el mundo no sirven sino de enfado y de mal agüero; pues si va uno de negocios y topa zurdos, se vuelve como si topara cuervo o oyera una lechuza. […] Y cuando la justicia manda cortar a uno la mano derecha por una resistencia, es la pena

[2] Citado por Arellano, «En torno a la anotación filológica de textos áureos y un ejemplo quevediano: el romance "Hagamos cuenta con pago"», *Criticón,* 31, 1985, pp. 5-43.

hacerle zurdo, no el golpe» (*Sueño del Infierno,* p. 169), «y tras él entró un mulato, zurdo y bizco» (*Buscón,* p. 354). Corominas: «Zurdo 'izquierdo', 1475». El zurdo, como el pelirrojo, tenía mala fama. Recordemos aquella famosa maldición: «Lanzada de moro izquierdo te atraviese el corazón», que también cita Quevedo en el *Sueño del Infierno,* a continuación del fragmento citado arriba. La mano izquierda, y la izquierda en general, tiene mala fama, o es maldita, en muchas culturas. Así en Aristóteles la parte derecha es masculina y la izquierda femenina.

## Apéndice

Facilitamos esta lista de los términos de «El léxico científico de Quevedo» publicados en *La Perinola,* incluidos los de este volumen. El número adjunto al vocablo indica el volumen de *Perinola* en el que salió comentado:

*Abada,* 6.
*Abeja, rey de las abejas,* 6.
*Ablandar el pecho,* 6.
*Absceso,* 6.
*Acabar* (con el significado de 'matar' o 'morir'), 6.
*Accidente,* 6.
*Aceite de matiolo,* 5.
*Acero,* 6.
*Aciago,* 6.
*Acíbar,* 6.
*Acomodar* [un cadáver] *en pasteles,* 6.
*Acónito,* 6.
*Ácueo,* 7.
*Achaque, achaquero,* 6.
*Adelfa,* 7.
*Afistolada,* 7.
*Aforismo,* 7.
*Agalla,* 7.
*Agonía,* 7.
*Agua,* 7.
*Aire ambiente,* 7.
*Aire corrupto,* 7.
*Aire,* 7.
*Ajigotar,* 7.
*Astro príncipe,* 8.
*Astro,* 8.
*Astrolabio,* 8.
*Astrología,* 8.
*Astrólogo,* 8.
*Astronomía,* 8.
*Beber agua,* 7.
*Betún de san Pablo,* 7.
*Bofe,* 8.
*Bomba hidráulica,* 8.
*Buphthalmos,* 8.
*Butiro,* 8.
*Catarro, estar acatarrado,* 6.
*Celidonia,* 5.
*Charquías,* 5.
*Demonio meridiano,* 5
*Excremento de lagarto,* 6
*Fijar el mercurio al martillo,* 6.
*Gato de algalia,* 7.
*Gordo, hombre gordo y flemón,* 6.
*hidropesía,* 14.
*hígado,* 14.
*hipocrás,* 14.
*Humor,* 6.

*Alacrán,* 7.
*Alcohol,* 7.
*Alferecía,* 7.
*Alma en el corazón,* 7.
*Alma racional inmortal,* 7.
*Alma racional,* 7.
*Alma,* 7.
*Ánimo,* 6.
*Arquatus,* 8.
*Arteria del cuello,* 8.
*Arteria,* 8.
*Astro compuesto de la misma materia de los cielos (estrella),* 8.
*metales, producto del sol,* 14.
*mitridático,* 14.
*Mizalbo,* 14.
*moco, superfluidad del cerebro,* 14.
*muelas de difuntos,* 14.
*muermo,* 14.
*muerte repentina,* 14.
*Natural,* 6.
*Peste del aire corrupto,* 7.
*Scilla,* 6.
*zarza,* 14.
*zurdo,* 14.